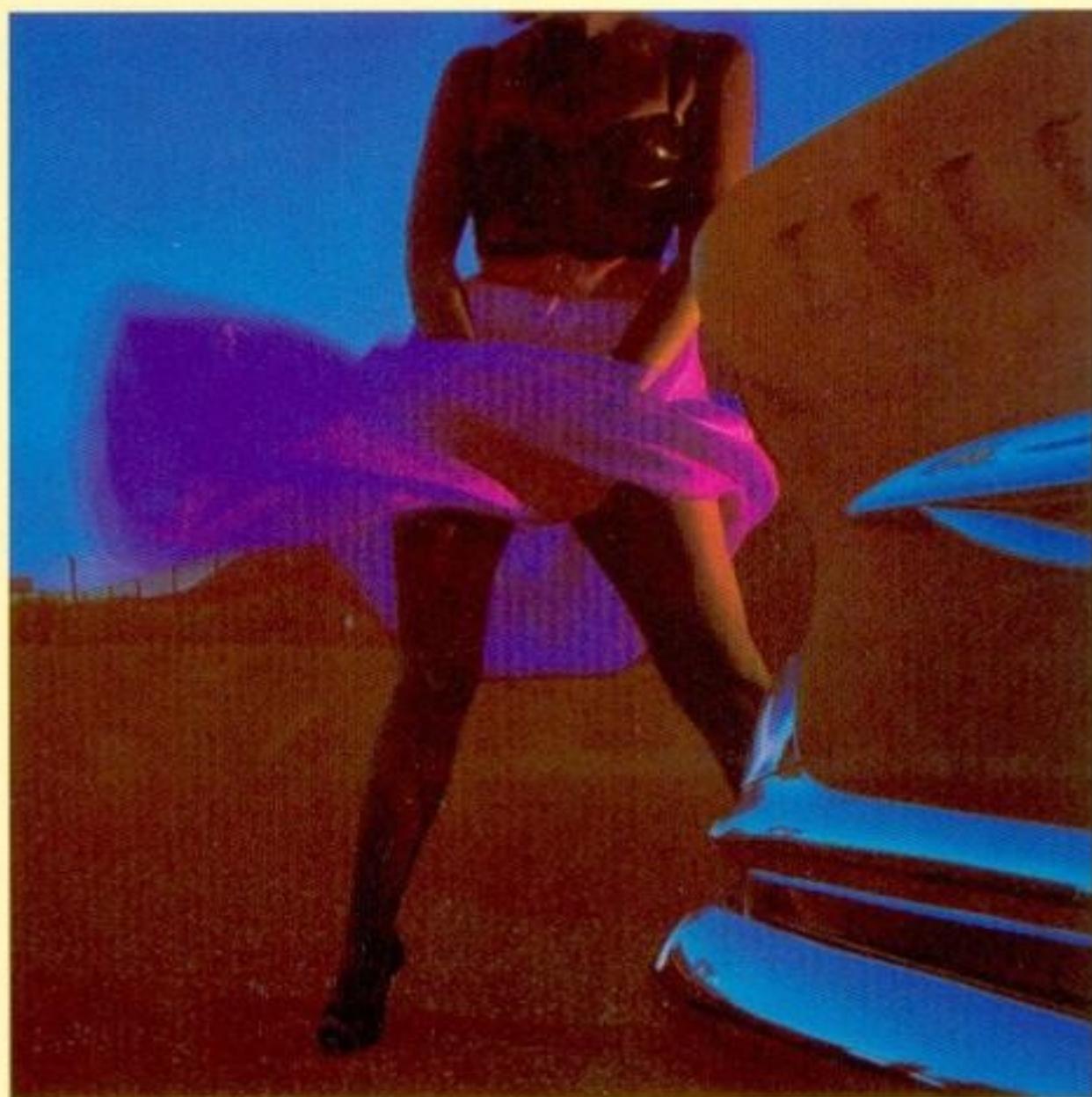


JOHN FANTE

*Sueños de
Bunker Hill*



Lectulandia

Arturo Bandini, huyendo de la nieve y el hastío de Colorado, se instala en Bunker Hill, la colina que domina el centro de Los Ángeles, donde empieza a trabajar como camarero y escribe relatos.

En esta novela, considerada como una de las mejores de John Fante, este nos cuenta los inicios de Bandini como guionista y sus amores y líos sucesivos, y cómo consigue finalmente no hacer carrera en Hollywood, donde un productor lo tiene todo el día sentado sin dejarle escribir una línea, un empleo tan bien pagado como frustrante y que termina abruptamente. Tras otros episodios en los que nos cruzamos con otros escritores empleados en los estudios, como Ben Hecht, Dalton Trumbo o Nathanael West, o con el mismísimo Sinclair Lewis, el ídolo de Bandini, o un intento fracasado de colaboración con una reputada y temible guionista, Bandini se toma un breve respiro en Colorado, antes de regresar de nuevo al campo de batalla. En el corazón del libro nos encontramos con una imposible historia de amor, como es habitual en Fante, esta vez con su casera, que podría ser su madre. En *Sueños de Bunker Hill*, una novela dictada por Fante, ciego y en sus años finales, a su esposa, se nos muestra la otra cara de Hollywood, una visión inmisericorde y sardónica.

Lectulandia

John Fante

Sueños de Bunker Hill

ePub r1.0

Bookanero 22.08.15

Título original: *Dreams from Bunker Hill*

John Fante, 1982

Traducción: Antonio-Prometeo Moya

Editor digital: Bookanero

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

También para Joyce

1

Mi primer encontronazo con la fama no fue precisamente memorable. Yo era ayudante de camarero en Marx's Deli. El año era 1934. El local estaba en el centro de Los Ángeles, en el cruce de las calles Tercera y Hill. Tenía veintiún años, vivía en un mundo que limitaba al oeste con el barrio de Bunker Hill, al este con Los Ángeles Street, al sur con Pershing Square y al norte con el Civic Center. Yo era un mozo sin parangón, tenía empuje y mucho estilo para el oficio, y aunque el salario era de hambre (un dólar al día más las comidas) llamaba mucho la atención mientras volaba de mesa en mesa, con una bandeja en la mano, ganándome las sonrisas de los clientes. Pero podía ofrecer al jefe algo más que mis dotes de camarero, ya que también era escritor. El hecho se hizo público un día que un fotógrafo borracho de *Los Angeles Times* se sentó a la barra y me hizo varias fotografías mientras yo servía a una clienta que me contemplaba con admiración. Al día siguiente la foto apareció en el *Times* con un artículo. Hablaba de la lucha y el triunfo del joven Arturo Bandini, un muchacho de Colorado, ambicioso y muy trabajador, que había irrumpido en el difícil mundo de las revistas colocando su primer cuento en *The American Phoenix*, que, como todo el mundo sabe, dirigía el personaje más famoso de la literatura americana, nada menos que Heinrich Muller. ¡El bueno de Muller! ¡Cuánto amaba a aquel hombre! Si he de ser franco, mis primeros experimentos literarios fueron las cartas que le escribí pidiéndole consejo, sugiriéndole argumentos para cuentos que yo mismo podía escribir y finalmente enviándole los cuentos ya escritos, muchos cuentos, uno por semana, hasta que el mismísimo Heinrich Muller, viejo gruñón del mundo literario, el amo del cubil, pareció darse por vencido y accedió a enviarme una carta de dos líneas, y luego otra de cuatro líneas, y finalmente otra de dos páginas de veinticuatro líneas, y luego, oh maravilla, un cheque de 150 dólares por la adquisición de mi primer relato.

El día que llegó el cheque yo estaba sumido en la miseria. La ya indescriptible ropa de Colorado estaba hecha jirones y en lo primero que pensé fue en renovar el vestuario. Mi idea era no gastar demasiado pero comprar con buen gusto, así que bajé por Bunker Hill hasta el cruce de la Segunda con Broadway y los almacenes Goodwill. Me dirigí a la sección de más calidad y encontré un excelente traje de calle azul con rayas blancas. Los pantalones me quedaban largos, lo mismo que las mangas, y todo completo valía diez dólares. Por otro dólar arreglaban el traje y, mientras estaban en ello, di una vuelta por la sección de camisas. Eran de cincuenta centavos la unidad, de excelente calidad y toda clase de estilos. Luego compré unos zapatos, elegantes, de suela gruesa y piel auténtica, zapatos que me llevarían por las calles de Los Ángeles durante los meses siguientes. También compré otras cosas, calzoncillos y camisetas, una docena de calcetines, corbatas y finalmente un irresistible y soberbio sombrero de paseo. Me lo puse airosamente ladeado, salí del probador y pagué la cuenta. Veinte pavos. Era la primera vez en mi vida que me

compraba ropa. Mientras me observaba en un espejo de cuerpo entero, recordé que los míos habían sido demasiado pobres para comprarme un simple traje en todos los años que pasé en Colorado, ni siquiera lo tuve para los actos que se celebraron cuando mi curso terminó el bachillerato. En fin, yo había encontrado ya mi camino y nada podía detenerme. Heinrich Muller, el rugiente tigre del mundo literario, me conduciría a la cima. Salí de Goodwill y anduve por la Tercera, un hombre nuevo. Mi jefe, Abe Marx, estaba en la puerta del establecimiento cuando llegué.

—¡Santo Dios, Bandini! —exclamó—. ¿Es que has ido de compras a Goodwill?
—¿A Goodwill? ¡Un cuerno! —exclamé—. Todo esto es de Bullocks, ignorante.
Un par de días después Abe Marx me dio una tarjeta comercial. Decía:

Gustave du Mont, Dr. Phi.
Agente literario
Corrección y puesta a punto de libros,
obras teatrales, guiones y cuentos.
Revisión editorial experta.
Calle Tercera 513, Los Ángeles.
Curiosos abstenerse.

Me guardé la tarjeta en el bolsillo del traje recién comprado. Tomé el ascensor hasta el cuarto piso. La oficina de Du Mont estaba en mitad del pasillo. Entré.

El vestíbulo daba bandazos como si hubiera un terremoto. Miré a mi alrededor ahogando una exclamación. El lugar estaba lleno de gatos. Gatos en las sillas, en las barras de las cortinas, en la máquina de escribir. Gatos encima de las estanterías, dentro de las estanterías. El hedor era insoportable. Los gatos saltaron al suelo y se arremolinaron a mi alrededor, frotándose las piernas, jugando a recostarse sobre mis zapatos. En el suelo y sobre los muebles había una película de pelo felino que se agitaba como la superficie de una piscina. Me acerqué a una ventana abierta y eché un vistazo a la escalera de incendios. Había gatos subiendo y bajando por ella. Un animal gordo y grisáceo subió hacia mí con una cabeza de salmón en la boca. Me pasó rozando cuando entró en la habitación de un salto.

El rumor del pellejo gatuno llenaba ya el aire. Se abrió una puerta interior. Y allí estaba Gustave Du Mont, un señor mayor y pequeño, con unos ojos como cerezas. Corrió entre los gatos haciendo aspavientos y gritando:

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Largaos todos! ¡Es hora de irse a casa!

Los gatos se limitaron a cambiar de posición sin inmutarse, unos yendo a parar a sus pies, otros dándole inocentes zarpazos en los pantalones. Eran sus amos. Du Mont suspiró, levantó las manos al cielo y dijo:

—¿Qué se le ofrece?

—Vengo del establecimiento de la planta baja. Dejó usted su tarjeta.

—Pase.

Entré en el despacho y cerró la puerta. Nos encontrábamos en una habitación pequeña, con tres gatos tirados en lo alto de una estantería. Eran felinos de élite,

persas gordos que se lamían las zarpas con aplomo majestuoso. Los miré con atención. Du Mont pareció entender.

—Mis favoritos —dijo sonriendo. Abrió un cajón de la mesa y sacó una botella de *whisky* escocés—. ¿Un tentempié, joven?

—No, gracias, doctor Du Mont. ¿Para qué quería verme?

Du Mont abrió la botella, tomó un trago y suspiró con la boca abierta.

—He leído su cuento. Es usted un buen escritor. No debería perder el tiempo. Usted pertenece a un ambiente más sensible. —Tomó otro trago—. ¿Quiere un empleo?

Miré los gatos.

—Quizá. ¿En qué está pensando?

—Necesito un corrector de estilo.

Los gatos olían a rayos.

—No creo que pueda aceptarlo.

—¿Lo dice por los gatos? Me encargaré de eso.

Medité durante un minuto.

—Bueno..., ¿qué es lo que quiere que corrija?

Le dio otro viaje a la botella.

—Novelas, cuentos, lo que llegue.

Vacilé.

—¿Puedo ver el material?

Su mano cayó sobre una torre de manuscritos.

—Sírvase usted mismo.

Cogí el que había encima. Era un cuento escrito por una tal Jennifer Lovelace; se titulaba «Pasión al amanecer». Di un gruñido.

Du Mont tomó otro trago.

—Es espantoso —dijo—. Todos son espantosos. Yo ya no puedo leer más. Es la peor prosa que he visto en mi vida. Pero da dinero si se tiene estómago. Cuanto peores son, más se cobra.

Yo tenía ya la parte delantera del traje totalmente cubierta de pelo de gato. La nariz me picaba y estaba a punto de estornudar. Me contuve.

—¿Cuánto se cobra?

—Cinco dólares a la semana.

—Joder, eso es solo un dólar al día.

—Es lo que hay.

Cogí la botella y eché un trago. Me quemó la garganta. Sabía a orina de gato.

—Diez dólares semanales o no hay trato.

Du Mont me alargó la manaza.

—Hecho —dijo—. Comienza el lunes.

El lunes por la mañana me presenté a las nueve en punto. Los gatos habían desaparecido. La ventana estaba cerrada. Había muebles nuevos en el vestíbulo. Me

habían puesto una mesa al lado de la ventana. Todo estaba limpio. Cuando pasé el dedo por el alféizar no se me pegó ni un solo pelo de gato. Oisqueé el aire. El olor a orina todavía era recio, aunque estaba camuflado por un fuerte desinfectante. Percibí además otro olor, un repelente para gatos. Me senté a la mesa y acerqué la máquina de escribir. Era una vieja Underwood. Metí un folio por el carro y probé el teclado. Funcionaba como una cortadora de césped oxidada. De repente me sentí incómodo. Había algo en aquel trabajo que me ponía aprensivo. ¿Por qué tenía que trabajar yo con las obras de otros? ¿Por qué no estaba en mi habitación escribiendo mis propias cosas? ¿Qué habría hecho Heinrich Muller en un caso semejante? Yo era un idiota, estaba claro.

Se abrió la puerta y apareció Du Mont. Me llevé una sorpresa al verlo con sombrero hongo, levita, chaleco gris, botines y bastón de paseo. Yo no había estado nunca en París, pero al ver tan peripuesto al hombrecillo pensé en aquella ciudad. ¿Se habría vuelto loco? Evidentemente, sí.

—Buenos días —dijo—. ¿Qué le parecen sus dependencias?

—¿Y los gatos?

—El desinfectante —dijo—. Los ahuyenta. No se preocupe. Conozco a los gatos. No volverán.

Colgó el sombrero y el bastón en los ganchos de detrás de la puerta. Luego acercó una silla y se sentó a mi lado. Cogió el primer manuscrito, «Pasión al amanecer», de Jennifer Lovelace, y empezó a enseñarme el arte de la revisión literaria. Lo hizo brutalmente, porque la verdad es que era un trabajo brutal. Con un lápiz negro en la mano fue señalando, reduciendo, suprimiendo frases, párrafos, páginas enteras. El manuscrito sangraba abiertamente a causa de la mutilación. No tardé en cogerle el tranquillo y hacia el final de la jornada ya daba hachazos solo.

A última hora de la tarde oí un golpe en la ventana. Era un gato, un viejales de cara magullada y triste. Me miró a través del cristal, frotando la nariz contra él y luego lamiéndolo con esperanza. No le hice el menor caso durante un rato y cuando volví a mirar había otros dos animales en el alféizar, mirándome como huérfanos en busca de caridad. Fue superior a mis fuerzas. Bajé en el ascensor al establecimiento de Marx y encontré unas rodajas de pastrami en el cubo de la basura. Las envolví en una servilleta y se las llevé a los gatos. Cuando abrí la ventana, entraron en tromba y comieron vorazmente de mi mano.

Oí reír a Du Mont. Estaba en el umbral de su despacho, con un persa en los brazos.

—Sabía que le gustaban los gatos —dijo—. Lo leí en sus ojos.

2

Tardé tres días en revisar el cuento de Jennifer Lovelace. La versión original tenía treinta páginas. La mía redujo el manuscrito a la mitad. En realidad no era un mal cuento; lo único que le pasaba era que estaba mal escrito y mal contado. Era la historia de seis maestras de escuela que recorren la pradera en carromato, tienen encuentros con indios y forajidos y finalmente consiguen llegar a Stockton. Estaba satisfecho de mi trabajo y llevé el manuscrito a Du Mont. Lo sopesó y frunció el entrecejo.

—Añádale diez páginas, hombre —dijo.

—Ya es muy largo —insistí—. Yo no añadiría ni una línea. Creo que a Jennifer Lovelace le gustará.

Acercó el teléfono.

—Le diré que el texto está listo.

El día siguiente por la tarde estaba yo dando de comer a los gatos cuando llegó Jennifer. Su belleza era asombrosa. Llevaba un vestido de lino blanco, medias negras, zapatos abiertos negros y un bolso negro colgado del brazo. Su cabello era una cascada de espuma negra, su rostro exquisito, iluminado por unos ojos negros. Había en ella mucho que admirar y mis ojos recorrieron el contorno de su cuerpo, la sensualidad de su cintura y sus tentadoras, seductoras e increíbles caderas. Había visto miles de mujeres hermosas desde que estaba en los Ángeles, pero la belleza de Jennifer Lovelace me cortó el resuello.

—Hola —dije, y di un traspié.

—Buenas tardes —dijo sonriendo—. Soy Jennifer Lovelace. ¿Está el doctor Du Mont?

—Voy a ver. Siéntese, por favor.

Descendió flotando en una silla como un mullido cojín de raso y observé la mecánica de sus rodillas, sus muslos y sus caderas. Cruzó las delicadas manos en el regazo y sentí un cosquilleo de placer. Llamé a la puerta de Du Mont y me dijo que pasara. Entré, cerrando cuidadosamente la puerta, y susurré:

—¡Está aquí!

—Chitón —dijo apretando los labios—. Que espere. Es rica.

—Y lo parece.

Sacó un reloj de oro del bolsillo y lo miró durante un rato que se me antojó largo. Entonces dijo:

—¡Ya! ¡Tráemela!

Abrí la puerta y la vi sentada con paciente aplomo, como una reina.

—Pase, por favor —dije.

—Gracias —dijo levantándose. Mientras avanzaba hacia el despacho de Du Mont, vi pelos de gato en la parte posterior de su vestido.

—¡Espere! —Dije. Se detuvo y me miró sin comprender. Allí estaba mi

oportunidad. Me arrodillé tras ella y me puse a limpiar el pelo de gato de sus gloriosas nalgas, palpando los músculos prietos de sus caderas y la redondez del radiante culo. Se apartó de mí.

—¿Qué hace? —preguntó—. ¿Habrás visto?

—Los gatos —dije, enseñándole las manos cubiertas de pelo.

Se volvió de cintura para arriba para mirarse los pelos adheridos y se los sacudió con la mano. Me acerqué a rastras para ayudarla, pero me apartó.

—¡Por favor! —exigió—. ¡Déjeme en paz! —Du Mont estaba ya junto a ella, galante, comedido.

—Venga, querida mía —dijo para tranquilizarla, la condujo a su despacho y cerró la puerta. Yo seguía de rodillas en el suelo, confuso y avergonzado, mientras los gatos daban vueltas a mi alrededor, maullando para que les diera de comer.

El despacho de Du Mont estaba en silencio. Todavía de rodillas, miré por el ojo de la cerradura y vi a Jennifer sentada ante la mesa de Du Mont. La cara se le fue contrayendo conforme leía la nueva versión de su historia.

—¡Mi original! —exclamó con voz ahogada—. ¿Qué le ha pasado? —Se puso a rebuscar en el bolso—. Deme un cigarrillo, por favor. —Du Mont obedeció—. ¿Qué le ha hecho a mi cuento, doctor Du Mont? Lo ha destrozado..., un cuento tan hermoso... ¿Cómo ha podido hacerme esto?

Du Mont levantó las manos en son de paz.

—Yo no he hecho nada, querida mía —mintió—. No sabía lo que ese estaba haciendo.

Jennifer Lovelace se puso rígida.

—¿Ese? ¿Quién es ese?

Du Mont no dijo nada. Se limitó a poner cara de culpa y a señalar con la cabeza la puerta del vestíbulo. Mientras Jennifer Lovelace se ponía en pie de un salto, yo eché a correr, por el pasillo, escaleras abajo, por la tienda, por la puerta trasera, por el callejón. Vi un cajón de embalar y me senté a fumar un cigarrillo con manos temblorosas. Percibí la presencia de gatos a mi alrededor, la misma pandilla que frecuentaba mi despacho. Me miraban con curiosidad, preguntándose qué estaría haciendo en su territorio.

Levanté los ojos hacia la ventana de mi despacho. No podía volver. No quería volver. Me sentía traicionado, engañado por Du Mont. La despiadada corrección del cuento de Jennifer me llenaba ahora de vergüenza. Si alguien hubiera destrozado así una obra mía le habría dado de puñetazos. ¿Qué opinaría Heinrich Muller de mi integridad? ¡Integridad! Me eché a reír. Un huevo, la integridad. Yo no era nada, un cero. A la porra todo. Decidí comprarme unos pantalones. Todavía tenía cerca de cien dólares. Los malgastaría y olvidaría mis problemas con el despilfarro. Al fin y al cabo, ¿qué era el dinero?

En Goodwill seleccioné y me probé tres pantalones. No me quedaban del todo bien. Me miré en el espejo y vi el número, el cero. Una vergüenza en presencia de

Heinrich Muller, el león de la literatura.

Atravesé el cruce de la Tercera con Hill, hacia Angel's Flight, subí al funicular y tomé asiento. Solo había otra persona, una chica que leía un libro al otro lado del pasillo. Vestía con sencillez y no llevaba medias. Era más bien atractiva, pero no mi estilo. Cuando el vehículo se puso en marcha, cambió de asiento. No tenía culo. Bueno, culo sí tenía, pero carente del esplendor del de Jennifer Lovelace. Sin nobleza, sin la grandiosidad de un ente de belleza. Solo un culo, un culo vulgar y corriente. No era mi día.

Bajé del funicular en la cima de Angel's Flight y seguí andando por la Tercera, camino de la pensión donde vivía. Decidí tomar un café y fumarme un cigarrillo en el pequeño restaurante japonés que había unas casas más adelante. El café disolvió el pesimismo y me dirigí a la pensión. La encargada estaba tras el mostrador del vestíbulo. Lo primero en que me fijé fue en *The American Phoenix*. La revista estaba en el mismo sitio donde yo la había dejado tres semanas antes. Enfadado, me acerqué audazmente al mostrador y la cogí.

—No lo ha leído, ¿verdad que no?

Sonrió con hostilidad.

—No, no lo he leído.

—¿Por qué? —Dije.

—Me aburrí. Leí el primer párrafo y ya no pude más.

Me puse la revista bajo el brazo.

—Me voy de aquí —dije—. Muy pronto.

—Como guste.

Me alejé por el pasillo. Mientras abría mi puerta con la llave, oí el chasquido de una cerradura al otro lado del pasillo. Se abrió la puerta y salió la chica del tranvía. Todavía llevaba el libro. Era *Nana*, de Zola. Me saludó con una sonrisa.

—Hola —dije—. No sabía que vivieras aquí.

—Acabo de instalarme.

—¿Trabajas cerca?

—Así podría decirse. —Puso cara sensual—. ¿Quieres que nos veamos?

—¿Cuándo?

—¿Qué tal ahora mismo?

Yo no la deseaba. No me atraía nada de ella, pero tenía que comportarme como un hombre. Tales situaciones solo podían resolverse de una manera.

—Pues claro —dije.

Encendió en sus ojos la leve llama de la sensualidad y abrió la puerta del todo.

—¿A qué esperas? —dijo.

Vacilé. Ayúdame, Señor, me dije mientras cruzaba el pasillo y entraba en su habitación.

Me siguió y cerró la puerta.

—¿Cómo te llamas, cariño?

—Arturo —dije—. Arturo Bandini.

Me quitó la chaqueta.

—¿Cuánto? —añadí.

—Cinco.

Me dio la vuelta para que le diera la cara y empezó a desabrocharme la camisa. La dejó en una silla y se dirigió al cuarto de baño.

—Vuelvo en un minuto.

Entró en el baño y cerró la puerta. Me senté en la cama y me quité el resto de la ropa. Estaba ya desnudo cuando salió. Procuré ocultar mi decepción. Estaba limpia y se había bañado, pero en cierto modo no estaba pura. El culo le colgaba como un niño huérfano. Nunca compartiríamos un polvo. Mi presencia allí era una insensatez. Me asió el miembro y me condujo al cuarto de baño. Me lavó y enjabonó la entrepierna y sus dedos me masajearon con determinación, pero no hubo respuesta. Solo podía pensar en Jennifer Lovelace y en el garbo de sus ijadas. Me secó, volvimos al dormitorio y nos echamos en la cama. Se estiró desnuda y yo me quedé junto a ella.

—Adelante —dijo.

Recorrí su vello púbico con el dedo.

—¿Te importa si leo? —añadió—. Pásame el libro.

Le di el libro, lo abrió por donde lo había dejado y se puso a leer. Yo me quedé allí, cavilando. Buen Dios, ¿y si mi madre entraba de pronto? ¿O mi padre? ¿O Heinrich Muller? ¿Dónde terminaría la cosa? Me señaló con la cabeza un frutero con manzanas que había en la mesita.

—¿Te apetece una manzana? —preguntó.

—No, gracias.

—Dame una, por favor.

Le di una manzana. Y así, leyó y comió.

—Vamos, cariño —dijo con zalamería—. Disfruta.

Bajé las piernas de la cama y me puse en pie.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz hostil.

—No te preocupes. Te pagaré.

—¿Quieres que te la chupe?

—No —dije.

Cerró el libro de golpe.

—¿Sabes qué te pasa, criatura? Que eres maricón. Eso es lo que te pasa. Que eres una loca. Conozco a los de tu clase.

Cogió mi chaqueta, los pantalones, los calzoncillos, los zapatos, los calcetines, corrió a la puerta y los arrojó al pasillo. Salí y me puse a recoger prendas.

—Te debo cinco dólares —dije.

—No, no me los debes. No me debes nada.

Busqué la llave en el bolsillo de la chaqueta. En mitad del pasillo, mirándome con los brazos cruzados, estaba la señora Brownell, la encargada. Giré la llave y entré

corriendo en el cuarto.

Me sentí aliviado, salvado, rescatado. Fui a la ventana para contemplar la gran ciudad que se extendía a mis pies. Era como contemplar la totalidad del mundo. A lo lejos, hacia el suroeste, el sol rayaba el océano con franjas de luz celestial. Un mensaje de Dios. Una señal. El Niño Jesús en el pesebre, la luz de la estrella de Belén. Caí de rodillas.

—¡Oh, bendito Niño Jesús! —Recé—. Gracias por haberme salvado en este día. Gracias por la ola de misericordia divina que me alejó de esa habitación de pecado. Yo te juro... que nunca más volveré a pecar. Recordaré tu gloriosa intercesión durante el resto de mi vida. Gracias, pequeño Hijo de Dios. De ahora en adelante seré por siempre tu más devoto servidor.

Hice la señal de la cruz y me puse en pie. Qué bien me sentía. Qué renovado con los sentimientos de la infancia. Tenía que ponerme en contacto con Jennifer Lovelace. Me vestí y salí al vestíbulo. Llamé a Du Mont por el teléfono público.

—¿Qué te ha pasado? —dijo.

—Estoy en la pensión. ¿Cuál es el número de Jennifer Lovelace?

Me lo dio y lo anoté.

Volví a mi habitación y me senté ante la máquina de escribir. Tecleé durante quince minutos... dos páginas desgarradoras. Doblé las hojas, salí de la pensión, crucé la calle, entré en la cabina y llamé a Jennifer. Desdoblé las notas que había tomado mientras oía los timbrazos del teléfono.

—Diga. —Era ella.

—Jennifer, soy Arturo Bandini. —Silencio. El sudor me corría por la piel. La voz me temblaba—. Jennifer, quiero que me perdone. No sé por qué he destrozado su hermoso original. Ha sido solo por inexperiencia. Soy un buen escritor, Jennifer. Puedo demostrárselo. Le enseñaré algunas obras mías. Así verá lo buen escritor que soy. No quería arruinar su original. No soy un crítico, Jennifer. Solo obedecía las instrucciones de Du Mont. He cometido un error lamentable. ¿Me permitiría verla para explicárselo? Me gustaría hablarle de mi extraordinario talento. Por favor, Jennifer. Deme la oportunidad de explicar...

Había mucho más que decir, pero me interrumpió.

—¿Qué tal el domingo?

—Cualquier día, a cualquier hora. Cuando quiera.

Me dio sus señas de Santa Mónica y las anoté.

—Gracias, Jennifer. No lo lamentaré.

Colgó.

3

El sol me dio en la cara como un potente foco dorado y me despertó. Era domingo por la mañana y prometía ser un día brillante y glorioso. Me levanté de un salto, abrí la ventana de par en par y grité al mundo: ¡Hola a todos! ¡Buena suerte para todos! Un buen día, un nuevo día. Recordé a mi padre en Colorado, ante el fregadero de la cocina, una deslumbrante mañana de primavera, cantando con alegría mientras se afeitaba. *O sole mio*. Me puse ante el espejo del lavabo y canté también. ¡Dios mío, qué bien me sentía! ¿Cómo era posible? Me comí dos naranjas para desayunar.

Con el elegante traje de Goodwill y el airoso sombrero, me puse el número de *The American Phoenix* bajo el brazo y partí con paso decidido a la conquista de una mujer. Y bajé por Olive Street aquella despejada mañana de domingo. La ciudad parecía desierta, la calle estaba silenciosa. Me detuve y escuché. Oí algo. Era el rumor de la felicidad. Era mi corazón latiendo suave y rítmicamente. Un reloj, eso era yo, una pequeña máquina de felicidad. Crucé la calle Quinta, hacia el Hotel Biltmore. Por la puerta giratoria entraba y salía gente bien vestida. Personas como yo, ataviadas elegantemente, la clase mejor. En la entrada principal había un portero de uniforme. Me dio la impresión de que medía tres metros cuando se cuadró ante mí para saludarme. Le devolví el saludo.

—¿Tiene usted hora, señor? —pregunté.

—Sí, señor. —Miró su reloj de pulsera—. Son las once en punto, señor.

—Gracias, señor.

Me acerqué al bordillo de la acera y miré la larga fila de taxis con el correspondiente conductor al volante. De repente se me ocurrió una idea. Iría a casa de Jennifer en taxi. Toda mi vida había querido ir en taxi, pero por diversas razones, todas económicas, no lo había hecho hasta entonces. Ahora podía hacerlo. Podía llegar con estilo. Iría volando a su casa, esperaría a que el taxista me abriera la portezuela y saldría como un príncipe. El portero se me acercó.

—¿Taxi, señor?

—Sí, por favor.

Abrió la portezuela del taxi más cercano y subí. El taxista volvió la cabeza para mirarme.

—¿Adónde, señor?

—A Santa Mónica. Al 1724 de la calle Dieciocho.

—Un trayecto muy largo —dijo.

—Eso carece de importancia —repliqué—. Carece totalmente de importancia.

El taxi se alejó de la acera, dobló a la derecha por la Séptima, luego a la derecha por Hope Street, hacia Wilshire Boulevard. Yo miraba la calle y los comercios, y sentía un nudo en la garganta. ¡Qué maravillosa ciudad! Mira cuánta gente guapa pasea con sus mejores galas al salir de las iglesias y se detiene ante los escaparates del esplendoroso bulevar. No cabía duda, era mi día, mi ciudad.

El taxista tenía razón. Un trayecto muy largo..., de siete dólares con veinte centavos. Me fijé en la cantidad cuando subió la bandera. Bajé del taxi y le di un billete de diez dólares. Me devolvió el cambio exacto, y lo conté. Luego se me ocurrió que lo acostumbrado también era dar propina. El taxista me miraba. Le di una moneda de diez centavos.

Torció el labio.

—Vaya, gracias.

Me volví a mirar la casa de Jennifer. Parecía sacada de Mother Goose, una fantasía victoriana amarilla y blanca con linternas en los dos extremos del primer piso. Las paredes de las linternas eran de madera tallada con espirales y volutas. Era una tarta nupcial, con todos los detalles menos los novios. Me senté allí con orgullo, en un recinto formado por altos abetos, extrañamente fuera de lugar, más bien propios del país de Oz. ¡La casa de Jennifer! Vi las cómodas butacas del porche y sonreí ante la idea de que su maravilloso trasero las había bendecido todas.

Salió a la puerta cuando yo subía ya las escaleras del porche.

—¡Hola! —dijo sonriendo—. Me alegro de que haya venido. Pase, por favor.

Abrió la puerta y entré. La habitación era deslumbrante. Piano de cola, sillones de lujo, gigantescos helechos bostonianos, lámparas de Tiffany y un gran retrato al óleo en la campana de la chimenea, una niña de largos tirabuzones. Me dejó observar detenidamente el retrato mientras me explicaba que era ella de pequeña.

—Tome asiento —dijo—. Mis padres están en misa. Volverán enseguida.

—¿Ha ido usted a misa esta mañana? —pregunté.

—Oh, sí. ¿Es usted católico?

—¿Qué, si no? —Dijo sonriendo—. La iglesia ha sido fundamental en mi familia durante generaciones.

—Entonces ¿ya ha ido a misa esta mañana?

—Naturalmente. Faltar a misa es un pecado mortal. Seguro que usted lo sabe.

—Desde luego —dijo con una sonrisa.

Me senté.

—La verdad es que esta mañana he tenido una especie de discusión teológica con mi confesor.

Antes de sentarse se alisó la parte trasera del conjunto deportivo amarillo. Sus nalgas encajaron en la silla como un bonito huevo en un nido.

—¿Cuál es su parroquia? —preguntó.

Sabía que en alguna parte de Los Ángeles tenía que haber una iglesia de la Virgen y contesté:

—La Virgen de Guadalupe.

—¿Verdad que es preciosa? —exclamó—. Me encanta esa iglesia.

—Suelo ir allí a rezar.

—Ha dicho usted algo sobre una discusión con su confesor. ¿A qué se refería?

—Se lo diré, pero solo en el más estricto secreto. El sagrado secreto de la

confesión.

Ahogó una exclamación y se puso la mano en el pecho.

—¿Puede? —preguntó.

—Debo —dije. Me retorcí las manos sobre los muslos y añadí: ¿Recuerda usted la carnicería que hice con su original? ¿Ha olvidado que lo hice trizas sin tener en cuenta sus sentimientos? ¿Ha olvidado la ira que sintió al conocer el atropello?

Asintió solemnemente.

—Cuando me acerqué al confesonario —proseguí— y me encaré con el sacerdote, mi única pregunta era: ¿había cometido yo un pecado mortal al echar a perder su obra? ¿Era una ofensa grave contra la ley de Dios? ¿Me perdonaría el Altísimo? El sacerdote me miró a través de la rejilla, meditó un momento y dijo: «Profanar una obra artística, sea cual fuere, es un gravísimo pecado contra la ley de Dios».

Pareció muy impresionada y se puso en pie.

—¿Le apetece una Coca-Cola, señor Bandini?

—Sí, gracias.

Se alejó rápidamente hacia la cocina con el glorioso culo siguiéndola con cadencias de ritual.

Fui tras ella, sacó un par de botellines de la nevera y me dio una. Las abrimos y bebimos. Encima de la mesa había una cesta de merienda. Levanté la tapa y miré el interior.

—Es para nosotros —dijo.

—¿Vamos a algún sitio?

—A la playa.

—¿Al mar?

—Naturalmente.

—¿Nos bañaremos?

—Para eso está.

—No tengo bañador.

—Puede ponerse uno de mi hermano.

Terminamos los refrescos.

—Andando —dijo.

La seguí por la escalera trasera con la cesta de la merienda y llegamos al garaje, donde vi aparcado un Chevy de dos puertas. Dejé la cesta en el asiento posterior y me senté a su lado. Puso el motor en marcha, fuimos por el callejón hasta el cruce y se introdujo en el tráfico.

A kilómetro y medio de los muelles de Santa Mónica por la autopista del Pacífico había un puñado de chalecitos de playa, muy antiguos y castigados por el clima. Nos acercamos a la cuneta y bajamos. Siguiendo un sendero de tablas cruzamos una alta cerca, accedimos a un chalecito y entramos. Pertenecía a su familia. No era pretencioso; cocina, nevera, mesa y sillas. Pegados a la cocina había dos dormitorios.

Entró en uno, salió con un traje de baño negro y me arrojó un bañador. Mientras me desnudaba, salió y echó a correr hacia las olas. Me quite la ropa a toda velocidad y fruncí el entrecejo al ver mi cuerpo blanco como un lirio.

Tenía el matiz rosa de los cerdos y temía la cara de estupefacción que pondría cuando me presentase ante ella. Pero no puso cara de estupefacción. Estaba tumbada en la cálida arena y leía *The American Phoenix* con unas gafas negras de montura de concha.

El océano era impresionante. Olvidé mi pálido y deslucido cuerpo y lo contemplé extasiado. La playa estaba casi desierta. Unos niños pasaron corriendo, se detuvieron para mirarme, rieron por lo bajo y siguieron corriendo. Avancé con placer, dejando que las olas me alcanzaran poco a poco los dedos de los pies. Entré por etapas en aguas más profundas y empecé a nadar, vigorizado por la penetrante frialdad del oleaje. Colorado parecía estar a una eternidad de allí. Mi madre habría vuelto ya de la iglesia y estaría preparando la comida. Seguro que pensaba en mí mientras yo pensaba en ella.

No podía apartar los ojos de Jennifer. Estaba absorta en la lectura de la revista y no me prestaba atención. Me puse delante de ella para llamar su atención.

—¡Mira!

Di una voltereta, luego otra, y otra. Sonrió vagamente y volvió a la revista. Sabía hacer más cabriolas, ya que había estado en el equipo de equilibristas de la Universidad de Colorado.

—¡Mira esta!

Hice varias piruetas laterales. Levantó los ojos para mirarme y me dedicó una sonrisa distraída.

—¡Fíjate en esto!

Hice el pino y avancé cabeza abajo por el agua hasta que me llegó a los hombros. Entonces perdí el equilibrio. Me volví hacia la orilla. Jennifer se había ido. La vi alejándose por la arena y entrar en el chalecito. Fui tras ella.

Estaba sacando cosas de la cesta, lechuga, cebollas, tomates, los lavaba en la pila y los troceaba en un cuenco de madera. Se había puesto un delantal encima del deslumbrante bañador negro. Me quedé boquiabierto. Su figura era voluptuosa, tentadora, irresistible. Las manos me temblaron cuando encendí un cigarrillo y me dije que había llegado el momento. Ahora o nunca. No seas bobo. Muévete. Este momento no volverá a repetirse. Sé valiente. No puedes perder nada y puedes ganarlo todo. Me incorporé y me arrojé sobre ella, cayendo de rodillas y rodeándole la cintura con los brazos.

—Te amo —dije—. Te deseo.

Giró las soberbias caderas para eludir mi presa. Me aferré a ella como un tigre. Cogió el cuenco de la ensalada y me lo volcó encima de la cabeza. Sentí la lluvia de mahonesa, aceite de oliva y hortalizas mientras caía al suelo, arrastrándola conmigo.

—¡Idiota! —gritó—. ¡Suéltame! ¡Idiota chiflado!

Una inexplicable violencia se apoderó de nosotros y forcejamos y resbalamos en una pelea sin sentido. Lanzó un alarido cuando le di un mordisco en el culo. Se puso a gatas, consiguió librarse de mi abrazo, se arrastró hacia el dormitorio y cerró la puerta con el pie.

Me senté jadeando encima del pringoso aderezo de la ensalada. ¿Qué había hecho? En el revuelto suelo estaba el número de *The American Phoenix*, manchado de aceite y mahonesa. ¿Y ahora qué?, me pregunté. Vete, me dije. Huye. Sal de aquí. Me arrastré hasta un sillón y vi que tenía arañazos en el pecho y en las piernas. El fin del mundo. Mi fin. El fin de mi amor. Se abrió la puerta del dormitorio y salió. Se frotaba con una toalla para limpiarse el aliño. No dijo una palabra.

—Perdona —dije.

—¡Hijoputa! —dijo. Cogió las llaves de la mesa y fue a la puerta—. Y otra cosa —dijo—, no existe ninguna iglesia de la Virgen de Guadalupe.

Salió. La seguí hasta la autopista. Subió al coche y se fue.

Quería llorar, pero mi propia estupidez me tenía aturdido. Volví al chalecito, me quité el bañador y me di una ducha fría. Me sequé, me vestí, cerré todas las puertas y volví a la autopista. Al otro lado de la calzada vi bañistas que bajaban por el empinado sendero del acantilado. Crucé la autopista y tomé aquel sendero. Así llegué a Ocean Avenue y a una parada de tranvías. Subí al primero que pasó y volví a la pensión.

Giraba la llave en la puerta cuando oí una radio al otro lado del pasillo. La canción era *Begin the beguine*. Entré en mi cuarto, me quité la ropa y me puse el albornoz. Casi estaba ya oscuro, oscuro, solitario y erótico. Salí del cuarto, crucé el pasillo y llamé a su puerta. La radio dejó de sonar y ella dijo:

—Adelante.

Abrí la puerta.

Estaba estirada en la cama, sin más indumentaria que unas bragas rosas, leyendo *Nana*. Arrugó la frente.

—¿Qué quieres?

—Que jodamos —dije.

Los días pasaron lentamente. Llegó agosto, tórrido y pegajoso. Una noche llovió. Los de la pensión salimos en tropel y nos quedamos en la calle recogiendo la lluvia con las manos. Un olor dulce impregnó Bunker Hill. La lluvia nos salpicaba el rostro. Luego cesó. Yo estaba desmochando un cuento y trabajaba con ahínco. Me llevé el trabajo a la oficina de Du Mont. Durante la jornada se acercó varias veces para ver lo que estaba escribiendo. De repente arrancó el folio de la máquina de escribir.

—Estás despedido —dijo. El viejo temblaba—. Coge tu cuento y vete.

Salí a la calle y me fui al teatro. Deambulé por Main Street hasta el Follies, en cuya iluminada marquesina destacaba el nombre de Ginger Britton. Estaba ya medio desnuda, columpiándose en las cortinas, con un culo que era un Rubens perfecto. Encontré un asiento en la primera fila y me la comí con los ojos. Estaba esplendorosa con aquel culo de potranca, castigando el escenario con los zapatos de tacón alto, dando la espalda al público, doblándose por la cintura para mirarnos entre sus piernas. Un indiscutible culicampeón mundial, incomparable, con una piel que resplandecía como la pulpa del melón. El largo cabello rojo le caía hasta las caderas, sus pechos de valquiria trazaban círculos desenfrenados. Los espectadores jaleaban y silbaban. Aquello me irritó. ¿Por qué eran tan vulgares, joder? Miraban una obra de arte con la misma actitud que un combate de boxeo. Era un sacrilegio. Cuando abandonó el escenario, el aplauso fue brutal, impresionante. No pude soportarlo y salí del teatro a toda prisa. Volví a la pensión encolerizado. Me senté a la máquina y escribí una carta a Ginger Britton:

Estimada Ginger Britton:

La amo. La he visto hoy y la amo con locura. La reverencio. Anhele conocerla, hablarle, cogerle la mano, tenerla en mis brazos y cubrirla de besos. Verla hoy bailar ha sido como una llama que me ha inflamado de pies a cabeza. ¡Qué no daría por llevarla a cenar a algún restaurante tranquilo, su rojo cabello en mi cara, sus labios húmedos de vino besando los míos! Sea amable conmigo, apreciada dama del Follies, y permítame visitarla alguna noche después del espectáculo. Tiemblo de amor.

Arturo Bandini

Firmé la carta, la metí en un sobre y la llevé al vestíbulo. La señora Brownell estaba tras el mostrador. Le pedí un sello. Por la puerta de sus dependencias salía un aroma embriagador.

—¿Qué es? —pregunté olisqueando.

—Pastel de carne —dijo—. Acabo de sacarlo del horno.

—Huele a gloria.

—¿Quiere un poco?

Era el primer comentario cordial que oía de sus labios. Miré sus claros ojos azules y me admiró su mutación. Ante mí tenía a una persona realmente hospitalaria y no la bruja a la que me había acostumbrado.

—Gracias, señora Brownell. Será un placer.

Me invitó a entrar. Me quedé mirando lo que había a mi alrededor. Era una habitación de portera, con cocina, nevera, mesa de desayuno, un par de sillas y un sofá cama.

—Siéntese, señor Bandini.

Me senté a la mesa y la miré mientras cortaba un trozo de un gran pastel de carne. No era joven. Tal vez cincuenta y cinco años. Vista de cerca, su figura era graciosa y bien formada. Incluso tenía un culo que prometía. Puso el trozo de pastel en un plato hondo y le echó *brandy* por encima.

—Es curioso —dijo—. Todo el caluroso día he estado pensando en el pastel de carne. Ahora sé por qué. —Sonrió, enseñando una dentadura perfecta, y me puso el plato delante. Me dio una cuchara y lo probé. Debí de comer muy aprisa, porque pronto me sirvió otro trozo. Era un pastel muy recio, pero me encantó, y sorbí el *brandy* como si fuera caldo, y sentí un calor fuerte en el estómago. De pronto todo estaba confuso y yo borracho. Oí que la señora Brownell hablaba de Kansas y de una cena de Acción de Gracias en una granja de las afueras de Topeka, la historia de sus hermanos y de cómo su padre se fugó con una mujer de Wichita.

Desperté en la cama. No en la mía, en la de la señora Brownell. Yo estaba boca arriba junto a la pared. A mi lado dormía la señora Brownell. Llevaba un camisón blanco y gorro de dormir. Yacía de costado, de cara a mí, aferrada a mi brazo con ambas manos mientras roncaba musicalmente. El reloj de la mesita señalaba las tres de la madrugada. Cerré los ojos y volví a dormirme.

Helen Brownell y yo nos llevábamos bien. El paso a su habitación resultaba cómodo todas las noches. A veces me sonreía cuando me sentaba y me quitaba los zapatos. Otras no me hacía caso, como si me aguardara. Yo era su pequeño campeón, decía, porque yo era un individuo bajo y no más robusto que su marido, un contable que había muerto hacía cinco años. Cuando llegaba la hora de cerrar, desaparecía en el cuarto de baño para desnudarse y luego salía con el camisón de muselina y el gorro de dormir. Apagaba la luz del baño y se acostaba a mi lado. Compartíamos la oscuridad, es decir, a veces. A veces la sobaba un poco y ella respondía. Pero casi siempre como otro miembro de la familia, como una tía soltera, como mi tía Cornelia, que vivía con nosotros cuando yo era pequeño y que odiaba a los niños. Por la mañana me despertaba el tocino friéndose y la veía ante la cocina, preparándose el desayuno.

—Buenos días —decía yo.

—Hora de desayunar, pequeño campeón —respondía ella.

A veces venía a darme un beso en la frente. Debía de saber que no tenía un

centavo, porque casi todos los días me encontraba un par de dólares en el bolsillo. Yo quería fregar los platos, pero no me dejaba. Comido y descansado, me iba a mi habitación y me enfrentaba con el negro monstruo mecanográfico que me miraba con su blanca dentadura mellada. A veces escribía diez páginas. No me gustaba eso, porque sabía que siempre que era prolífico apestaba. Apestaba la mayoría de las veces. Tenía que tener paciencia. Sabía que llegaría. ¡Paciencia! Era la más humilde de mis virtudes.

Cierto día hubo una sorpresa en el correo. La carta centelleó en mis manos. La reconocí al momento. Era una carta de Ginger Britton, perfumada con esencia de gardenias. Me encerré con ella en mi cuarto, me senté en la cama y la abrí, una carta escrita por una mano señorial con una caligrafía elegante. Ginger Britton me daba las gracias por mi nota. Agradecía todo lo que le había escrito y estaba complacida. Por desgracia no podía cenar conmigo, porque estaba segura de que su marido no lo permitiría, pero me animaba a frecuentar el Follies para ver su espectáculo. Amaba mi carta. La había emocionado profundamente. Siempre la conservaría.

Desplegué la cuartilla y me la puse en la cara para aspirar el perfume de sus gardenias. La apreté contra mis labios y gorjeé de gratitud. Da, da, da, murmuré. ¡Oh, Ginger Britton, cuánto te quiero! Da da da.

Estaba en la primera fila del Teatro Follies cuando se levantó el telón para representar el número de variedades. Salió a escena con todo el reparto y yo me desplomé en la butaca con gratitud. Había ido con un plan en la cabeza: susurrarle, saludarla, enviarle un beso, pero cuando miré a mi alrededor todas las caras se me antojaron la de su marido y no tuve valor. Levanté los ojos para mirarla a la cara. Estaba sonriéndome. Me había reconocido. *Supe* que me había reconocido y en su sonrisa había una expresión de intimidad que me dio escalofríos, y agité en el aire dos o tres dedos para indicarle cobardemente que me había dado cuenta. Acto seguido acometió su número, dándose la vuelta en mitad del escenario y doblándose para mirar al público entre sus piernas, y en aquella postura volvió la cara hacia mí y me sonrió de modo manifiesto. Miré a mi alrededor con nerviosismo. Ningún espectador me prestaba la menor atención, solo un hombre sentado dos filas más atrás, un negro de aire tosco, duro y ceñudo que me miraba fijamente. Intuí problemas, me levanté y salí a la calle. O el negro era su marido o era otro admirador que también le había escrito.

Al volver a Bunker Hill pasé por Pershing Square. Era una noche cálida y el parque resplandecía bajo las farolas. La gente estaba sentada en los bancos disfrutando de la fresca calma tras el caluroso día. En el centro de la plaza había un banco ocupado por ajedrecistas. Había cuatro jugadores a ambos lados de la larga mesa, todos con un tablero delante. Jugaban simultáneas rápidas, ocho jugadores midiéndose con un solo hombre, un anciano, un escandaloso, insolente e inteligente individuo en mangas de camisa que bailoteaba de jugador en jugador, movía una pieza, profería una injuria y pasaba al jugador siguiente. En cuestión de minutos dio mate a los ocho adversarios y se embolsó los veinticinco centavos de la apuesta. Mientras los contrariados perdedores se iban, el viejo, que se llamaba Mose Moss, exclamó:

—¿Quién es el siguiente? ¿Quién cree ser un gran jugador de ajedrez? Ganaré a todos los que se presenten, de uno en uno, de dos en dos, de diez en diez. —Se volvió y se quedó mirándome—. ¿Qué haces ahí? —gritó—. ¿Quién coño te crees que eres? ¿Tienes un par de monedas? Siéntate y apuéstalas, niño cagón. ¡Voy a sacarte los higadillos!

Me di la vuelta.

—¡Eso es! —prosiguió—. ¡Cobarde de mierda! ¡Sabía que eras un cagueta en cuanto te eché el ojo encima!

Alrededor de la gran mesa había ya otra tanda de ajedrecistas. Había siete. Hacía dos años que no jugaba al ajedrez, pero había sido un buen jugador en Colorado, incluso había ganado un torneo organizado por el club de ajedrez. Sabía que podía defenderme frente a aquel viejo lenguaraz, indignante y cabrón, pero no sabía si podía derrotar su escatológico ataque. Me dio una palmada en la espalda.

—Siéntate, criatura. Aprende algo sobre ajedrez.

Fue la gota que desbordó el vaso. Saqué un cuarto de dólar del bolsillo, lo puse en la mesa y me senté.

Me ganó, a mí y a los otros, en diez movimientos. Las víctimas nos levantamos de la mesa mientras él recogía las monedas y las hacía tintinear en el bolsillo.

—¿Ya ha terminado? —dijo—. ¿He vuelto a ganar?

Arañé otro cuarto de dólar, pero los otros jugadores ya habían tenido bastante. Mose Moss se sentó frente a mí y empezamos a jugar. Encendió un cigarrillo.

—¿Quién te enseñó, muchacho? ¿Tu madre?

—Tú mueves, hijoputa —dije.

—Ahora pareces un ajedrecista de verdad —dijo moviendo un peón. Me venció en doce movimientos. Encontré otro cuarto. Volvió a derrotarme con rapidez y rotundidad. No había manera de ganar al viejo. Entonces empezó a jugar conmigo. Fue cruel. Fue brutal. Fue sádico. Jugó sin reina y perdí. Luego jugó sin reina, sin alfiles y sin caballos, y volví a perder. Por último jugó solo con los peones.

A nuestro alrededor había ya tres círculos de mirones que se tronchaban de risa mientras sus peones machacaban mis piezas y me hacía otro jaque mate. Me quedaba un cuarto. Lo puse en la mesa. Mose Moss se frotó las manos y sonrió con bondadoso aire triunfal.

—Te diré lo que voy a hacer, muchacho. Voy a dejar que ganes. Vas a hacerme jaque mate.

El público aplaudió, se puso más cerca. Cuarenta personas apelotonadas a nuestro alrededor. Le bastaron unos veinte movimientos para eliminarme y eso que movió las piezas de tal manera que me fue imposible no hacerle jaque mate. Estaba cansado, frustrado y con tristeza en el alma. Me dolía el estómago y me ardían los ojos.

—He terminado, Mose —dije—. Era mi último cuarto.

—Tienes crédito —dijo—. Pareces un muchacho honrado. Eres un idiota de mierda, pero pareces honrado.

Aunque aturdido, me puse a jugar, demasiado confuso para irme, demasiado avergonzado para ponerme en pie y abandonar. De repente hubo una conmoción. Los mirones desaparecieron. La policía hizo su entrada en escena. Detuvieron a un par de personas y a Mose y a mí nos metieron a empujones en el furgón. Nos llevaron al calabozo, a seis de nosotros, y nos pusieron en fila ante la mesa del sargento, acusados de vagancia. Después de ficharnos nos condujeron a la celda de los borrachos. Yo seguí a Mose, que parecía conocer la rutina. Nos sentamos en un banco y pregunté a Mose qué pasaría después.

—Diez dólares o cinco días —dijo—. Que les den por culo. Juguemos al ajedrez.

Horrorizado, vi que sacaba del bolsillo trasero un juego en miniatura; pusimos las piezas en su sitio y empezamos la partida. Mose era incombustible. Mis ojos se negaban a abrirse. Me dormía con la barbilla apoyada en el pecho. Me zarandeaba para despertarme cuando me tocaba mover. Las apuestas eran ya de cantidades astronómicas. Le debía quince mil dólares. Doblamos. Volví a perder y mientras Mose trataba de despertarme, resbalé del banco y me quedé dormido en el suelo. Oí sus últimas palabras:

—Me debes treinta mil dólares, cabrón.

—Ponlos en la cuenta —dije.

Dormía. Percibía vagamente los sonidos nocturnos que se producían a mi alrededor, ronquidos, pedos, gemidos, arcadas, murmullos en sueños. Hacía frío en la celda. La aurora gris se arrastró por la ventana. La luz del día llegó poco a poco. A las seis, el carcelero golpeó las rejas con la porra.

—Todo el mundo a prepararse para los juzgados de Sunrise —gritó—. Tenéis cinco minutos para hacer una llamada.

Seguí a Mose por el pasillo hasta una sala de espera con teléfonos en la pared. Eran teléfonos públicos. Rebusqué en los bolsillos para sacar una moneda de diez centavos. No tenía ninguna en absoluto. Mose estaba delante de mí, hablando por teléfono. Cuando colgó me acerqué a él.

—Préstame diez centavos —dije.

Frunció el entrecejo.

—Joder, criatura —dijo—. Si ya me debes treinta de los grandes.

—Te pagaré, Mose —dije en son de súplica—. Hasta el último centavo. Créeme.

Rebuscó en el bolsillo y sacó un puñado de monedas plateadas.

—Coge una.

Cogí una de diez centavos y fui al teléfono. Marqué el número de la pensión. Contestó la señora Brownell.

—Estoy en los juzgados de Sunrise —le dije—. ¿Puedes pagar la fianza? Son diez dólares.

Hubo un silencio.

—¿Tienes problemas?

—No, pero estoy a cero.

—Voy enseguida. —Y colgó.

Estaba en la sala del tribunal cuando llegamos los detenidos. Dijeron mi nombre y me acerqué al estrado. El juez no me había visto nunca, ni siquiera me miró.

—Está acusado de vagancia. Diez dólares o cinco días. ¿Cómo se declara?

—Culpable —dije.

—Pague al alguacil —dijo—. Siguiendo.

Mientras iba a la mesa del alguacil, la señora Brownell se levantó y se puso a mi lado. Abrió el bolso y dio al alguacil un billete de diez dólares. Me incliné sobre el escritorio y firmé un recibo. La señora Brownell se alejó por el pasillo con viveza. Corrí para alcanzarla.

—Gracias —dije. Echó a correr hacia la puerta principal y bajó por la escalinata hasta la acera, donde tenía el coche aparcado. Subí y el coche dio una sacudida cuando lo puso en marcha.

—Agradezco lo que has hecho —dije. Me miró con resentimiento.

—¡Delincuente! —dijo. Guardamos silencio mientras subimos por Temple Street y doblamos hacia Bunker Hill. Aparcó en un espacio vacío, próximo a la pensión.

—Yo no he cometido ningún delito —le expliqué—. Me han fichado por jugar al ajedrez, eso es todo.

Estaba huraña.

—Y ahora tienes antecedentes penales.

—Mierda —dije.

Bajamos del coche y fuimos a la pensión. Cruzamos su despacho y entramos en sus habitaciones. Se metió en el cuarto de baño y abrió el grifo del agua caliente. Las nubes de vapor entraron en la salita.

—Vas a darte un baño —dijo—. Vas a quitarte de encima toda la mierda, la suciedad y la porquería carcelaria, los piojos, las pulgas y las chinches.

Dejé caer la ropa en el suelo, recogió las prendas como si fueran animales muertos y las metió en la cesta de la colada. El agua estaba caliente y jabonosa, me

hundí hasta el cuello y dejé que la bondad del calor me penetrara. La señora Brownell se inclinó sobre mí con una manopla y un trozo de jabón blando. Puso jabón en la manopla y empezó a restregarme. La manopla entró en mis oídos hasta que grité.

—Suciedad —dijo—. ¡Mira la suciedad! ¿No te da vergüenza?

Me hundió la manopla en la entrepierna y volví a gritar.

—Vete —dije—. Déjame en paz.

Me arrojó la manopla a la cara.

—¡Delincuente! —dijo—. ¡Presidiario!

Se dio la vuelta y me dejó en paz. Me sequé, me puse los calzoncillos y fui a la cocina. Estaba ante el fogón, preparándome el desayuno, de espaldas a mí. Hombre versado en culos como soy, advertí inmediatamente la contracción de sus nalgas, síntoma inequívoco de cólera en una mujer. La experiencia me había enseñado que debía tener mucha precaución cuando se producía un cambio tan espectacular en la retaguardia, y me senté en silencio. Era como estar en presencia de una serpiente enroscada. Llevó el jamón y los huevos a la mesa y me puso el plato delante con un golpe. Sonó el teléfono. La oí contestar.

—Para ti —dijo.

Fui al teléfono. Era Harry Schindler, el director de cine. Era un viejo amigo de H. L. Muller. Había conseguido mi dirección a través de Muller y estaba impaciente por hablar conmigo.

—¿De qué?

—¿Has escrito alguna vez para el cine?

—No.

—Eso está bien —dijo Schindler—. ¿Quieres un empleo?

—¿Para hacer qué?

—Para escribir un guión.

—No sé cómo se hace.

—No importa —dijo Schindler—. Yo te enseñaré. Reúnete conmigo en Columbia Pictures mañana por la mañana, a las diez.

Volví a la salita de la señora Brownell y me senté. Era obvio que había escuchado la conversación.

—Puede que me den un trabajo en el cine.

—Al menos irás limpio —dijo. Le miré el trasero. Seguía contraído. Comí rápidamente y volví a mi habitación.

6

La señora Brownell me dio una serie de indicaciones por la mañana y tomé el autobús de Sunset hasta Gower Avenue. Los estudios ocupaban media manzana. Subí en el ascensor al tercer piso y busqué el despacho de Schindler. Su secretaria estaba sentada tras un escritorio, leyendo una novela. Era rubia, peinada con austeridad, con un moño en el cogote. Tenía las cejas doradas y sus ojos eran topacio puro, hostiles, nada cordiales.

—¿Sí? —preguntó.

Le dije mi nombre. Se levantó y fue a la puerta del despacho de Schindler. Llevaba un vestido de terciopelo verde. Inmediatamente vi su sensacional trasero, un auténtico corazón hollywoodense. Se movía como una serpiente, una culebra de las grandes, una lujuriosa boa constrictor. Me gustó mucho. Llamó a la puerta de Schindler y la abrió.

—El señor Bandini —anunció.

Schindler se levantó y nos dimos la mano.

—Siéntate —dijo—. Estás en tu casa.

Era un hombre bajo, con forma de proyectil, pelo cortado al rape y un puro sin encender en la boca.

—He leído todas las historias que has publicado —dijo—. Tienes mucho estilo, chaval. Eres exactamente lo que necesito. ¡H. L. Muller ataca de nuevo! —Se echó a reír—. H. L. Muller y yo somos viejos amigos. Trabajábamos juntos en el *Baltimore Sun*. Hace veinte años que lo conozco.

—Ya le dije que nunca había escrito para el cine. No espere mucho.

—Déjame eso a mí —dijo Schindler.

—¿En qué ha pensado usted exactamente?

—De momento en nada. Primero acostúmbrate al lugar. Aclimátate. Oriéntate. Lee algunos guiones míos, ve algunas películas mías. Conoce a los demás guionistas de este piso: Benchley, Ben Hecht, Dalton Trumbo, Nat West. Estás en buena compañía, muchacho.

—¿Trabaja aquí Sinclair Lewis? —pregunté.

—Ojalá. ¿Por qué? ¿Conoces a Lewis?

—Es mi escritor americano favorito.

—Y un buen amigo de H. L. Muller —dijo sonriendo. Apretó un botón y entró la secretaria.

—Instala al señor Bandini en el otro despacho —le dijo Schindler—. Arréglalo para que vea mis películas, y consíguele algunos guiones míos.

Nos estrechamos la mano.

—Buena suerte, Bandini. Juntos haremos grandes cosas.

—Eso espero.

Me di la vuelta.

—A propósito —dijo—. ¿Se conocen?

Yo dije que no y la chica no dijo nada.

—Arturo —dijo Schindler—, te presento a tu secretaria, Thelma Farber.

Sonreí a Thelma.

—Hola.

No estuve seguro, pero me dio la sensación de que la chica torcía el labio. Dio media vuelta y salió, y yo seguí las ondulaciones de la boa en su vestido de terciopelo verde. Atravesamos el vestíbulo y entramos en un despacho adjunto. Miré a mi alrededor. Un escritorio, un par de sillas, un sofá, una máquina de escribir y unos estantes vacíos.

—Muy bien —dije—. ¿Qué hago ahora?

—Usted sabrá —dijo, saliendo inmediatamente y cerrando la puerta. Me pregunté qué le pasaría. Abrí la puerta. Estaba tras el escritorio, leyendo su novela.

—Eh —dije. Levantó los ojos—. ¿Eres tan simpática con todo el mundo?

Sonrió dulcemente.

—Con todo el mundo no.

Lo que Harry Schindler quería de mí era un misterio insondable. Pasaba los días leyendo sus guiones, una docena, uno por día, y ninguno me interesó. Era un especialista en películas de gánsters y, si uno se fijaba bien, descubriría que todos los guiones eran básicamente el mismo, la misma trama, los mismos personajes, la misma moraleja. Los leí y los dejé a un lado. A veces salía del despacho y paseaba por los pasillos. En todas las puertas de los despachos había placas con nombres famosos: Ben Hecht, Tess Slessinger, Dalton Trumbo, Nat West, Horace McCoy, Abem Candel, Frank Edgington. A veces veía a alguno entrando o saliendo. Todos me parecían iguales. Yo no los conocía y ellos no me conocían a mí. Un día, a la hora del almuerzo, subí al comedor privado de la élite, donde se reunían guionistas y directores. Me senté a una larga mesa y me encontré entre John Garfield y Rowland Brown, el director. Para romper el hielo le dije a Garfield:

—Páseme la sal, por favor.

Me la pasó sin abrir la boca. Me volví a Brown y pregunté:

—¿Hace mucho que está aquí?

—Joder, sí —dijo, y eso fue todo. La culpa no la tenía él, me dije. La tenía yo, un inadaptado social, intimidado, falto de confianza. No volví por allí.

Un día que paseaba por el pasillo del tercer piso vi a un hombre sentado tras una máquina de escribir en el despacho de Frank Edgington. Era un inglés alto que fumaba en pipa.

—¿Es usted Frank Edgington? —pregunté.

—El mismo.

Me acerqué al escritorio y le tendí la mano.

—Soy Arturo Bandini. También soy escritor. Trabajo para Harry Schindler.

—Bienvenido al manicomio —dijo Edgington.

—¿En qué está trabajando? —pregunté.

—En una mierda. ¿Sabes jugar a los palillos chinos?

—Claro —dije.

—¿Jugamos?

—Claro.

Sacó de un cajón una caja de palillos chinos y empezamos a jugar. Las grandes y huesudas manos de Edgington no eran las más indicadas para un juego tan delicado. Yo tampoco era bueno. Pasamos la tarde jugando, matando el tiempo. Edgington era de la Costa Este. Había colaborado en el *New Yorker* y en *Scribner's*. Detestaba Hollywood. Hacía cinco años que estaba en el mundo del cine y aborrecía cada segundo que había pasado allí.

—¿Por qué no se va? —pregunté—. Si tanto lo detesta, ¿por qué no vuelve a Nueva York?

—Por el dinero. Me gusta el dinero.

Bajamos al *drugstore* y pedimos Coca-Cola.

—¿Está usted casado, Edgington?

—Tres veces —dijo.

—Deben de gustarle mucho las mujeres.

—Ya no. ¿Y tú? ¿Estás casado?

—No.

—Eres inteligente. Vamos a seguir jugando.

Volvimos a su despacho y jugamos a los palillos chinos hasta las cinco en punto.

—Vamos a cenar —dijo—. Invito yo.

Edgington tenía un largo Cadillac negro. Fuimos a Musso-Franks. Conocía a mucha gente, sobre todo guionistas. Bebimos mucho, Edgington *whisky* escocés y yo vino. Después de cenar y de beber durante otras dos horas estábamos completamente borrachos. Me miró con ojos grises vacilantes.

—Vamos a echar un polvo —dijo.

—No, no lo necesito.

De repente se puso furioso y golpeó la mesa con el aire estupefacto de los borrachos.

—Todo el mundo lo necesita —exclamó, dándose la vuelta para dirigirse a los que estaban en las mesas contiguas—. Venga, todos a echar un polvo.

Tres camareros rodearon inmediatamente nuestra mesa y nos condujeron a empujones a la puerta trasera y al aparcamiento. Edgington se dejó caer con cansancio en el suelo de hormigón, yo me senté a su lado y encendí un cigarrillo. Contrajo la cara con desprecio.

—Dios mío, cuánto detesto esta ciudad —dijo—. Salgamos de aquí. Vámonos a Nueva York.

—No quiero ir a Nueva York, Frank. Lléveme a mi casa.

Se levantó trastabillando y se dirigió al coche dando traspiés. No me gustó el cariz de la situación.

—¿Está bastante sobrio para conducir?

—Sube —dijo—. Confía en mí.

Se puso al volante, rodeé el coche hasta la otra portezuela y me senté a su lado. Se inclinó y apoyo la cara en el volante. Esperé un momento mientras lo observaba. Empezó a roncar. Estaba profundamente dormido. Lo deje allí, bajé del coche en silencio, fui andando hasta Hollywood Boulevard y allí tomé el tranvía rojo hasta Bunker Hill.

Frank Edgington y yo nos hicimos amigos. A él le gustaba el lado golfo de Hollywood, los bares, los callejones del sur de Hollywood Boulevard. Me gustaba acompañarlo a los locales que jalonaban El Centro: McCadden Place, Wilcox y Las Palmas. Bebíamos cerveza y jugábamos a las máquinas del millón. Edgington era un adicto a estas máquinas, un devoto incansable que no paraba de beber cerveza y de darle a los pulsadores. A veces íbamos al cine. Conocía todos los buenos restaurantes,

y comíamos y bebíamos bien. Los fines de semana recorríamos la cuenca de Los Ángeles, los desiertos, las colinas, los municipios periféricos, el puerto. Un sábado fuimos en coche a Terminal Island, una lengua de arena blanca en el puerto. Las fábricas de conservas estaban allí y vimos las estropeadas casas costeras donde vivían filipinos y japoneses. Era un lugar encantado, solitario, decrepito, pintoresco. Me vi en una de aquellas chabolas con la máquina de escribir. Anhelaba la oportunidad de trabajar allí, de escribir en aquel lugar solitario y desolado, donde la arena casi cubría las calles, y los porches y vallas oscilaban a merced del viento. Le dije a Frank que quería vivir y escribir allí.

—Estás loco —dijo—. Esto es un barrio de mala muerte.

—Es maravilloso —dije—. Me inspira calidez.

En los estudios cultivábamos otra obsesión de Frank Edgington: los juegos infantiles. Jugamos a los cuatro cincos, al burro, al parchís y a las damas chinas. Apostábamos bajo, solo cinco centavos por partida. Cuando Frank estaba solo trabajaba en un cuento para el *New Yorker*. Cuando yo estaba solo me quedaba en el despacho pensando en Thelma Farber. Era impenetrable. A veces incluso me negaba el saludo, y yo me quedaba completamente chalado y resoplando. Harry Schindler pidió sus películas antiguas y Thelma y yo nos sentamos a verlas en la sala de proyección. Quise sentarme a su lado e inmediatamente se puso dos asientos más allá. Era una zorra, irrazonablemente hostil. Me sentía un gusano.

Al cabo de dos semanas recibí la primera paga, seiscientos dólares. Era una suma impresionante. ¡Trescientos dólares a la semana por no hacer nada! Llamé a la puerta de Schindler y le di las gracias por el cheque.

—Perfecto —dijo con una sonrisa—. Queremos que estés contento. Esa es la idea.

—Pero no estoy haciendo nada. Me voy a volver loco. Deme algo para escribir.

—Lo estás haciendo bien. Te necesito para las emergencias. Necesito un hombre de repuesto, alguien con talento. No te preocupes por nada más. Estás haciendo un gran trabajo. Conserva la calidad. Cobra el cheque y pásatelo bien.

—Déjeme que le escriba una película del Oeste.

—Todavía no —dijo Schindler—. Límitate a hacer lo que estás haciendo y lo demás déjame a mí.

De repente me atraganté. Tenía ganas de llorar. Di media vuelta y salí, pasé junto a Thelma como una bala y entré en mi despacho. Me senté a la mesa llorando. No quería limosnas. Quería deslumbrar con mi escritura, redondear frases elegantes y encontrar joyas emocionales para que las viera Schindler. Reprimiendo los sollozos, salí al pasillo, entré en el despacho de Edgington y me dejé caer en una silla.

—¿Qué coño te pasa? —preguntó Edgington.

Se lo conté.

—No me dejan escribir —dije—. Schindler no me encarga nada. Me voy a volver loco.

Edgington tiró el lápiz al otro lado de la habitación, con asco.

—Pero ¿qué coño te pasa? En estos estudios hay guionistas que llevan meses sin garabatear una línea. Ganan diez veces más que tú y no paran de reír mientras van al banco. Tu problema es que eres un pueblerino de mierda. Si tan poco te gusta lo que hay en esta ciudad, deja de joder y vuelve a la aldea de donde salisteis todos los macarronis. ¡Me tienes hasta los huevos!

Lo miré con gratitud. Me eché a reír.

—Frank —dije—. Eres una gran persona.

—Vete y no peques más.

Bajé a Gower Street, subí hasta Sunset, crucé la calzada y entré en el Banco de América, donde hice efectivo el cheque. Salí con una sensación desconocida, de júbilo resentido. A media manzana había una tienda de coches usados. Encontré un Plymouth de segunda mano por trescientos dólares y me lo llevé. Era un hombre nuevo, un guionista de Hollywood que había triunfado sin escribir una sola línea. El futuro no tenía límites.

Edgington me invitó a cenar unas noches después.

—El mejor restaurante de la ciudad —dijo.

Dejamos mi coche en el aparcamiento de los estudios y nos fuimos en el Cadillac de Frank. Seguimos por Beverly Boulevard hasta Doheny y dejamos el coche en el aparcamiento de un restaurante cercano. Era Chasen's. Antes de entrar, Frank me arregló la corbata.

—Es un antro de clase alta —dijo—. No quiero que me pongas en evidencia.

Entramos. Había una pequeña barra en la entrada; detrás estaba el comedor principal. Ocupamos un par de taburetes y pedimos sendas bebidas. Frank conocía a todo el mundo, como siempre. Le dio la mano a Dave Chasen y me presentó.

—Mucho gusto en conocerlo —dijo Chasen con una sonrisa, y se volvió con premura para recibir a un hombre que, acompañado de dos mujeres, entraba en aquel momento. Se quedaron hablando unos segundos.

Frank me dio un codazo.

—Adivina quién está aquí —dijo.

Me volví y observé al hombre y a sus dos acompañantes.

—¿Quién es? —susurré mientras el trío avanzaba y entraba en el comedor.

—Sinclair Lewis —dijo Frank.

La sorpresa me hizo escupir la bebida.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Claro que estoy seguro. —Hizo una seña a Chasen, que volvió a reunirse con nosotros—. ¿Quién era el tipo que iba con las dos mujeres? —le preguntó.

—Sinclair Lewis —dijo Chasen.

—Dios Santo —dije—. ¡El escritor más grande de América! —Bajé del taburete de un salto y me dirigí a las cortinas que nos separaban del comedor. Las aparté y vi al camarero instalando a Lewis y a sus amigas en un reservado.

No podía detenerme. Avancé con decisión entre las mesas hacia el mayor autor de Estados Unidos. Era un impulso ciego y frenético. Cuando me di cuenta estaba ante el reservado de Lewis. Absorto en la conversación con las mujeres, ni siquiera me vio. Sonreí a su raleante cabello rojo, a su cara más bien pecosa, a sus largas y delicadas manos.

—Sinclair Lewis —dije.

Los tres levantaron los ojos para mirarme.

—Es usted el novelista más grande que ha producido este país en toda su historia —barboté—. Lo único que quiero es estrecharle la mano. Me llamo Arturo Bandini. Escribo para H. L. Muller, su mejor amigo. —Alargué la mano—. Es un placer conocerlo, señor Lewis.

Me miró fijamente y con perplejidad, sus ojos eran azules y fríos. Mi mano seguía allí, estirada por encima de la mesa que nos separaba. No la estreché. Se limitaba a

mirarme, y las mujeres también me miraban. Lentamente retiré la mano.

—Un placer conocerlo, señor Lewis. Lamento haberlo molestado. —Me volví horrorizado, con las tripas fuera, me alejé a buen paso entre las mesas y volví a la barra con Frank Edgington. Me sentía furioso, destrozado, abochornado, humillado. Cogí el *whisky* con soda de Frank y me lo bebí de un trago. El camarero y Frank cambiaron una mirada.

—Dame papel y lápiz, por favor.

El camarero me puso delante un lápiz y un cuaderno. Respirando hondo, escribí con mano temblorosa:

Estimado Sinclair Lewis:

Antes era usted un dios, pero ahora es un cabrón. Antes lo veneraba, lo admiraba y ahora no es usted nada. Fui a darle la mano porque sentía adoración por usted, Lewis, un gigante entre los escritores americanos, y usted la rechazó. Juro que no volveré a leer ni una sola línea suya. Es usted un grosero y un maleducado. Me ha decepcionado. Le hablaré a H. L. Muller de usted y de cómo me ha dejado en ridículo. Se lo contaré al mundo.

Arturo Bandini

R D. Espero que se le atragante el filete.

Doblé la nota e hice señas a un camarero. Se acercó. Le di el papel.

—¿Tendría la bondad de entregárselo a Sinclair Lewis?

Lo cogió y le di una propina. Entró en el comedor. Me quedé en las cortinas y lo vi acercarse a la mesa de Lewis. Le dio la nota. Lewis la sostuvo ante sí unos momentos, luego se puso en pie de un salto, miró a su alrededor, llamó al camarero. Salió del reservado y el camarero estiró el brazo hacia mí. Lewis, servilleta en mano, avanzó a zancadas hacia las cortinas. Salí disparado de allí, corrí a la puerta principal y salí a la calle en dirección al aparcamiento, llegué al Cadillac de Frank y salté al asiento trasero. Veía la calle desde allí y en aquel momento apareció Lewis en la acera, nervioso, empuñando todavía la servilleta. Miró a su alrededor con agitación.

—¡Bandini! —gritó—. ¿Dónde estás? Soy Sinclair Lewis. ¿Dónde estás, Bandini?

Me quedé quieto. Al cabo de unos momentos volvió al restaurante. Me dejé caer en el respaldo, exhausto, desconcertado, sin conocerme a mí mismo, ni mis posibilidades. Sentía dudas, vergüenza, resquemor, pesar. Encendí un cigarrillo y aspiré el humo con avidez. Al poco rato salió Frank Edgington del restaurante y vino al coche. Se apoyó en la portezuela y me miró.

—¿Estás bien?

—Bien —dije.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé.

—¿Qué decía esa nota que has escrito?

—No lo sé.

—Estás loco. ¿Quieres comer?

—Aquí no. Vamos a otro sitio.

—Como quieras. —Se puso al volante y arrancó.

Yo nací en un semisótano de una fábrica de macarrones de la parte norte de Denver. Cuando mi padre se enteró de que su tercer hijo también era varón, reaccionó de la misma forma que cuando mis dos hermanos llegaron al mundo: estuvo borracho tres días. Mi madre lo encontró en la parte trasera de un bar de nuestra calle y se lo llevó a rastras. Exceptuando este episodio, mi padre apenas me prestó atención.

Cierto día de mi infancia que me encontraba en el exterior de la casa de mi tía, delante de la ventana del cuarto de baño, vi a mi prima Catherine peinándose el largo cabello rojo delante del espejo. Estaba desnuda y se había puesto los zapatos de tacón de su madre, una mujer hecha y derecha con sus ocho años. No comprendí el éxtasis que empezó a hervir dentro de mí, la electrizante confusión que me producía la belleza de mi prima. Me masturbé allí mismo. Tenía cinco años y el mundo adquirió una dimensión desconocida y pasmosa.

Además era un delincuente. Durante los cuatro años que siguieron me sentí un delincuente, un delincuente furtivo, mocososo, pecoso e inescrutable, hasta que, vencido por el peso de aquella cruz, fui arrastrándome a hacer la primera confesión de mi vida y le conté al sacerdote la verdad sobre mi vida animal. Me dio la absolución, tiré lejos de mí la pesada cruz y salí a la soleada calle, alma libre otra vez.

Cuando tenía siete años nos mudamos a Boulder y mis dos hermanos y yo fuimos a la Escuela del Sagrado Corazón. Durante ocho años saqué buenas notas en béisbol, baloncesto y fútbol, y los libros y el saber ocuparon poco lugar en mi vida.

Mi padre era albañil, le fue bien durante un tiempo en Boulder y me envió a un colegio de jesuitas. En aquel lugar me sentía infeliz casi siempre. Sacaba buenas notas, pero me irritaba la disciplina. Detestaba el internado y anhelaba estar en casa, pero mis notas eran buenas y al cabo de cuatro años me aceptaron en la Universidad de Colorado. En segundo año de carrera me enamoré de una chica que trabajaba en una tienda de ropa. Se llamaba Agnes y quería casarme con ella. Se mudó a North Platte, Nebraska, a causa de un trabajo mejor, y yo dejé la universidad para estar cerca de ella. Hice autostop de Boulder a North Platte y llegué polvoriento, extenuado y triunfante a la pensión de Agnes. Nos sentamos en el columpio del porche. No estaba contenta de verme.

—No quiero casarme contigo —dijo—. No quiero volver a verte nunca más. Por eso estoy aquí, para no verte.

—Buscaré empleo —insistí—. Tendremos familia.

—Ah, por el amor de Dios.

—¿No quieres tener familia? ¿No te gustan los niños?

Se levantó como un rayo.

—Vete, Arturo. Por favor, vete. No vuelvas a pensar en mí. Vuelve a la facultad. Aprende lo que sea. —Lloraba.

—Sé poner ladrillos —dije acercándome a ella. Me rodeó con los brazos, me

estampó un beso húmedo en la mejilla y me apartó.

—Vete, Arturo. Por favor. —Entró en el edificio y cerró la puerta.

Fui andando hasta las vías del tren y me colé en un mercancías que iba a Denver. Allí abordé otro mercancías que me llevó a Boulder y a mi casa. Al día siguiente fui a la obra donde mi padre estaba poniendo ladrillos.

—Quiero hablar contigo —dije. Bajó del andamio y fuimos hasta un montón de maderos.

—¿Qué pasa? —dijo.

—Dejo la facultad.

—¿Por qué?

—No estoy hecho para eso.

Puso cara de vinagre.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Todavía no lo he pensado.

—Joder, tú estás loco.

Fui un vagabundo en mi propia ciudad. Iba de un lado a otro. Me contrataron para arrancar hierbajos, pero era muy cansado y lo dejé. Otro trabajo que hice fue limpiar cristales. No llegué a terminar el primero. Busqué trabajo por todo Boulder, pero las calles estaban llenas de jóvenes sin empleo. El único trabajo que había era de repartidor de periódicos. Pagaban cincuenta centavos al día. Lo rechacé. Me apoyaba en las paredes de los billares. Siempre estaba lejos de casa. Me daba vergüenza comer la comida que aportaban mis padres. Siempre esperaba a que mi padre se fuera. Mi madre trataba de consolarme. Me hacía pastel de pacana y raviolis.

—No te preocupes —decía—. Ten paciencia. Ya ocurrirá algo. Rezo para que así sea.

Iba a la biblioteca. Miraba las revistas, las fotos que traían. Un día me acerqué a los libros y saqué uno del estante. Era *Winesburg, Ohio*. Me senté a una larga mesa de caoba y me puse a leer. De repente se me transformó el mundo. El cielo se me vino encima. El libro me conquistó. Me saltaron las lágrimas. El corazón me latía con fuerza. Leí hasta que me picaron los ojos. Me llevé el libro a casa. Leí más cosas de Anderson. Leí sin parar, y me sentí tocado en lo más hondo, y solo, y prendado de un libro, de muchos libros, hasta que el fenómeno se produjo con naturalidad, y me instalé con lápiz y papel y me puse a escribir, hasta que supe que no podía continuar porque las palabras no fluían como en Anderson, sino que se limitaban a caer como gotas de sangre de mi corazón.

No pasaba una semana sin que llegara carta de mi madre. Escritas en papel rayado de colegial, reflejaban sus temores, sus esperanzas, su angustia y su curioso punto de vista sobre lo que pasaba en el mundo. Aquellas cartas me importunaban. Sus frases revoloteaban en mi cabeza como pájaros enjaulados que trinaban en los momentos más inoportunos. Por lo general me hacían reír, pero a veces me irritaban, y me compadecía de mi pobre e inocente madre:

Sé prudente, Arturo. No te olvides de rezar. Recuerda que con un avemaría a la Virgen conseguirás cualquier cosa. Ponte el escapulario. Lo bendijo el padre Agatha, un hombre muy santo. Gracias a Dios que todos tenéis uno...

Joe Santucci, mi vecino de habitación en el colegio, había hecho la mili en la marina y había regresado a Boulder. Mi madre escribía:

Pobre señora Santucci. Su chico vuelve al cabo de tres años y es comunista. Me pidió que rezara por él. Un muchacho tan simpático. He hablado con él esta mañana y no puedo creer que sea comunista. Parece el mismo de antes...

Envíanos algo de dinero cuando puedas. En la tienda debemos 390 dólares. Pago ya al contado, pero no hay suficiente y tu padre hace dos semanas que no trabaja...

Te echo de menos a todas horas. He encontrado unos calcetines tuyos con agujeros, los he zurcido y me he echado a llorar. No te olvides de rezar. He ido a misa esta mañana y he comulgado para que te dé suerte...

Joe Santucci le ha hablado a papá de Los Ángeles. Dice que allí las mujeres son malas y que hay bares por todas partes. Lleva el escapulario para protegerte. Ve a misa, procura conocer a buenas chicas católicas...

Me alegro de que estés trabajando en el restaurante y del otro empleo con esa escritora. Envíame dinero si puedes. Tu padre se lastimó la mano y no podrá trabajar durante una temporada. Te echamos de menos. Reza una novena. Nadie hasta hoy ha rezado una novena sin recibir ayuda...

Le envié doscientos dólares de la primera paga de los estudios y tiempo después saldé la cuenta de la tienda.

La señora Brownell y yo atravesábamos una pequeña crisis. Tenía dudas sobre mi trabajo en los estudios y evitaba hacerme preguntas al respecto. Guardábamos largos silencios y costaba improvisar temas triviales. Sentados ante la radio, oíamos a Jack Benny, Bob Hope y Fred Allen hasta la hora de acostarse. Nos quedábamos a oscuras y mirábamos el techo hasta que nos dormíamos. Me sentía muy lejos de ella y me alejaba aún más conforme se introducía la indiferencia. Por la mañana se mostraba fría y silenciosa, el vacío se ampliaba. Tenía que llegar, y yo lo sabía, la separación, la ruptura. Me dije que no me importaba. Estaba trabajando, ganaba dinero. No tenía que quedarme en aquella vieja pensión. Ya podía instalarme en Hollywood, en las colinas de Hollywood. Alquilaría una casa para mí solo, incluso tendría señora de la limpieza. Bunker Hill no era para siempre. Un hombre tenía que seguir adelante.

Pensar en ella me deprimía. Me sentaba en el despacho y me moría de vergüenza al pensar en lo vieja que era, cinco años mayor que mi propia madre, y sentía náuseas y me esforzaba por vomitar el asco. Pensaba en su cara, en sus patas de gallo, en las sogas de su cuello, en la apergaminada piel de sus brazos, la senectud de su cuerpo, la estrechez de sus nalgas, la excesiva longitud de sus vestidos, el crujido de sus rodillas cuando se sentaba, el hundimiento de sus mejillas cuando se quitaba la dentadura, la frialdad de sus pies, sus anticuados modales de Kansas. No necesitaba aquello, me dije. Solo tenía que volverme de espaldas para hacerlo desaparecer. Podía conseguir a cualquier chica de la ciudad, a cualquier aspirante a estrella, incluso a una estrella. Lo único que debía hacer era concentrarme. Era un error perder los mejores años de mi vida con una anciana que solo me daba a cambio sus recuerdos. Lo que yo necesitaba era una criatura brillante y encantadora, entendida en arte, empapada de literatura, alguien a quien le gustaran Keats, Rupert Brooke y Ernest Dowson. No una mujer que sacaba su inspiración literaria del periódico de su pueblo de Kansas. Me había dado su amistad, sí, había sido amable conmigo, sí, pero yo también lo había sido con ella. Le había dado mi savia, había sido su amigo y compañero. Había llegado el momento de seguir adelante.

Miré mi despacho y suspiré. Me gustaba todo lo que suponía. Había nacido para aquello. Puede que no escribiera una sola línea, pero había encontrado mi lugar. Ganaba un buen dinero y el futuro no tenía límite. Tenía que separarme de aquella mujer.

Toda la mañana anduve cabizbajo y meditabundo, porque así me sucedía siempre, removía rescoldos, buscaba defectos y me hundía en la desesperación. A mediodía me llamó por teléfono, el corazón me dio un brinco y fui feliz.

—¿Todavía enfadado? —preguntó.

—No. ¿Y tú?

—No —dijo—. Lo siento mucho. No sé qué me pasó.

—No fue culpa tuya. Yo soy el único culpable. No sé por qué. Nunca sé por qué.

Eres tú quien tiene que perdonarme.

—Te perdono, te perdono. Eres un chico muy dulce. Eres bueno conmigo. No debemos pelearnos.

—Nunca más. Vamos a pasarlo bien. Vamos a celebrarlo.

—Me encantaría. Hagamos alguna locura.

—¿Qué tal una buena cena primero?

—Me pondré el vestido nuevo.

—Yo también tengo un traje nuevo.

—Póntelo.

—Te quiero —dije—. Eres la mujer más adorable del mundo. Celebraremos una fiesta.

No estaba cuando llegué a la pensión a las seis de la tarde. Me había dejado una nota en el mostrador de recepción. Vuelvo enseguida, decía. Fui a mi habitación, me duché y me puse el traje nuevo. Aún no lo había estrenado. Era un elegante traje hecho a medida de doscientos dólares. Me miré en el espejo. La imagen era perfecta: un escritor cotizado. Las hombreras estaban más acolchadas de lo que me habría gustado, pero era cómodo. Estábamos hechos el uno para el otro. Salí al pasillo, llegué al vestíbulo, la vi detrás del mostrador y sonrió cuando la besé. Tenía un pañuelo en la cabeza. Se lo quitó y se peinó con los dedos.

—¿Te gusta? —preguntó—. Es un corte a lo paje.

Llevaba los bordes del cabello gris remetidos en un delicado bucle, y estaba tieso, recién salido de la peluquería. Lo miré, pero fui incapaz de formarme una opinión.

—Extraordinario —dije—. Fantástico.

Vi que se había puesto algo de colorete en las mejillas. Me pareció innecesario.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Primero iremos a René and Jean's.

—Estupendo —dijo—. Tomemos un cóctel.

Entramos en sus habitaciones y vi dos martinis encima de la mesa. Levanté uno y brindé por ella.

—Por la mujer más bondadosa y dulce del mundo.

Sonrió y dio un sorbo a la bebida. Le entró tos y luego risa. Mientras se cambiaba me senté y me tomé un par de martinis. Estuvo un rato muy largo en el cuarto de baño. Cuando salió, con los movimientos artificiales de una modelo, llevaba un vestido a lo Joan Crawford, de falda estrecha y hombreras anchas. Estaba más alta con los zapatos de tacón y tobillera. Sentí un escalofrío de lujuria y la besé. Se había puesto un ligero toque escarlata en la boca. Quizá le sobrara. No lo sabía. Pero me llamó la atención.

Fuimos en mi coche, salimos a Wilshire hasta Vermont y el aparcamiento de René and Jean's. Habíamos ido a menudo al restaurante y fue un placer ver cómo nos recibían la vieja Jean y los camareros. Bebimos vino y comimos demasiado. Cuando llegó la hora de irse, dijo:

—¿Adónde vamos ahora?

Estaba preparado para la pregunta.

—Déjame a mí.

Retrocedimos hasta Wilshire y giramos hacia el Hotel Ambassador. Ella guardaba silencio, sonreía y parecía un poco desaliñada. Recostada en el asiento, las anchas hombreras del traje sastre perdían su elegancia y parecían sepultarla en tela. Al llegar al Ambassador, doblamos por la entrada de vehículos, estacionamos el coche y bajamos. Miró a su alrededor con cara de desconcierto. La cogí del brazo.

—Vamos —dije, llevándola hacia el hotel.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Al Coconut Grove y la música de Anson Weeks.

Dio un gritito y se pegó a mi brazo con placer.

—¡Qué bonito es estar con un escritor famoso!

—Famoso no, pero en activo.

Nos acercamos a la entrada.

—Me duelen los pies —susurró.

La música de Anson Weeks llegaba a rachas de la sala de baile cuando entramos en el vestíbulo. La canción era «Donde el azul de la noche se encuentra con el oro del día». La cogí del brazo y sentí los latidos de su corazón.

—Soy muy feliz —dijo—. Siempre había querido venir al Coconut Grove y aquí estoy.

El jefe de camareros nos recibió con una reverencia.

—Buenas noches.

Asentí con la cabeza.

—Queríamos una mesa.

Nos condujo al resplandeciente salón, con sus luces de colores y cocoteros. Las parejas se deslizaban en la pista al ritmo de la música y los focos barrían paredes y techo con haces de colores. Nuestra mesa estaba en la segunda fila. Nos sentamos.

—¿Los señores querrán tomar algo? —preguntó el camarero.

La señora Brownell estaba tan boquiabierta que solo pudo asentir con la cabeza.

—Yo tomaré un *brandy* —dije.

Puso la mano sobre la mía, encima de la mesa.

—Yo tomaré otro —dijo.

El camarero desapareció. Miramos a los bailarines.

—No sé bailar —dijo—. Al menos, no muy bien.

Me apretó la mano.

—Yo te enseñaré.

Hice ademán de levantarme.

—Vamos allá.

—Ahora no —susurró—. Esperemos un par de bailes.

El camarero volvió con las bebidas. Puso el *brandy* ante mí y sonrió mientras

servía a la señora Brownell.

—Y la bebida para la madre —dijo.

La traspasó como un cuchillo. Sus ojos asustados estaban fijos en los míos. Parecían desbordantes de culpa, avergonzados, intimidados. Abatió la cabeza y pensé que iba a llorar. Pero no lloró. Se irguió y sonrió con valentía. El avergonzado camarero se fue.

—Tómate el *brandy* —dije con apremio.

Se lo tomó despacio y volvimos a concentrarnos en los bailarines.

Lo que pasó después fue fruto de mi afán por hacer un chiste, para consolarla, para quitar importancia a la pifia del camarero. La orquesta empezó a tocar un vals de Strauss. Entonces lo dije.

—¿Bailamos, querida madre?

Pareció aterrorizada, se mordió el labio y me miró con desamparo y con los ojos repentinamente llenos de lágrimas. Llorando a moco tendido, casi tiró la mesa cuando se levantó y echó a correr hacia el vestíbulo. Engullí el *brandy* de un trago y corrí tras ella. No estaba en el vestíbulo ni en la escalera. Salí a toda velocidad, con tiempo para ver un taxi que salía del aparcamiento con la señora Brownell en el asiento posterior. Corrí tras ella gritando, pero el taxi no se detuvo. Volví al Grove, pagué la cuenta y fui al coche.

Qué desastre. Regresé a la pensión a regañadientes. No quería enfrentarme a ella ni a sus lágrimas, pero tenía que hacerlo. Giré la llave en la puerta de sus dependencias y entré. En el cuarto de baño se oía el rumor de la ducha. Arrugado en el suelo, tirado sin ningún miramiento, estaba el vestido de Joan Crawford, como si se le hubiera desprendido del cuerpo y le hubiera dado un puntapié. La blusa colgaba de una silla y los zapatos y las medias estaban tirados de cualquier manera.

Me quedé en calzoncillos y me deslicé entre las mantas del sofá cama, con la cabeza apoyada en las manos, esperando a que apareciera. No tenía nada que decir. Decidí dejarle a ella esa responsabilidad. Finalmente salió, con el camisón puesto, y mi inesperada presencia la exasperó. Se había lavado la cabeza y deshecho el peinado, y el cabello le colgaba en mechones húmedos. Tenía la cara refregada, al natural y con arrugas.

—Por favor, vete —dijo.

—Perdóname.

Fue a la ventana y la abrió. El frío de la noche bajó por la ladera de la colina. Sin decir una palabra, recogió toda mi ropa, la chaqueta y los pantalones, la camisa, los zapatos. Al principio pensé que la estaba recogiendo. Pero fue a la ventana y lo arrojó todo a la noche. Salté de la cama y corrí hacia la ventana. Vi mis ropas tiradas entre los hierbajos del suelo. La pendiente de la ladera era muy pronunciada. Mis dispersos enseres parecían cadáveres. Los pantalones colgaban de la rama de un árbol. La miré.

—¿Satisfecha?

—Solo cuando te vayas.

Empecé a recoger sus cosas, el vestido Crawford, la blusa, la combinación. Llegó corriendo para detenerme, forcejeamos, empujando y tirando, pero yo era más fuerte, conseguí que soltara su presa y tiré sus ropas por la ventana. Con una sonrisa, dije:

—Ahora me voy.

—Y no vuelvas —dijo jadeando. Salí al pasillo, entré en mi habitación, me puse el albornoz y las zapatillas y me dirigí a una puerta trasera que daba al patio. Mientras subía por la ladera en busca de mis ropas, vi a la señora Brownell colina abajo. Nos fulminamos con la mirada y empezamos a recoger cosas. Tuve que subirme al árbol para recuperar los pantalones. Cuando bajé, la señora Brownell retrocedía hacia la parte delantera de la pensión. A mis pies vi uno de sus zapatos. Lo recogí y se lo tiré. El zapato le dio en el culo. Se puso furiosa, lo cogió y me lo arrojó. Me pasó rozando la cabeza.

Me sentía muy triste cuando volví a mi habitación. ¡Mujeres! No sabía nada de las mujeres. Era imposible entenderlas. Abrí una maleta y guardé mis cosas. La habitación me hablaba, me imploraba que me quedase..., el cuadro de Maxfield Parrish en la pared, la máquina de escribir en la mesa, la cama, mi maravillosa cama, la ventana que daba a la colina, fuente de tantísimos sueños, de tantísimos pensamientos y palabras, una parte de mí, mi propio eco me rogaba que me quedase. No quería irme, pero era innegable que sin saber cómo había metido el remo y yo solo me había echado a la calle, y no había vuelta de hoja. Adiós a Bunker Hill.

Cuando Frank Edgington se enteró de que estaba sin casa, me invitó a instalarme en la que tenía en las colinas del otro lado de Beechwood Drive. Era una vivienda de dos dormitorios rodeada de eucaliptos. Me enseñó el mío y dejé la maleta en el suelo. No había cama, solo un colchón de matrimonio pegado a la pared.

Vivir con Edgington fue una experiencia extraña. Su estilo bebía en su infancia, y los juegos que practicábamos en su despacho no eran nada comparados con los que tenía repartidos por la sala. Para sumergirnos en la fastuosa, romántica y fascinante vida de Hollywood empezamos jugando una partida de *ping-pong* en el garaje. Luego fuimos a la cocina y nos servimos sendos vasos de vino de mesa. De nuevo en la sala, nos tiramos en el parqué y nos engolfamos en el salto de la pulga. Cuanto más bebíamos, con más desenfreno jugábamos. Libramos una batalla infernal con los dardos. A veces nos quedábamos dormidos jugando al bingo. Era puro, era limpio y cuando llovía y el agua tamborileaba en el tejado, encendíamos el gas de la chimenea y era como volver a la primera adolescencia, junto a una hoguera de campamento en las montañas.

A mi jefe, Harry Schindler, apenas lo veía. Cuando me cruzaba con él en el ascensor o en el pasillo, me cogía del brazo afectuosamente y me acompañaba un trecho.

—¿Qué tal va?

—Bien —contestaba—, va bien.

—Lo estás haciendo de miedo. Sigue así.

—No estoy escribiendo, Harry. Quiero escribir.

—Ten paciencia. Tómate tu tiempo. Deja que yo me preocupe por tu obra.

El antedespacho que compartíamos se llenaba todos los días de misteriosos individuos que querían verlo. Debían de ser guionistas, directores, personal de producción. Le preguntaba a mi secretaria quiénes eran, pero no me lo decía. Con el tiempo me sentí como un huérfano, un paria, improductivo, anónimo y desterrado. Seguía allí por el dinero, porque ya no era pobre y tenía miedo de volver a serlo. La idea de volver a ser ayudante de camarero me daba escalofríos. Saqué la libreta de ahorros y consulté las cifras. El saldo ascendía a 1.800 dólares, y eso que mandaba dinero a casa. No tenía motivos para quejarme.

Una mañana Thelma llamó a mi puerta y la abrió.

—Harry quiere verte.

Encontré a Schindler encendiendo un puro.

—Puede que tenga algo para ti muy pronto —dijo.

Me llené de emoción.

—¿Te refieres a un encargo?

—Quizá. Estamos negociando.

—¿Qué es?

—Una novela, *El genio*, de Theodore Dreiser.

—¡Dios mío! ¿Cuándo lo sabrás?

—Dentro de un par de semanas.

Salí del despacho flotando en una nube. Thelma observó mi cara. Me incliné y le di un beso en la boca.

—Tráeme un ejemplar de *El genio* de Theodore Dreiser.

La novela llegó de la biblioteca de los estudios en menos de una hora, y me puse a leer. Era muy larga y al finalizar la semana la había leído dos veces y llenado un cuaderno con ideas sobre su conversión en película.

Dos meses más tarde había leído *El genio* por lo menos diez veces y llenado con observaciones cuatro cuadernos amontonados en mi escritorio. Cada vez que sonaba el teléfono daba un salto pensando que era Schindler. Dejaba la puerta abierta para vigilar el vestíbulo, por si aparecía. Su despacho tenía otra puerta que daba directamente al pasillo. Cada vez que la oía, me ponía en pie de un salto y me acercaba corriendo. Un par de veces me quedé esperándolo en la puerta. Cuando pasó por mi lado fue como si me hubiera vuelto invisible. Volví derrotado a mi despacho y medité.

¿Por qué me hacía aquello? ¿Qué me estaba pasando? ¿Había alguna conspiración contra mí en el mundo? ¿Le había ofendido? ¿No me había ofrecido él aquel trabajo? ¿Estaba yo maldito por Dios Todopoderoso? Puede que mi madre tuviera razón. Quien pierde la fe lo pierde todo. ¿Estaba ella mejor informada que yo sobre los caminos del Señor? ¿Era demasiado tarde para arrepentirme? Bajé al aparcamiento, subí al coche y fui por Sunset hasta la iglesia católica. Me arrodillé en el banco delantero y recé:

—Por favor, Dios mío, haz algo por ese encargo. No te he pedido nada durante años. Haz esto por mí y volveré al seno de la Santa Madre Iglesia hasta el fin de mi vida.

Al cabo de un rato apareció un sacerdote y entró en el confesonario. Había unas viejas arrodilladas cerca. Fui a arrodillarme con ellas. Me acerqué cuando me llegó el turno. Vi la cara blanca del sacerdote por la rejilla de madera. No tenía nada que decirle. La culpa por los pecados pretéritos se había esfumado. Me quedé allí, lleno de confusión. Pasaron los minutos. El sacerdote se removió. Sus ojos buscaron los míos a través de la rejilla.

—¿Sí? —dijo.

—Lo siento —susurré—, no he venido preparado.

Me levanté y anduve por la nave hasta cruzar las macizas puertas que daban a la calle. Estaba más abatido que nunca, ya que en alguna parte de mi corazón había albergado siempre la convicción de que la iglesia era mi mejor baza. Siempre lo había creído sin expresarlo. Pero la convicción ya no estaba allí y me sentía perdido, enfrentado a un mundo hostil. Volví al coche. De repente, movido por la desesperación, bajé del vehículo, entré corriendo en la iglesia, caí de rodillas y traté

de rezar.

Murmuré una avemaría y me interrumpió Thelma Farber. Dios te salve María, llena eres de gracia y Thelma Farber desnuda en mis brazos. Santa María, Madre de Dios, besando los pechos de Thelma Farber, magreando su anatomía, recorriéndole los muslos con las manos. Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, y mis labios se perdían en el bajo vientre de Thelma y lo besaban extasiados. Estaba perdido, no sabía dónde meterme. Era consciente de mi cuerpo allí arrodillado, de la hinchazón de mi bajo vientre, de mi erección en toda regla, de la ridiculez de la situación, de la disparatada antinomia. Me levanté y salí a toda prisa, subí al coche y lo puse en marcha, asustado, trémulo, ridículo.

Me alegré de llegar al despacho. Era como un nido que me daba consuelo. Thelma no estaba. Cerré la puerta, me senté al escritorio y encendí un cigarrillo. Estaba viviendo experiencias misteriosas e inquietantes. Me había salido del mundo y era difícil encontrar el camino de vuelta. Pensé en Frank Edgington. Edgington era demasiado sarcástico, demasiado intolerante. Se limitaría a reírse y a echarle la culpa a mi origen pueblerino.

Sonó un golpe en la puerta. Era Thelma. Hacía unos minutos estaba yo arrodillado en la iglesia lamiéndole el bajo vientre y allí estaba ella otra vez. Intuyó algo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Claro.

—Harry quiere verte.

—¿Para qué?

—¿Cómo voy a saberlo?

Fui al antedespacho, me acerqué a la puerta de Schindler y llamé.

—Pasa.

Abrí la puerta y lo vi sentado.

—¿Querías verme?

—Malas noticias.

Me acerqué.

—No podemos comprar el libro de Dreiser —dijo.

—¿Por qué?

—No está en venta.

En cierto modo aquello no parecía tan importante.

—¿Y ahora qué?

—Sigue con lo que estás haciendo.

—Tengo cientos de páginas con notas sobre el libro de Dreiser. ¿Quieres verlas?

—No —dijo—, olvídalo.

—Dame algo para escribir.

—No tengo nada.

Me puse furioso.

—¡Pues piensa en algo, mamón!

Me miró con las mandíbulas apretadas y se puso en pie muy despacio.

—Sal de aquí.

Di media vuelta y volví a mi despacho. Entonces lo sentí, el meollo de mi dolor, el borde del mundo, la soledad de estar lejos y perdido, y me eché a llorar. Me tendí en el sofá cama y me deshice en llanto. Thelma apareció en la puerta.

—¿Qué te pasa, Arturo? —dijo con dulzura.

Me incorporé y le conté lo que me había dicho Schindler, y me eché a llorar otra vez.

—¡Pobre muchacho! —Thelma se sentó junto a mí. Sentí el contrapeso de su cuerpo cuando se hundió en el sofá.

Y qué contrapeso. Animado, volví a sollozar. Me pasó el largo y suave brazo por el hombro y me secó las lágrimas con su pañuelo. Olía a su perfume. Me volví hacia ella y apoyé la cabeza en su hombro. Me abrazó con ternura.

—Ayúdame, Thelma —dije—. Soy muy desgraciado.

Me limpió la humedad de los ojos y me atrajo hacia sí, apretando el pecho contra el mío.

—¡Ay, Thelma, ayúdame!

—Vamos, vamos —susurró, acariciándome el pelo.

—¡Ay, Thelma, bésame!

Se levantó, fue a la puerta, la cerró y volvió a sentarse a mi lado.

—¡Ay, Thelma! Si supieras cuánto te he codiciado, cuánto he deseado tenerte entre mis brazos y besarte.

—Ya lo suponía —dijo—. Por tu forma de mirarme, me di cuenta desde el principio.

Me recosté en el sofá y la atraje hacia mí, su boca se posó en la mía, suave, fría y carnosa. Me palpé la bragueta y me bajé la cremallera mientras ella se ponía en pie, se subía la falda y se bajaba las blancas bragas. Se acostó en el suelo, con los brazos abiertos y despatarrada.

—Aprisa —dijo jadeando.

Bajé del sofá y me puse entre sus largas y suaves piernas enfundadas en medias, pero la cremallera todavía me daba problemas, y forcejeé con ella desesperadamente. Me tanteó el cinturón y con una violenta sacudida se me bajaron los pantalones. Me incliné sobre ella, con la lanza lista para ensartarla, pero erré el blanco, volví a errar, y con un gritito de fastidio me la asió para ensartarse ella misma, pero en aquel momento oí el chasquido de la cerradura y el gemido de la puerta al abrirse, y levanté los ojos y vi a Harry Schindler mirándonos. La lanza cayó exánime y lo único que pude hacer fue quedarme allí estupefacto, mientras Thelma, petrificada, seguía con mi mustio apéndice en la mano.

—Muy bien, Thelma —dijo Schindler tranquilamente—. Suelta el champiñón y sal de aquí cagando leches.

Thelma se levantó, se estiró el vestido y lo miró con desprecio y actitud desafiante; pasó por su lado dando zancadas y salió del despacho con las bragas en la mano.

—¡Ya hablaremos después! —dijo Schindler con voz amenazadora.

Thelma sacudió retadoramente la cabeza.

Me levanté y me subí los pantalones.

—Tenemos que hablar —dijo Schindler. Se dio la vuelta y salió.

Le encontré esperándome, con los pies en el escritorio y otro puro en la boca. Me miró y sonrió de lado.

—No me lo puedo creer —dijo—. No es posible.

—Lo siento, Harry.

—¿Por qué? La culpa no es tuya. Nunca lo es.

—Esta vez sí. Yo la seduje.

Bajó los pies y apoyó los antebrazos.

—Mira, chico. Se come a los guionistas vivos. Me refiero a grandes autores, ganadores del premio Pulitzer, ganadores del Oscar, guionistas de tres mil dólares semanales. Eso es lo que no entiendo. ¡Tú! ¡Tú, que ni siquiera has salido en los créditos de una película!

No sabía si era un cumplido o todo lo contrario.

—Bueno, pasó y ya está —dije—. Yo no lo esperaba. Pero no la tomes con ella. Quiero decir que no la echas.

—A quien voy a echar es a ti —dijo Schindler—. Estás despedido desde este mismo momento.

—¿Y Thelma? ¿También está despedida?

—No puedo hacerlo. Nunca la despediré. Quiero tenerla cerca para no perderla de vista, pero voy a decirte algo: si vuelve a hacérmelo, me divorcio de ella.

—Dios mío, Schindler —exclamé, y salí a la calle hecho un lío.

Hay que tener un agente. Sin agente eres un marginado, un desconocido. Tener agente da profesionalidad, aunque nunca consiga nada. Cuando otro escritor nos pregunta: «¿Con qué agente estás?», y respondemos: «Con ninguno», el primero deduce automáticamente que no tenemos talento. El agente de Edgington era Cyril Korn.

—Te resultará antipático —me advirtió Edgington—, pero es bueno.

Envié tres cuentos de revista a las oficinas de Korn en Beverly Hills y esperé a que me llamara.

No me llamó. Acabó llamándolo Edgington, que concertó una cita en mi nombre. Las oficinas estaban en un edificio de Beverly Drive de construcción reciente. Su secretaria me anunció y me senté a esperar. Al cabo de dos horas me dejaron pasar al despacho del gran hombre.

Estaba en el centro de la enmoquetada habitación, metiendo pelotas de golf en un vaso. Ni siquiera me saludó. Por fin, tras dar un concentrado golpe con el palo, dijo sin mirarme:

—He leído sus cuentos.

—¿Le han gustado?

—Los encuentro abominables. No tiene usted ninguna posibilidad de colocar esa basura en el cine.

—Yo no quiero colocarlos en el cine. Solo quiero demostrar que sé escribir.

Dejó el palo y me miró por primera vez.

—Yo creo que no sabe.

—¿Quiere decir que no quiere ser mi agente?

—¿Ha escrito guiones?

—No, pero he escrito para Harry Schindler una adaptación de *El genio* de Dreiser.

—Y él lo ha despedido. ¿Ha colaborado alguna vez con alguien?

—No.

—Tengo una cliente que necesita un colaborador, alguien que sea joven, natural y sin estropear. Le estoy hablando de Velda van der Zee. ¿Ha oído hablar de ella?

—No, nunca.

—¿Dónde ha estado todos estos años? Velda van der Zee ha escrito más guiones de los que usted podría escribir en tres vidas.

—¿Cree que trabajaríamos bien juntos?

—Es una gran oportunidad para usted. Quizá consiga salir en los genéricos de alguna película.

—Me gustaría probar.

—Ya le diré algo. —Sonó el teléfono. Descolgó y me hizo una seña con la mano. Significaba: fuera. Salí asqueado. Me había humillado, ofendido y hundido en la desdicha, y no quería nada de él. Durante todo el camino de regreso, cada vez que lo

recordaba con el chaleco de terciopelo rojo, golpeando pelotas de golf, me crujían los dientes. Prefería abandonar la profesión a tenerlo por agente. Antes ser camarero en el figón de Abe Marx que permitir que me representara. Cuando le conté a Edgington el resultado de la entrevista, sonrió con tranquilidad.

—Es muy suyo, pero un buen agente. Espera a ver qué pasa.

—No pienso volver a hablar con ese hijoputa.

A la mañana siguiente llamaron del despacho de Cyril Korn. Era la secretaria.

—El señor Korn desearía verlo hoy a las dos en punto. —Y colgó.

A las dos estaba sentado en la oficina de Korn, esperando. A las cuatro, después de consumir un paquete de tabaco, me hicieron pasar.

Cyril Korn estaba tras el escritorio, con chaleco rojo y todo, hablando con una mujer sentada al otro lado de la mesa. Era una señora robusta y rubicunda, de pechos cucurbitáceos, con un sombrero de gran tamaño y pendientes tintineantes. Llevaba mucho maquillaje y los labios demasiado rojos. Me sonrió.

—Velda —dijo Korn—, quiero que conozcas a Arturo Bandini. Dice que es escritor.

Velda me alargó la enjoyada mano y se la estreché.

—Mucho gusto en conocerla —dije.

—Encantada —respondió.

Korn se puso en pie.

—Os dejo solos un rato —dijo—. Quiero que leáis una cosa. —Cogió un par de manuscritos del escritorio y nos dio uno a cada uno—. Leedlo y decidme qué os parece. Volveré dentro de una hora. —Salió del despacho y cerró la puerta.

—Es usted joven, ¿verdad? —dijo Velda.

—Puede que sea joven, pero soy un escritor cojonudo.

Se echó a reír. Llevaba dentadura postiza.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Te pareces a Spencer Tracy. He visto a Spence esta mañana, en Musso-Franks. Hemos desayunado juntos. Me ha contado lo que es trabajar con Loretta Young..., cuánto le ha gustado la colaboración. Es monísima, ¿no te parece? Conozco a Loretta y a Sally, y a la madre de ambas. ¡Qué familia tan encantadora! Estaba contratada por la Metro cuando yo estaba allí. Solíamos comer juntas, Loretta, yo, Carole Lombard y Joan Crawford. Le encantaría Joan. Qué mujer más elegante. ¡Y Robert Taylor! Te juro que es el hombre más atractivo de Hollywood, sin contar a Clark Gable, por supuesto. Clark y yo somos viejos amigos. Lo conocí cuando empezaba a trabajar en este mundo. Lo he visto subir a la cumbre paso a paso, y míralo ahora. Dicen que está enamorado de Claudette Colbert, pero yo no lo creo. Lo vi en el club de tenis el otro día y le pregunté si era cierto. Se rio con esa maravillosa risa varonil que tiene, me dio un beso en la mejilla y dijo: «¿Quieres saber la verdad, Velda? Estoy enamorado de ti». ¿No es para morir de risa? John Barrymore también me lo dice siempre. ¡Qué guasón es! No como Lionel o Ethel, desde luego que no, pero es un espíritu libre, un poema romántico de hombre.

Algunos dicen que Errol Flynn es más atractivo, pero yo no puedo creerlo. Ronald Coleman, sin embargo, es otra cosa..., tan apuesto, con esos ojos chispeantes y esos modales de príncipe. Dio una fiesta en Santa Bárbara hace un par de semanas. Fue sin duda la velada más maravillosa de la historia de Hollywood. Norma Shearer estaba allí, y Tallulah Bankhead, y Alice Faye, y Jean Harlow, y Wallace Beery, y Richard Barthelmess, y Harold Lloyd, y Douglas Fairbanks júnior. ¡Ah, fue fabulosa, una noche que no olvidaré nunca! —Se detuvo a tomar aliento—. Pero ya estoy hablando de mí misma, como siempre. Y dime, ¿te gusta Hollywood?

—Unas veces sí y otras no —dije.

—¡Qué curioso! —exclamó—. Pat O'Brien me dijo lo mismo la semana pasada en la Warner. Estábamos comiendo en el Salón Verde de la Warner... Pat, yo, Bette Davis y Glenda Farrell. No sé por qué, sacamos a colación el tema de Hollywood, pero Pat estaba meditabunda y dijo exactamente lo que tú acabas de decir.

Se abrió la puerta y entró Cyril Korn.

—¿Qué tal os lleváis? —preguntó.

—Muy bien —dijo Velda van der Zee—. Vamos a ser un gran equipo.

Korn se volvió hacia mí.

—¿Le gusta la historia? —preguntó.

—Naturalmente que le gusta —dijo Velda—. Está enamorado de ella, ¿verdad, Arturo?

—Supongo que sí.

Korn batió palmas.

—Entonces está decidido. Llamaré a Jack Arthur y le diré que de acuerdo.

—¿Quién es Jack Arthur? —pregunté.

Antes de que Korn pudiera responder, Velda dijo:

—Da la casualidad de que Jack Arthur es uno de los productores más encantadores de Hollywood. Somos íntimos desde hace diez años. Fui dama de honor en su boda y soy madrina de dos hijos suyos. ¿Necesito decir más?

—No —dije—. Está bien, muy bien.

Una particularidad de Cyril Korn: cuando quiere que uno se vaya, prácticamente lo echa. Volvió a su escritorio y tomó asiento.

—Es todo, criaturas. Estaremos en contacto.

Salí con Velda. Bajamos en el ascensor y fuimos al aparcamiento.

—¿Sabes algo de echar pulsos? —preguntó.

—No mucho —dije.

—Anoche, en casa de Jeannette McDonald, Lewis Stone y Frank Morgan echaron un pulso. Fue muy divertido. Tiraron y empujaron hasta que se les cubrió la cara de sudor. ¿Y sabes quién ganó?

—¿Quién?

—¡Lewis Stone! —exclamó—. El elegante y anciano caballero echó un pulso con Frank Morgan y lo derrotó. Todos se deshicieron en carcajadas y en aplausos.

La miré. Su cara redonda estaba arrebolada por la emoción. Las palabras salían a borbotones de sus incontenibles labios. No había la menor duda: estaba chalada. Vivía en un mundo de nombres, no de cuerpos ni de seres humanos, sino de nombres famosos. Nada de lo que decía era cierto. Se lo inventaba mientras le daba al pico. Era embustera, una embustera simpática, con la cabeza llena de anécdotas absurdas.

Me llevó a su coche, un Bentley de color bronce.

—¡Guau! —exclamé.

Sonrió mirando su elegante vehículo.

—Tiene aspecto de caro —dije. Aquello le gustó.

—Se lo compré a Wallace Beery —dijo—. Wally decidió comprarse un Rolls Royce y me lo dejó a precio de ganga.

Abrió la portezuela trasera y miré dentro. El asiento era de terciopelo verde. Había una mancha en el centro, una mancha marrón. Sonrió.

—Estás mirando la mancha, ¿verdad? La hizo Claire Dodd. La llevé a casa al salir de la fiesta de Jeannette McDonald y se le derramó el vino. ¡Pobre Claire! ¡Qué arrepentida estaba! Quiso pagar la limpieza, pero no se lo permití. Después de todo, ¿para qué están los amigos?

—¿Quieres que te llame? —pregunté. Me dio su teléfono y nos estrechamos la mano.

—¿Te llevo?

—Tengo coche —dije, señalando el Plymouth con la cabeza.

—¿Es un Ford? —preguntó.

—Casi —dije—. Es un Plymouth.

—Yo tuve uno. Son muy incómodos.

Nos despedimos y eche a andar hacia mi incómodo coche.

El argumento que Cyril Korn nos había dado era de Harry Browne. Era la historia de una guerra rural, la contienda entre los vaqueros y los ovejeros. Los vaqueros eran los malos y los ovejeros los buenos. También salían unos indios hostiles que capturaban a Julia, la heroína, y la tenían prisionera en el poblado de la tribu. Cuando ovejeros y vaqueros se enteran del secuestro, unen sus fuerzas y corren juntos a salvar a Julia. Después de la batalla en la que rescatan a Julia, vaqueros y ovejeros se dan la mano y la guerra rural encuentra una solución pacífica.

Un par de días después, Velda van der Zee y yo íbamos en el Bentley por Ventura hacia los estudios Liberty, para ver al productor Jack Arthur. Yo me sentaba a su lado y ella conducía la magnífica y silenciosa máquina. A Velda le gustaba la historia. Era un clásico, dijo, una nominación segura para el Oscar. Ya imaginaba a Gary Cooper y a Claire Trevor en los papeles principales, y a Jack La Rué interpretando a Magua, el jefe indio.

—Gary Cooper es amigo mío —dijo—. Le daré el guión. Tiene un alto concepto de mis opiniones.

—Estaría bien —dije.

Entramos en el aparcamiento de los estudios Liberty y recorrimos el pasillo en busca del despacho de Jack Arthur. Jack Arthur fumaba en pipa. Besó a Velda en la mejilla y me estrechó la mano.

—Bueno —dijo—. ¿Qué os parece la historia?

—Inmensa —dijo Velda—. Nos encanta.

—Tiene posibilidades —dijo Arthur—. ¿Estáis listos para empezar a trabajar?

—Desde luego —dijo Velda—. ¿Qué tal los niños?

—Están bien, bien.

—Tienes que conocer a los hijos de Jack, Arturo. Son las criaturas más maravillosas del mundo.

Jack Arthur sonrió de oreja a oreja.

—Necesitaréis un despacho —dijo, alargando la mano hacia el teléfono.

—No será necesario —se apresuró a decir Velda—. Trabajaremos en mi casa. — Se volvió hacia mí y sonrió—. ¿Te parece bien, Arturo?

—Sí, bien —dije.

—Entonces arreglado —dijo Arthur—. Hablaré con Cyril Korn y redactaremos los contratos. Si necesitáis alguna cosa, lanzad un berrido. —Nos dimos la mano—. Buena suerte, Bandini. Escíbeme un éxito apoteósico.

—Lo intentaré. —Velda y yo nos despedimos de Arthur y salimos.

Mientras volvíamos a la ciudad, le dije:

—No sabía que fuéramos a trabajar en tu casa.

—Siempre trabajo allí.

—¿Dónde vives?

—En Benedict Canyon. Era la casa de William Powell. Te encantará.

Se puso a hablar de Irene Dunne y de Mima Loy, pero ya me había acostumbrado y casi ni la oí mientras seguía con Lew Ayres, Frederic March, Jean Harlow y Mary Astor. Cuando aparcó delante de la casa de Frank Edgington, estaba inmersa en la evocación de Franchot Tone, y tuve que quedarme pacientemente sentado hasta que terminó de contar la anécdota. Bajé y Velda se alejó con el Bentley.

Al día siguiente fui a Benedict Canyon, a la mansión francesa de Velda van der Zee. Estaba escondida en un bosquecillo de abedules, blanca, majestuosa y aristocrática. Dos torres idénticas con tejado de pizarra protegían la entrada principal y la gran puerta de roble estaba flanqueada por columnas dóricas. El ama de llaves acudió a los golpes de la aldaba de cabeza de león. Era una negra cuarentona con uniforme de doncella.

—Soy Arturo Bandini.

—Ya lo sé —dijo sonriendo—. Pase, por favor.

La seguí por el vestíbulo hasta el salón. El lugar era imponente, impresionante, lleno de muebles Luis XV y grandes arañas. En la campana de la chimenea había un gran retrato al óleo de un anciano con barba y bigote blancos.

—¿Quién es? —pregunté.

—El señor Van der Zee —dijo la criada.
—Creo que no nos han presentado.
—Sería imposible —dijo la criada—. Está muerto.
—Debía de ser muy rico —dije.

Se echó a reír.

—También usted lo sería si poseyera la mitad de Hill.

—Ah.

Velda van der Zee bajó por la escalinata suspendida en un diáfano vestido de recibir. Los accesorios de seda flotaban tras ella como querubines a su servicio y una nube de perfume exótico me envolvió cuando me alargó la mano.

—Buenos días, Arturo. ¿Empezamos a trabajar o te apetece ver el resto de la casa?

—Vamos a trabajar —dije.

Se me colgó del brazo.

—Eso es lo que me gusta de ti, muchacho, tu dedicación.

Me condujo a una habitación delirante.

—Esta es mi guarida —dijo.

Miré a mi alrededor. Desde luego que era una guarida. Cada palmo de pared estaba atiborrado de fotos dedicadas de estrellas de cine. La gente guapa. Atractivísimos, con sonrisa optimista, dentadura relampagueante, manos delicadas y cutis envidiable. Pero también era una habitación triste, una especie de mausoleo, una exposición de los vivos y los muertos. Velda los miraba con veneración.

—Mis adorados amigos —dijo suspirando.

Quería preguntarle por su marido, pero no me pareció apropiado. Se acercó a un recargado escritorio de estilo regional francés que tenía encima una máquina de escribir.

—Mi mesa favorita —dijo—. Un regalo navideño de Maurice Chevalier.

—Es una joya —dije.

Tiró de un cordón rojo que había al lado de la puerta. Sonó una campanilla y apareció la criada. Velda le dijo que sirviera el café. Me acerqué a la mesa y me senté ante la máquina de escribir.

—¿Has leído el argumento? —pregunté.

—Todavía no. Pensaba hacerlo esta mañana.

Se sentó en un sofá.

—¿Te cuento algo muy interesante relacionado con esta habitación?

—Sí, por favor.

—Aquí es donde firmé mi primer contrato con Louis B. Mayer. Estaba sentado exactamente donde estás tú ahora y ahí firmó los papeles. Eso fue hace diez años. Es un hombre maravilloso. Uno de estos días organizaremos una fiesta y podrás conocerlo. Si le caes simpático, tienes asegurado el futuro.

—Me encantaría conocerlo. —Saqué el manuscrito del bolsillo de la chaqueta—.

Empecemos.

La criada entró con la bandeja del café. Velda hablaba mientras lo servía.

—Mucha gente famosa ha honrado esta habitación con el transcurrir de los años. ¿Recuerdas a Vilma Banky y a Rod La Roque?

Aquello la puso en marcha. Vilma Banky, Rod La Roque, Clara Bow, Lillian Gish, Marian Davies, John Gilbert, Colleen Moore, Clive Brooke, Buster Keaton, Harold Lloyd, Wesley Barry, Billie Dove, Corinne Griffith, Claire Windsor. Volaba sin parar entre nubes de fantasía, sorbos de café, cigarrillos encendidos, soñando con lo imposible, evocando el fasto de mentiras cautivadoras y de mundos inverosímiles que se había forjado ella sola.

Yo la escuchaba con silenciosa impaciencia, tramando formas de huir, de salir corriendo, de subir al coche y volver a la realidad de Bunker Hill, de gritar, de brincar y gritar, de suplicarle que se callara, hasta que me di por vencido y, herido de muerte, me hundí en el sillón que una vez había sostenido el culo de Louis B.

No hicimos nada, nada en absoluto, y cuando se sintió agotada y con sueño, y pasó del café a los martinis, no pude resistir más. Sus ojos casi no se tenían abiertos cuando me puse en pie y le cogí la mano.

—Adiós, Velda. Volveremos a intentarlo mañana.

Me fui.

Al día siguiente sucedió exactamente lo mismo, pero con otros personajes y en otro escenario. Estábamos en el cenador de los jardines, al pie del pimentero. Esta vez tampoco había café, solo la coctelera del martini, y la sonora y monótona voz de Velda hablando de Jean Arthur, Gary Cooper, Tyrone Power, Errol Flynn, Lily Damita, Lupe Velez, Dolores del Río, Merle Oberon, Claude Rains, Leslie Howard, Basil Rathbone, Nigel Bruce, Cesar Romero, George Arliss, Henry Armetta, Gregory La Cava, Paulette Goddard, Walter Wanger, Norma Talmadge, Constance Talmadge, Janet Gaynor, Frederic March, Nils Asther, Norman Foster, Ann Harding y Kay Francis.

Teníamos que vernos al día siguiente, pero la idea me daba náuseas. Era como si tuviera resaca y solo viera sus ojos acuosos en aquella cara blanda y solo oyera el sonido de su voz farfullante. Sabía que nunca podría trabajar con ella, que me sacaría de quicio. A la mañana siguiente la llamé por teléfono a eso de las diez y, como es lógico, comunicaba. A las once seguía comunicando, y a las doce, y toda la tarde, hasta la noche. Finalmente desistí, me senté a la máquina y le escribí una nota:

Querida Velda:

Tengo que ser sincero contigo. Nunca podremos trabajar en equipo. La culpa no es tuya, sino mía. Mañana mismo empezaré a escribir el guión. Cuando lo termine te lo enviaré y podrás corregirlo y mejorarlo de la forma que creas más conveniente. Espero que este plan obtenga tu aprobación.

Atentamente,

Arturo Bandini

Dos días más tarde me llamó.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces, Arturo?

—Totalmente.

—Muy bien. Escribe la primera versión y yo haré la definitiva. Llámame si tienes algún problema.

—Descuida.

Me puse a escribir inmediatamente, pero cuanto más escribía menos me gustaba. Empecé otra versión. Y otra. Entonces se me ocurrió una idea realmente original. Escribiría otra historia. Nada de vaqueros y ovejeros, sino algo más convencional, hecho de fragmentos de películas que recordaba de la infancia. Funcionó enseguida. Las páginas se amontonaron. Era la monda. Estaba inspirado. De una sentada escribí veinte páginas.

Al día siguiente todavía me duraba el impulso. Veinte páginas más. Por la noche estuve escribiendo hasta la una de la madrugada, otras quince páginas. Estaba encantado. Maravillado. ¡Qué rápido era! ¡Qué agudeza! ¡Qué diálogos! Me sentía poseído por algo grande. Aquello no podía fallar. Me veía como un héroe, catapultado a la gloria de la noche a la mañana. Y seguí adelante: cañones arriba y barrancos abajo, caballos al galope, revólveres que vomitaban plomo, indios que caían, sangre en el polvo, gritos de mujeres, casas ardiendo, la amenaza del mal, el triunfo del bien, la victoria del amor. Bang, bang, bang, una emoción por minuto, el *western* mejor y más acojonante que se había escrito en la historia. Finalmente, crispado de tanto café, con dolor de barriga por culpa del tabaco, picor en los ojos y

dolor en la espalda, lo terminé. Lleno de orgullo, lo metí en un sobre grande y se lo envié por correo a Velda van der Zee. Luego me armé de paciencia y esperé, sabiendo que apenas podría cambiar una palabra, que Velda tenía ante sí la perfección.

Pasé aquellos días en Hollywood Boulevard, en la librería de Stanley Rose, en los bares de las travesías del bulevar, jugando a la máquina del millón, en el cine. Hasta que no pude esperar más y llamé a Velda van der Zee. Comunicaba.

Una hora más tarde seguía comunicando. Estuvo comunicando todo el día. Bien entrada la noche aún comunicaba. Por la mañana perdí la paciencia. Subí al Plymouth y salí disparado hacia Benedict Canyon. El motor hacía un ruidito metálico. Le hacía falta una revisión. Dejé el coche en el camino del garaje y llamé a la puerta. Eran las doce. Me abrió la criada.

—Vengo a ver a Velda.

—Imposible —dijo—. Todavía está durmiendo.

—Esperaré.

Volví al coche y me senté al volante. A la una seguía allí de plantón, y a las dos, y a las tres, y a las cuatro me fui. No pasé del hotel que había en Sunset. Me dirigí al teléfono público del vestíbulo y marqué el número de Velda. Incluso mientras lo marcaba sabía lo que iba a pasar, y no me equivoqué. Comunicaba. Temblaba cuando eché a andar a trompicones. Recorrí dos manzanas antes de darme cuenta de que me había olvidado del coche.

Lo mejor de mi colaboración con Velda fue el dinero. Al cabo de quince semanas, a razón de trescientos dólares por semana, me llamó por teléfono. Había terminado de escribir el guión. Me lo enviaría por correo urgente. Llegaría al día siguiente. Estaba muy orgullosa de su trabajo. Sabía que me gustaría, que habíamos creado una obra maestra.

—¿Has cambiado mucho? —pregunté.

—Alguna cosilla. Retoques menores. Pero la esencia de tu versión, la idea principal, sigue ahí.

—Me alegro, Velda. Francamente, estaba preocupado.

—Ya verás como te gusta, Arturo. Apenas me has dejado margen para intervenir. Yo no tengo ningún mérito.

Al día siguiente estaba sentado en el porche de la casa de Edgington esperando al cartero. A mediodía llegó la furgoneta de correos y el conductor me puso el ancho sobre en las manos. Firmé el recibo, me senté en el escalón del porche y abrí el manuscrito.

En la página del título ponía: *Sin City*, guión cinematográfico de Velda van der Zee y Arturo Bandini, basado en un argumento de Harry Browne. Iba por la mitad de la primera página cuando el pelo se me puso de punta. A mitad de la segunda página tuve que dejar el guión para sujetarme de la barandilla del porche. Mi respiración había dejado de ser regular y sentía las piernas y el estómago acribillados por misteriosos calambres. Me puse en pie con dificultad y entré en la cocina a tomar un

vaso de agua. Edgington estaba sentado a la mesa, desayunando. Al verme la cara se levantó.

—Santo Dios, ¿qué pasa?

No podía hablar. Solo podía alargar el dedo hacia donde estaba el manuscrito. Edgington salió a la puerta y miró a su alrededor.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Quién está ahí?

Salí al porche y señalé el manuscrito. Edgington lo cogió.

—¿Qué es? —Miró la portadilla—. ¿Qué le pasa?

—Léelo.

Fue al columpio del porche y se sentó.

—Me han engañado —añadí—. Yo no lo he escrito. Mi nombre está ahí, pero yo no lo he escrito.

Empezó a leer. De repente se rio, una carcajada corta.

—Es gracioso —dijo—. Es un guión muy gracioso.

—¿Quieres decir que es una comedia?

—Eso es lo gracioso. Que no es una comedia.

Edgington siguió leyendo en silencio, otras diez páginas. Luego cerró el manuscrito con parsimonia y me miró.

—¿Sigue siendo gracioso?

Hizo un rollo con el guión y lo tiró a un rincón cubierto de hiedra, más allá del porche.

—Es repugnante —dijo.

Recogí el guión de la hiedra, Edgington había leído mi versión hacía más de quince semanas. Le había gustado, la había elogiado.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

—¿Y si volvieras a Colorado y aprendieras a poner ladrillos con tu padre?

—Eso no es una solución.

—La única solución es que borres tu nombre del guión. No lo reconozcas como tuyo. No dejes que te relacionen con él.

—Quizá pueda salvarlo.

—¿Salvarlo de qué? Está muerto, chico. Lo han asesinado. Llama a tu agente y dile que quite tu nombre. O eso o te vas de la ciudad. —Se levantó y volvió a la cocina. Abrí el guión y me puse a leerlo otra vez. Lo que leí era como sigue:

Una diligencia recorre las llanuras de Wyoming perseguida por banda de indios. Diligencia se detiene. Indios se arremolinan alrededor. Dos pasajeros: reverendo Ezra Drew y su hija Priscilla. Jefe indio saca a Priscilla a rastras y la monta en su caballo. Priscilla forcejea. Jefe monta, se va con ella. Indios lo siguen.

Poblado indio. Jefe llega a caballo con Priscilla, la mete a empujones en tienda, luego entra. Jefe indio es Magua, enemigo del hombre blanco. Coge chica, la trata con rudeza, la besa mientras ella forcejea.

Por la colina llega partida mandada por *sheriff* Lawson. Este desmonta, oye gritos chica, entra en la tienda, lucha con Magua, lo derriba, ayuda chica a salir, la sube a su caballo, monta y se van. La partida los sigue.

Sin City. Llega partida. *Sheriff* desmonta a Priscilla. Partida lleva reverendo Drew. Priscilla corre a sus brazos. Vecinos se reúnen. *Sheriff* Lawson lleva a Priscilla al Hotel Sin City.

Por noche lugareños se concentran ante el hotel. Sale *sheriff* con Priscilla y reverendo Drew. Lugareños les dicen que se queden. Iglesia local recientemente incendiada por indios jefe Magua. Se anima al reverendo Drew a reconstruir la iglesia. Promete pensárselo. Reverendo Drew toca banjo, acompaña a su hija que canta «Te amo, oh Jesús». Ruidosa ovación. Priscilla pasea entre lugareños pandereta en mano y lugareños echan monedas en pandereta. Reverendo Drew sube porche hotel y pronuncia discurso. Padre e hija prometen quedarse a reconstruir iglesia Sin City. Lugareños se retiran al salón. Reverendo vuelve a tocar banjo y Priscilla canta «Señor, recíbeme». Pasa otra vez pandereta, colecta abundante.

Iglesia empieza a reconstruirse. Lugareños cooperan, llevan tablas y materiales de construcción. *Sheriff* llega en carretón, sube a Priscilla, se van. En un bonito pinar *sheriff* abraza Priscilla y se besan.

Noche. Salón de Sin City. Priscilla canta «El Señor es mi pastor», clientes del salón escuchan y admiran a la encantadora joven. Priscilla pasa pandereta. Un borracho de la barra quiere besarla. *Sheriff* Lawson interviene, estalla pelea. Lawson tumba entrometido a puñetazos. Priscilla mira *sheriff* con gratitud.

En monte que domina la ciudad está el siniestro Magua a caballo, observando. Desmonta y se acerca a ventana salón mientras Priscilla pronuncia breve discurso ante clientes. Quiere que lugareños formen un coro de iglesia, para cantar himnos, y den donativos para la nueva iglesia. Lugareños están de acuerdo y aplauden. Fuera, en la ventana, malvado Magua sonrío de lado mientras escucha.

Todo cambia en Sin City. No más alcohol en el salón. No más juego. Mujeres dirigidas por Priscilla cantan himnos edificantes. Trabajos en iglesia continúan. Llega día en que iglesia se termina y lugareños acuden para el primer servicio. Desde arriba, Magua contempla acontecimientos de abajo y se aleja a caballo.

Noche. Mujeres de Sin City preparan comilona delante de iglesia. Hay baile colectivo, dirigido por reverendo Drew y su banjo. Priscilla gira al ritmo de la música, la acompaña el *sheriff*. Mientras, en poblado indio, Magua concentra sus fuerzas. Indios pintados montan a caballo y siguen a Magua.

Baile colectivo. *Sheriff* lleva Priscilla a bosque. Ella levanta cara y él la besa. *Sheriff* le pide que se case con él. Ella consiente. De repente, mucha trápala y gritos indios. Magua y sus sanguinarios arapahoes bajan colina. Cabalgan rápido, rodean iglesia y lugareños, con gritos espeluznantes y mucho pataleo de caballos. Lugareños huyen despavoridos a iglesia mientras indios siguen rodeándolos y disparando con rifles. *Sheriff* y Priscilla corren a refugiarse en iglesia nueva. Indios estrechan el cerco

a iglesia. Disparos. Gritos de heridos. Indios tiran antorchas sobre techo iglesia. Lugareños toman posiciones para disparar desde ventanas iglesia. Batalla recrudece.

Mujeres cargan rifles. Priscilla carga rifle de su padre. En ese momento le dan. Priscilla dispara a indios que han derribado a padre. Se vuelve, abraza padre caído y llora.

Mientras, el traidor Magua ha desmontado y se acerca a hurtadillas a la puerta de la iglesia. Entra sin ser visto y se arroja sobre Priscilla, le tapa la boca con la mano y la saca a rastras. Tras ponerla a lomos de su caballo, monta tras ella y sale al galope en momento en que *sheriff* Lawson aparece en puerta. Magua apunta rifle, dispara a *sheriff* y bala le alcanza hombro. Lawson se tambalea pero no cae, sino que corre hacia Magua, que sale a escape con la forcejeante Priscilla.

Herido pero incólume, *sheriff* busca su caballo, monta y sale en persecución. Por valles y colinas persigue a veloces indios con chica. Llegan a un riachuelo al pie de las montañas y se detienen. Sangrando y debilitado, Lawson sigue cabalgando, entonces cae al suelo. Magua desmonta inmediatamente blandiendo tomahawk. Feroz batalla, hombres rodando y contorsionándose, Priscilla mira horrorizada. Caen en riachuelo. Magua salta sobre debilitado *sheriff* y quiere ahogarlo, pero *sheriff* se suelta.

Demasiado débil para seguir resistiendo, *sheriff* cae al agua. Con grito de triunfo, Magua levanta tomahawk para golpear. De repente, un disparo rasga el silencio. Magua cae a riachuelo. Priscilla, rifle humeante en manos, desmonta y se acerca corriendo a *sheriff*. Lo saca del agua. Debilitado pero lleno de coraje, *sheriff* la abraza. Se levantan y se alejan tambaleándose. Magua yace muerto en el riachuelo.

En Sin City continúa el sitio. Lentamente, blancos ganan posiciones. Hay contraataque. Combate cuerpo a cuerpo. Muchos indios se retiran. Otros son capturados por lugareños. Llevan a cárcel local a una docena de salvajes. Por el horizonte llegan Priscilla y *sheriff* Lawson. Transportan cadáver de Magua atado al caballo de través. Efusivas aclamaciones de los lugareños. Priscilla corre a brazos de su padre.

Epílogo. Brillante mañana de domingo. Todos cantan en iglesia. Dentro, Priscilla dirige coro que canta «Oh, dulce Jesús». Iglesia abarrotada de lugareños que escuchan con devoción. En bancos traseros, apartados de los demás, hay una docena de indios cautivos, arrepentidos, con cabeza gacha. *Sheriff* se acerca Priscilla. Esta lo mira con adoración. Fundido en negro.

Aquello era todo, todo el cochino trabajo. Mi guión, sin una sola línea mía en él, en realidad una historia completamente diferente, imposible que yo la hubiera ideado. Me reí.

Era una broma. Alguien quería tomarme el pelo. Era imposible. Entré en casa y me senté a fumar, consciente de pronto de la lluvia que caía, del dulce sonido que hacía al golpear el tejado de tejas planas, del dulce olor que entraba por la puerta

delantera. No había duda, Edgington tenía razón. Lo único que podía hacer era quitar mi nombre de la portadilla. Descolgué el teléfono y llamé a Cyril Korn.

—¿Sí? —Ladró.

—Hola, Korn. Soy yo. ¿Ha leído el guión?

—Me ha gustado.

—Está usted loco.

—Es un gran *western*.

—Quite mi nombre.

—¿Qué?

—Quite mi nombre de esa monstruosidad. ¿Me oye? No quiero tener nada que ver.

Se produjo un largo silencio. Hasta que dijo:

—Como quieras, muchacho. Para Velda será una buena noticia. Le atribuirán todo el mérito a ella.

—Que se lo quede —dije, y colgué.

Llovía a cántaros y el agua arrancaba las hojas de los eucaliptos y formaba regueros en el patio que iban a parar al arroyo. Tomé un vaso de vino. Edgington salió de la cocina. Había oído mi conversación con Korn.

—Has hecho bien —dijo—. Ha sido un acto de autoconservación. No podías hacer otra cosa. Si me hubieras hecho caso, no habría pasado esto.

—¿A qué te refieres?

—Tendrías que haberte afiliado al gremio. Te lo llevo diciendo tres meses.

El aire helado y húmedo entraba por la puerta principal, enfriando la habitación. Edgington fue a la chimenea y encendió el gas. Sacó del bolsillo una bolsa de tabaco.

—Toma —dijo arrojándomela.

Era marihuana. Había papel de fumar dentro de la bolsa. Solo había fumado marihuana una vez, en Boulder, y me había mareado. Era hora de volver a marearse. Lie un cigarrillo. Nos sentamos mirándonos, aspirando la hierba hasta los pulmones. Edgington se echó a reír. Yo me reí también.

—Eres un cabrón de mierda y un hijo de la grandísima puta Inglaterra —dije.

Asintió con la cabeza.

—Y usted, señor, es un despreciable y asqueroso esclavo macarroni.

Guardamos silencio mientras seguíamos fumando. Alcé el manuscrito.

—Vamos a hacer algo con él —dije.

—Quemémoslo.

Lo llevé a la chimenea y lo arrojé a las llamas. La hierba estaba surtiendo efecto. Me quité la camisa.

—Vamos a hacer el indio —dije—. ¡A quemarla en la hoguera!

—Estupendo —dijo Edgington, quitándose la camisa.

—Quitémonos los pantalones —dije. Rompimos a reír y nos quitamos los pantalones. Al poco rato estábamos desnudos, bailando en círculo, dando gritos que

nos parecían indios. Fuera retumbó un trueno. Rodamos por el suelo, muertos de risa. Edgington se tomó una cerveza. Yo me tomé un vaso de vino. El aguacero era impresionante. Salí, nos cogimos de la mano y bailamos en círculo sin dejar de reír. Edgington entró en la casa, tomó un trago de cerveza y volvió a salir. Nos tendimos en el césped, dando vueltas bajo la lluvia, gritando a los truenos. Una voz femenina atravesó la tormenta. Venía de la casa de al lado.

—¡Debería darte vergüenza, Frank Edgington! —gritó la voz—. Vístete si no quieres que llame a la policía.

Frank se puso en pie.

—¡Para ti, Martha!

Y le enseñó el desnudo trasero.

Entramos corriendo en la casa. Inmóviles ante el fuego, vimos subir bailoteando por la chimenea las chispas del guión de Velda. Nos miramos y sonreímos. A continuación representamos el desenlace que mejor iba con todo el delirante ritual. Meamos en el fuego.

Sucedió algo curioso entonces. Miré el pelo mojado de Edgington, y su cuerpo empapado, y no me gustó. No me gustó en absoluto. Había algo obsceno en su desnudez y en el guión quemándose, y en el suelo mojado por la lluvia, y en nuestros cuerpos tiritando de frío, y en la insolente sonrisa de Edgington, y me aparté de él, y le eché la culpa de todo. Al fin y al cabo, ¿no me había enviado él a Cyril Korn, y no me había presentado Cyril Korn a Velda van der Zee, y no había estado Edgington burlándose y recochineándose durante semanas, mientras escribía el guión? Aquel hombre ya no me caía bien. Me daba asco. Por su cabeza debían de circular pensamientos parecidos, porque advertí un brillo de hostilidad en su mirada. No hablamos. Nos quedamos allí odiándonos en silencio. Estábamos a punto de atizarnos. Recogí mis ropas, fui al dormitorio y cerré de un portazo.

A raíz de aquello nos distanciamos. Cuando él estaba trabajando en los estudios, yo hacía el vago, tomaba vino y ponía la radio. Llovía a mares todos los días. Me sentaba a la mesa de mi dormitorio y trataba de escribir. No se me ocurría nada. Era la casa, la casa de Edgington. Tenía que alejarme de él. Cuando volvía de los estudios, yo fingía estar ocupado, aporreando la máquina de escribir. Se quedaba un rato y se iba otra vez. Un día encontré un viejo número del *New Yorker* entre un montón de revistas. Traía un cuento de Edgington. Lo hice trizas. Empecé a salir por ahí, me subía al coche y conducía bajo la lluvia. La lluvia era exasperante. Las calles parecían ríos. Las tapas de las alcantarillas saltaban. Los árboles caían. Wilshire era una barricada de sacos de arena. Las calles estaban vacías. Iba a Hollywood y estaba un rato en un bar de Wilcox, tomando vino y jugando a la máquina del millón. A veces aparcaba en Musso-Frank's y corría hacia el restaurante bajo la lluvia. No conocía a nadie. Comía solo y paladeaba mi aversión a la ciudad. Iba a la librería de Stanley Rose, que estaba al lado mismo. Nadie me conocía. Vagaba de aquí para allá como un pájaro buscando migas de pan. Había perdido a la señora Brownell, a Abe Marx y a Du Mont. El recuerdo de Jennifer Lovelace casi me partía el corazón. Conocer a aquellas pocas personas había sido como conocer a miles. Fui a Bunker Hill y aparqué delante de la pensión, pero no me atreví a entrar. De repente tuve una fantasía, una hermosa fantasía para una novela. Era sobre Helen Brownell y yo. La saboreé, me envolví en ella. De repente desapareció la autocompasión. Todavía quedaba vida, había una máquina de escribir y papel, y ojos para verlos, e ideas para mantenerlos vivos. Estaba en el coche, en lo alto de Bunker Hill, bajo la lluvia, sumergido en la fantasía, y sabía lo que tenía que hacer. Iría a Terminal Island, buscaría una cabaña de pescadores en la playa y me quedaría allí a escribir una novela sobre Helen Brownell y yo. Pasaría meses en aquella cabaña, amontonando páginas, fumando en pipa de espuma de mar, siendo otra vez un escritor para el mundo.

Quería recoger mis pertenencias y salir de allí antes de que volviera Edgington, pero al acercarme a la casa vi su coche en la puerta. Bajé del Plymouth y corrí bajo la lluvia. Frank estaba tirado en el sofá, leyendo un libro. Dijo «Hola». Pasé de largo, entré en mi habitación y me puse a liar el petate. Al poco rato se levantó y se quedó en la puerta con una revista en la mano.

—Regocijaos porque os traigo una buena nueva —dijo sonriendo y alargándome la revista. Era un ejemplar del *Daily Variety*. Lo desdoblé y vi un círculo rojo alrededor de una noticia de la primera página. Decía:

Velda van der Zee, autora del guión de *Sin City* para Liberty Films, será además la directora de la película, según ha dicho el productor Jack Arthur. La selección de

actores terminará esta semana y el rodaje comenzará en Arizona.

Me quedé pasmado, pero no dejé que Edgington se diera cuenta y le arrojé la revista.

—Esto te ha puesto muy contento, ¿verdad? —Dije. Sonrió y se encogió de hombros.

—*C'est la vie.*

Seguí recogiendo cosas, llené una maleta y la llevé al coche, en cuyo asiento trasero puse el resto de mis pertenencias (máquina de escribir, libros, ropa). Ya estaba listo para irme definitivamente, pero quedaba un asuntillo pendiente. Me quedé junto al coche, armándome de valor. Probablemente no volvería a encontrarme nunca con Edgington. Quería que se le grabara el recuerdo de mi partida en aquel día lluvioso. Por fin decidí el modo y volví a entrar en la casa. Estaba en el sofá.

—Ya me voy —dije.

Se puso en pie y me tendió la mano.

—Suerte, macarroni.

Le di un puñetazo en la cara y cayó en el sofá. Se quedó allí sentado, tocándose la nariz sangrante. Volví al coche y me fui. No debería haberle golpeado. Había sido hospitalario, cordial, generoso y amable. Pero no soportaba su arrogancia. Tenía demasiado éxito para mi gusto. Él se lo había buscado. No lo lamentaba. Así es la vida. Lo sentía por la hemorragia nasal, pero se lo merecía. En cuanto a Velda van der Zee, que le dieran por el culo. ¿Qué era otro director? La ciudad estaba a rebosar de directores.

Bajé por Avalon Boulevard, hacia el sur, y doblé por Wilmington. Casi se había puesto el sol cuando pase por el puente y entré en la ancha lengua de arena conocida como Terminal Island. La lluvia había limpiado la arena del camino asfaltado y fui hasta el barrio de pescadores que había a kilómetro y medio de las fábricas de conservas. En la playa, a unos cien metros, había seis cabañas rústicas en fila, orientadas hacia las aguas del canal. Ninguna parecía ocupada. Pasé despacio ante ellas. En todos los porches delanteros había un cartel de «Se alquila». En la última casa vi luz. Al igual que las otras, era de color verde oscuro y estaba empapada por la lluvia. La luz salía por la puerta delantera, que estaba abierta. Me detuve y corrí bajo la lluvia hasta el porche.

En diez minutos alquilé una cabaña y me instalé en ella. Era la que estaba en el centro: un espacio compacto con dormitorio, salita, cocina y baño. Veinticinco dólares al mes. Hice cálculos por encima y me di cuenta de que tenía dinero suficiente para vivir allí diez años. Era mi oportunidad.

El lugar era paradisíaco, una isla del Pacífico, Bora Bora. Se oía el mar. Las olas llegaban susurrando, diciendo shshsh, ya que la isla estaba protegida por un malecón y la marea no subía. Las noches eran maravillosas. Me tiraba en el camastro y palpaba el alejamiento del recuerdo de Velda van der Zee. Al cabo de unos días se había desvanecido. Escuchaba el rumor del mar y mi corazón se recuperaba. A veces oía ladridos de foca. Me apoyaba en la puerta y las observaba en los bajíos, tres o cuatro animales grandes jugando con la suave corriente, ladrando como si se rieran. La ciudad quedaba muy lejos. No tenía ganas de escribir. Tenía la mente tan infecunda como aquella playa. Era Robinson Crusoe perdido en un mundo lejano, en paz, respirando aire puro, salado, satisfactorio.

Cuando amanecía, paseaba descalzo por el agua, por la arena húmeda, kilómetro y medio hasta el complejo conservero, abarrotado de trabajadores, hombres y mujeres, que vaciaban los barcos de pesca, y preparaban y enlataban el pescado en grandes construcciones de metal corrugado. Casi todos eran japoneses y mexicanos de San Pedro. Había dos restaurantes. La comida era buena y barata. A veces iba hasta el final del puerto, hasta el muelle del transbordador que cruzaba el canal hasta San Pedro. El billete costaba veinticinco centavos. Me sentía como un millonario cada vez que depositaba el cuarto de dólar y embarcaba hacia San Pedro. Alquilé una bicicleta y recorrí las colinas de Palos Verdes. Busqué la biblioteca pública y me cargué de libros. Al volver encendía la estufa de leña y me sentaba al calor a leer a Dostoievski, a Flaubert, a Dickens y a todos aquellos famosos. No me faltaba nada. Mi vida era una oración, una acción de gracias. Mi soledad era un enriquecimiento. Me encontraba soportable, tolerable, incluso bueno. A veces me preguntaba qué había pasado con el escritor que había llegado allí. ¿Había escrito algo y luego me había ido? Acaricié la máquina de escribir y miré pensativo las teclas. Era otra vida. Nunca

había estado allí. Nunca me iría.

Mi casera era una japonesa. Estaba embarazada. Tenía una forma de andar noble, pasos pequeños, muy silenciosos, y llevaba el cabello negro trenzado. De ella aprendí a hacer reverencias. Siempre estábamos haciéndonos reverencias. A veces nos encontrábamos paseando por la playa. Nos deteníamos, juntábamos las manos y nos hacíamos una reverencia. Luego ella se iba por su lado y yo por el mío. Un día encontré una barca flotando en la orilla. Subí y me puse a remar, y lo hice de pena, porque no sabía manejar los remos. Pero aprendí y fui con el bote por todo el canal hasta las rocas del lado de San Pedro. Compré un aparejo de pesca, con cebo y todo, me alejé unos cien metros de mi casa y pesqué corvinas, caballas y un halibut. Me los llevé a casa y los cociné; estaban asquerosos y los tiré a la arena, y las vigilantes gaviotas bajaron como una flecha y se los llevaron. Un día me dije: Tengo que escribir algo. Escribí una carta a mi madre, pero no pude ponerle fecha. No sabía qué día era. Fui a ver a la señora japonesa y le pregunté qué día era.

—Cuatro de enero —dijo.

Sonreí. Llevaba dos meses allí y me habían parecido dos semanas.

Una tarde, mientras dormitaba, oí el motor de un coche. Me acerqué a la puerta y vi detenerse ante la casa contigua un turismo de color rojo, un Marmon. Llevaba una insignia real pintada en el capó, una corona con leones pasantes en rojo y oro. Debajo había una inscripción: Duque de Cerdeña. El conductor apagó el motor y bajó. Era bajo y fuerte, y llevaba el pelo negro cortado al rape. Era tan musculoso que parecía de caucho, con unos brazos como canales de desagüe y unas piernas tan recias que no podían juntarse totalmente. Me vio y sonrió.

—¿Qué cuenta? —dijo.

—Bien, bien. ¿Y usted?

—También. ¿Vive aquí?

—Sí.

—Vecinos, nosotros. —Se me acercó y me estrechó la mano. Señalé el Marmon.

—Duque de Cerdeña. ¿Qué significa?

—Yo hijo del príncipe de Cerdeña. También campeón del mundo.

—¿Es usted levantador de peso?

—Luchador. Campeón del mundo. Vengo a entrenar.

Fue al remolque enganchado al turismo. Era un armazón con dos ruedas de rayos grandes, una especie de carro de mano. Estaba lleno de esterillas de gimnasia, trebejos de halterofilia e indumentaria deportiva. Empezó a descargar el carro.

—¿Quién usted? —preguntó. Se lo dije—. ¿Italiano? —añadió en italiano.

—Desde luego.

Sonrió.

—Muy bien.

Lo observé el rato que estuvo descargando el remolque. Luego volví a casa. Hacía semanas que no me sentaba delante de la máquina de escribir. Empecé una carta para mi madre. Al poco rato sentí un par de ojos taladrándome la nuca. Me volví. El duque estaba en el umbral, mirándome.

—Pase —dije.

Entró e inspeccionó la sala de arriba abajo, las paredes, el fregadero y, finalmente, la máquina de escribir.

—Escriba poco más —dijo gesticulando—. No pare. —Se sentó al otro lado y yo seguí con la carta.

—¿Qué escribir? —preguntó.

—Cuentos. Películas. A veces poesía.

—¿Gana dinero?

Me eché a reír.

—Naturalmente. Estoy forrado.

Esbozó una sonrisa de duda y se puso en pie.

—Me voy. Hora de trabajar.

Media hora después oí un traqueteo de ruedas. El duque de Cerdeña arrastraba el remolque vacío por la playa. Iba con las mallas de practicante de lucha libre y descalzo, y tiraba del remolque con dos correas, una ceñida a la cintura y otra a la frente. Lo arrastraba sin esfuerzo y las grandes ruedas giraban por la blanda arena entre crujidos. Tras recorrer unos metros, cogió una pala del carro y empezó a llenarlo de arena. Salí a verlo. Sudaba por el cuello y por la espalda. Trabajaba con ganas.

—¿Qué hace? —pregunté.

—Ejercicio —dijo jadeando, sin dejar de mover la pala. No tardó en llenar el carro. Tiró la pala encima de la carga, se ajustó la correa de la cintura, se puso la de la frente, dio un resoplido de coloso y empezó a tirar. Las ruedas estaban clavadas en la arena y el carro no se movió. Hizo fuerza, perdió pie, se cayó, hizo fuerza y volvió a intentarlo. Lo compadecí. Corrí a ayudarlo y apoyé el hombro en la parte trasera. El carro empezó a moverse. El duque se volvió confuso y me vio. Lleno de cólera, me asió por las axilas y me tiró a la arena. Aterrillé de espaldas y el golpe me dejó sin aliento.

—No —dijo, agitando el puño—. Largo. Yo entreno solo.

Me quedé sentado, jadeando, viéndole ponerse otra vez las correas para volver a intentarlo. ¡Duque de Cerdeña! Tenía que estar loco. Le di la espalda y entré en casa. Una hora más tarde salí al porche y lo vi en la playa, a lo lejos. Apenas parecía moverse, como si fuera una tortuga cruzando el horizonte. Tardó dos horas en arrastrar el carro hasta su casa. Estaba bañado en sudor. Tenía arena pegada al sudor y parecía escarchado, y muy cansado. Lo vi trotar hasta la orilla y tirarse de cabeza. Se movía en el agua como un pez pequeño y macizo. Ya era de noche cuando salió del agua arrastrando los pies, y se dirigió a su porche. Lo vi secarse con una toalla.

—¿Gusta «espaguet»? —preguntó.

—Sí.

—Yo hago.

Al día siguiente oyó el tecleo de la máquina de escribir y volvió a entrar. Se quedó allí, viéndome aporrear las teclas.

—¿Qué escribir ahora?

—Carta.

—¿Escribir poesía?

—Siempre.

—¿Cuánto por una poesía?

Lo miré. La verdad es que no me era simpático. El día anterior me había tratado con grosería. Y con aquella sonrisa insolente, y aquel título ridículo. Era idiota y pensaba sacar partido.

—Diez dólares —dije—. Diez dólares por diez versos. ¿Sobre qué quiere que escriba?

—Tengo mujer en Lompoc. Gusta poesía.

—¿Amor? —Dije.

—Sí.

Me volví hacia la máquina de escribir, me puse de humor poético y empecé a teclear:

Oh amante de las Nuevas Hébridas,
no me pidáis que desestime vuestra confianza.
Estrofa es el amor entre esplendores de cielos perdidos.
Traedme los loores y dolores de sueños dispersos.
Mi corazón suspira por un *fin de siècle*,
esa imagen de tiempos de tribulación.
No deseéis, amor. ¡Vigilad los baluartes!
Huid de los granujas, sed clemente solo con el amor,
y cuando se colme la generosidad retribuidora
creed en lo que hay en mi corazón.

Carraspeé y se la leí al duque.

—Qué bonita —dijo—. Me la quedo. Darne lápiz.

Le di uno. Alisó la página poética y firmó debajo del último verso: Mario, duque de Cerdeña.

—¿Tiene sobre? —preguntó.

Cogí uno del escritorio y lo puse en el carro de la máquina.

—Para Jenny Palladino, Celery Avenue 121, Lompoc.

Lo escribí y se fue.

Volvió a la hora de la cena con una fuente de espaguetis blancos. Hice girar el tenedor entre la pasta y me lo llevé a la boca. Sabía a pólvora; la salsa tenía ajo, cebolla y guindillas. No había manera de tragar aquello. Me lancé sobre una botella de vino. El duque se echó a reír.

—Poner fuerte —dijo—, hacer hombre.

Pero yo no pude comerme aquello. Cogió mi plato y masticó metódicamente, hasta el último espagueti. Serví vino para los dos y encendí un cigarrillo.

—¿Qué tal otro poco de poesía?

Se encogió de hombros.

—Una, bueno.

Fui a la máquina y escribí de corrido diez versos. El duque me miraba con los brazos cruzados.

—¿Quiere oírla? —pregunté.

—Claro, escucho.

Recité:

Oh carretas de la noche allende el lóbrego mar,
aves mudas mueven vuestras ruedas empapadas en sal.
La pesadumbre nubla la tierra
buscando las huellas de las ruedas.
Chillan las gaviotas, saltan los peces, sale la luna.
¿Dónde están los niños?
Mi amor está lejos y los niños no están.
Un barco oscuro cruza el horizonte.
¿Qué ha pasado aquí?

Me quitó el poema de la mano y curvó el labio con recelo.
—¿No le gusta? —pregunté.
—Doy siete dólares.
Le arrebaté el poema.
—Ni hablar. Es un buen poema. De los mejores que he escrito. No me discuta el precio. Si no le gusta, dígallo.
Dio un suspiro.
—Echar al correo. —Se refería al sobre.
Sacó un fajo de billetes del bolsillo y apartó uno de diez dólares. Le di las gracias y me lo guardé. Volviendo a la máquina de escribir, dije:
—Voy a darle una pequeña gratificación, duque. Algo que apreciará de verdad.
Me puse a transcribir mi soneto favorito de Rupert Brooke, «La colina»:

Corríamos sin aliento por la ventosa colina,
reíamos al sol y besábamos la bendita hierba.
Dijiste: «Por la gloria y el éxtasis transitamos;
el viento, el sol y la tierra permanecerán, los pájaros

[seguirán cantando

cuando seamos viejos, seamos viejos...». «Y cuando

[muramos

todo habrá acabado para nosotros; y la vida seguirá

[latiendo

en otros amantes, otros labios», dije yo,
«corazón de mi corazón, ¡nuestro paraíso está aquí, ya

[conquistado!]

«Somos la sal de la tierra que aprende aquí sus enseñanzas.
La vida es nuestro pregón. ¡Hemos tenido fe!», dijimos;
«bajaremos a las tinieblas con paso decidido,
coronados de rosas...». Éramos orgullosos
y nos reímos, por tener que decir verdades tan tremendas.
De súbito te echaste a llorar y te apartaste.

Cuando terminé de leerlo, él tenía la boca torcida de asco, me quitó el papel de la mano y lo miró fijamente, fulminándolo y medio estrujándolo.

—¡Ser mierda! —exclamó, haciendo una pelota con el papel y tirándolo al suelo. Era un hombre muy bajo, pero cuando se puso en pie adquirió las proporciones de una tortuga gigante. Cuando me di cuenta, sus manos estaban en mis axilas y yo volaba hacia el techo mientras me zarandeaba con violencia. Su cara lívida y sus centelleantes ojos negros se alzaron hacia mí.

—Nadie estafa duque de Cerdeña. *Capish?*

Me soltó y caí pesadamente en la silla. Al irse, vio en el suelo la pelota de papel. Le dio una fuerte patada y salió.

Todos los días el duque recorría kilómetro y medio de playa tirando del carro de arena, llegaba a la fábrica de conservas y daba media vuelta. Una tarde lo cronometré. Tardaba dos horas. Siempre volvía igual de agotado y se arrojaba de bruces en la arena. Yo quería que fuéramos amigos. Le sonreía y lo saludaba, pero todavía estaba ofendido, hasta que una tarde me dijo, chorreando sudor:

—Mañana lucho. Olympic Auditorium. Ven. —Me quedé atónito, a punto de decir algo, pero me oprimió las mandíbulas—. ¡Mañana! ¿Entendido?

Asentí con la cabeza.

—¿Contra quién luchas, duque?

—Un animal —dijo—. Ricardo Corazón de León.

—¿Es bueno?

—Es bueno. Pero lo mato igual.

Avanzó hacia el agua arrastrando los pies y se zambulló, contento como una marsopa. No tenía el menor deseo de ir a ver el combate. Cuanto más pensaba en ello, más antipático me caía él, pero había una forma sencilla de solucionarlo. Cuando llegara el momento, subiría al coche y me iría a cualquier cine de Wilmington. Salió goteando del agua y se secó en el porche.

—Mañana ir en mi coche —dijo—. Salimos las seis. Estás preparado.

Entró en su casa.

No quería ver aquel asqueroso combate y me dije que no iría. Durante todo el día estuve repitiéndome que no iba a acompañarlo y a la hora de acostarme me quejaba ya con tanta furia que no pude conciliar el sueño. Toda la noche estuve dando vueltas y más vueltas. A las dos de la madrugada ya no pude más, me levanté y me vestí en silencio. Fui de puntillas a la puerta y salí, procurando no hacer ruido con la cancela de tela metálica. Caminé con sigilo hasta el coche y me deslicé tras el volante. Iba a girar la llave de contacto cuando una mano me asió por el cuello. Era el duque.

—¿Dónde ir? —preguntó.

—A comprar caramelos —improvisé.

—Demasiado tarde para comprar caramelos —dijo—. A dormir.

Bajé del coche y volví a entrar en casa. Me siguió como un policía incansable. Le di con la puerta en las narices y eché el pestillo. Estaba tan enfadado que quería matarlo. Abrí la puerta de un tirón y le grité:

—¡Que te zurzan, macarroni, destripaterrones, inútil! ¡Me das náuseas! ¡No pienso ir al combate mañana, ni siquiera para ver cómo te rompen el cuello! ¡Eres escoria! ¡Eres un impostor, un farsante, escoria! ¿Quieres saber hasta qué punto eres idiota? Eres tan idiota que ni siquiera te gustan los poemas de Rupert Brooke. Te he tomado el pelo, analfabeto. ¡Un Brooke auténtico y no te gustó!

Cerré de un portazo, eché el pestillo y me fui a la cama.

A la mañana siguiente lo vi sentado en mi porche. Me miró con cara de

arrepentimiento.

—¿Cabreado? —preguntó.

—No.

—Eres mi amigo. Me caes bien.

—Tú a mí también me caes bien.

—Iré solo a luchar.

—¿Es can importante?

—Al publico le caigo mal. Necesito alguien en mi rincón.

Suspiré.

—Está bien, duque. Iré contigo.

Se me acercó, me puso la mano en la nuca y me zarandeó con suavidad.

—*Grazie* —dijo sonriendo.

Los periódicos dijeron que a la velada de lucha libre de aquel jueves por la noche acudieron quinientas personas. El duque de Cerdeña tenía razón, todos los presentes menos yo lo detestaban. Desde que bajamos de su vehículo en el aparcamiento hasta que llegamos al Olympic Auditorium, la multitud de enemigos que congregó a su alrededor no hizo más que crecer. Había mexicanos, negros y gringos, le impedían el paso, le tiraban objetos y lo insultaban. Yo iba a su lado y sentía el batir de las olas del desprecio.

Al entrar por una puerta lateral reservada a los luchadores, apareció ante nosotros un negro descomunal que tiró un pastel de limón a la cara del duque. El duque, lejos de sentirse humillado, se lanzó como un perdiguero, se abrazó a las piernas del negro y lo derribó. Se sentó encima de él y empezó a quitarse el pastel de limón de la cara y a untar la del negro. Inmediatamente se congregó una multitud para separar a los dos hombres. Llegó la policía y se llevó rápidamente al duque por el pasillo, hasta los vestuarios. Ahora el duque estaba animado, con ganas de pelea, preparado para enfrentarse a Ricardo Corazón de León.

A la hora del combate entré en el circo detrás de mi gladiador y recorrimos el pasillo hasta el cuadrilátero. El odio que generaba el duque me caló hasta los huesos. No entendía por qué le caía tan mal al público. Aunque tampoco hacía falta que él mirase a todos con un desprecio tan evidente, ni que devolviera los gestos obscenos. Una mujer saltó de su asiento y le dio una bofetada. El duque la miró con desdén y le lanzó un salivazo. Los acomodadores se concentraron al pie del cuadrilátero y lo protegieron mientras subía. Se paseó por la lona agitando el puño, la multitud rugió encolerizada y el duque recibió otra lluvia de objetos. El árbitro subió al cuadrilátero y le dijo que se sentara. El duque tomó asiento y el público se tranquilizó.

Al cabo de unos momentos el gentío rompió en aclamaciones y manifestaciones de entusiasmo. Sonaron silbidos y vítores, y apareció Ricardo Corazón de León con una bata de seda blanca. Calzaba botas azul claro y tenía un bonito pelo rubio, cuidadosamente peinado, que le llegaba hasta los hombros. Era hermoso y la gente lo adoraba. Se quitó la bata blanca y dejó al descubierto un calzón azul claro. Hizo

reverencias exageradas a todos lados. Luego, con patente ostentación, se arrodilló en el centro del cuadrilátero, se santiguó, agachó la cabeza, cerró los ojos y rezó. De repente, el duque saltó de su rincón y le dio con ambos pies, derribando a Ricardo en la lona. La multitud parecía una jauría de lobos. Volaron objetos, objetos como sillas, botellas, fruta, tomates, y entonces supe por qué odiaban todos a aquel hombre. Era el enemigo.

El drama estaba claro. El duque no podía ganar en aquel *ring*. Podría castigar todo lo que quisiera, porque era el diablo, pero Ricardo Corazón de León, bendecido por la pureza, terminaría venciendo. Era lo que quería ver el público y por lo que pagaba.

El combate empezó con los dos contrincantes enfrentados en el centro del cuadrilátero. El duque medía un metro cincuenta y cinco y pesaba ciento cinco kilos. Ricardo Corazón de León medía uno ochenta y pesaba ciento cinco kilos. Se movieron de lado, tratando de asir al otro. El duque se deslizó como una liebre entre las piernas de Corazón de León y asió por detrás la flotante melena del gigante, que se vino abajo como una tonelada de carbón. El duque saltó sobre él y consiguió hacerle una llave alrededor del cuello. Corazón de León pataleó inútilmente, con la cara cada vez más azul. El público estaba en pie, gritando con furia. Una mujer saltó las cuerdas y golpeó al duque en la cara con el bolso, varias veces. La multitud jaleaba. Otras dos mujeres subieron al *ring*, se descalzaron y dieron una buena tanda de zapatazos al inquebrantable italiano, obligándolo a aflojar la llave con que atenazaba el cuello de Corazón de León.

El árbitro despejó el cuadrilátero y los dos luchadores volvieron a estar frente a frente. Esta vez golpeó primero Corazón de León, levantó al duque por encima de su cabeza, le dio varias vueltas y lo lanzó violentamente sobre la lona. El público gritaba de júbilo. El duque quedó inmóvil, al parecer inconsciente. Corazón de León lo levantó del suelo, lo transportó hasta el borde del cuadrilátero y lo lanzó, por encima de las cuerdas, al regazo de tres mujeres. El duque seguía inmóvil, como desvanecido. Las mujeres lo dejaron caer a tierra y lo pisotearon. El duque se apartó de ellas rodando por el suelo, se puso en pie y subió trabajosamente al *ring*, con la cara cubierta de sangre.

El arbitro hizo sonar el silbato y ayudó al duque a llegar a su rincón. Llamaron a un médico, que le limpió la sangre, diagnosticó que el duque estaba en buena forma y ordenó que siguiera la lucha. El duque se puso en pie con cansancio, pero estaba tan aturdido que iba de aquí para allá, sin saber adónde. Corazón de León, al otro lado del cuadrilátero, tomó carrerilla y le dio un cabezazo en el estómago. Y a la lona volvió el duque. Corazón de León se arrojó sobre el caído, le aferró el pie con una llave y se lo dobló hacia atrás. El público, fascinado, parecía canturrear de placer. El árbitro se inclinó para ver si los hombros del duque tocaban la lona. El triunfante Corazón de León, todavía con el pie del duque doblado hasta los riñones, saludó al público con la mano libre y el público le devolvió el saludo. A mí no me preocupaba la derrota del duque, pero su vida sí, porque estaba inmóvil, con los ojos cerrados y jadeando con fuerza.

Pero entonces le tocó mover a él, y sus cortos y gruesos brazos volaron hacia los flotantes bucles de Corazón de León. El horror transfiguró al público. Un rugido de dolor llenó el recinto cuando las manos del duque asieron dos puñados de cabello rubio y obligaron a Corazón de León a apartarse. Grotescamente, como un cangrejo que se pusiera en posición vertical, el duque se levanto con esfuerzo sin soltar el pelo del otro. Las mujeres chillaban. Algunas se echaron a llorar mientras arrastraba por la

lona a Corazón de León, tirándole del pelo.

Cambió de táctica. Daba con el pie a Corazón de León en la mandíbula. O se sentaba sobre su cara y lo hacía botar y rebotar sin compasión, riéndose del público, burlándose de sus protestas. Luego le hizo una puesta de espaldas, acercándole los hombros a la lona. Inesperadamente, el guapo se vino abajo y sus hombros tocaron la lona. El duque se sentó encima de él y le retorció la nariz. Era una ofensa inadmisibile. El árbitro declaró al duque ganador de la primera partida.

El público no pudo soportarlo. Los quinientos espectadores corrieron hacia el cuadrilátero y sobre el duque de Cerdeña cayó una docena de aficionados. Le habrían arrancado la piel a tiras si no hubiera intervenido la policía, que lo escoltó por todo el pasillo, desde el *ring* hasta los vestuarios.

Los cuidadores de Corazón de León lo llevaron hasta su taburete. Tenía la pierna derecha rígida. Llegó un médico y lo examinó. Corazón de León se deshacía en lágrimas. El médico y el árbitro hablaron en voz baja. Un juez tocó la campana. En medio del silencio que siguió, el árbitro declaró que había habido empate y, como Corazón de León no podía continuar, el combate se daba por finalizado. Se armó de Dios es Cristo. Los seguidores de Corazón de León subieron al *ring* y agredieron al árbitro, le rompieron la camisa y lo tiraron a la lona. La policía subió a rescatarlo mientras yo me escabullía por el pasillo, hacia la parte trasera del estadio.

El duque estaba en su vestuario, tendido en una camilla de masajista, y un entrenador le frotaba los músculos. Sonrió cuando entré.

—Bueno, ¿eh? —dijo.

—Ha quedado en empate, duque.

—¿Empate? —Saltó de la camilla—. ¿Quién dice así?

—El árbitro.

El duque salió disparado por la puerta y recorrió el pasillo a toda prisa. Lo vi abrirse paso entre la multitud que abarrotaba el pasillo. La policía lo rodeó al momento y volvió a conducirlo al vestuario mientras él forcejeaba y gritaba, y cerraron la puerta. Me quedé en el pasillo diez minutos, preguntándome qué hacer. Dentro del vestuario, el duque gritaba y tiraba los muebles.

Volví al *ring* y vi a dos luchadores peleando entre las cuerdas. Me aburría. Fui al coche y encendí un cigarrillo. Estuve una hora esperando a que apareciera el duque. Terminó la velada y el público se desparramó por el aparcamiento. Los coches fueron saliendo hasta que solo quedó el Marmon del duque.

Una hora después, a medianoche, apareció dando zancadas hacia el Marmon. Se sentó a mi lado y vi que tenía la cara llena de heridas, la nariz le sangraba y los nudillos y los pantalones estaban manchados de sangre. Abrió la guantera y sacó un paquete de toallitas de papel. Se pasó una por el magullado y ensangrentado rostro. Vi una boca de riego en la esquina del edificio y se lo dije. Bajó del coche, fue a la boca de riego y la abrió. Se frotó las manos en el chorro de agua y luego se lavó la cara. Me dio lástima. Le habían dado una tunda y estaba enfadado, estoico y

meditabundo. Volvimos al coche. Cogí los pañuelos de papel. De vez en cuando estiraba la mano y yo le daba uno limpio. Fuimos hasta Avalon y doblamos a la derecha, en dirección al puerto. Exceptuando algún que otro sollozo, condujo en absoluto silencio.

El duque se pasó en la cama todo el día siguiente, de cara a la pared. Yo llamaba a la puerta y entraba, pero no se movía.

—¿Estás bien? —Preguntaba.

—Gracias. Vete.

El siguiente fue igual. Fui incapaz de detectar un solo movimiento en su cuerpo.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No. Vete.

—Tienes que comer, duque.

—Por favor. Déjame en paz.

La mañana del tercer día estaba yo durmiendo todavía cuando oí el motor del Marmon. Fui a la puerta y lo vi en el coche, reculando para salir. Me vio y pisó el freno. Me dirigí al coche. Parecía descansado y sonreía.

—¿Bien?

—Estupendo. Voy a Los Ángeles, a un combate.

—¿Contra quién?

—Corazón de León otra vez. Quiero revancha. Esta vez lo mato. —Cambió de marcha, se despidió con la mano y se fue.

Estuvo fuera todo el día y parte de la noche. Alrededor de la medianoche oí el motor del Marmon.

Por la mañana oí el traqueteo y los gruñidos del remolque avanzando por la playa. El duque reanudaba su vida normal. Lo vi uncirse al carro y tirar de él por la suave arena blanca. Salí al porche y grité:

—¿Cuándo peleas?

—Dos semanas. Olympic Auditorium.

—Muy mal, duque. Ese público te odia.

Sonrió como un bendito.

—No, no. Me quiere. Todo el mundo quiere al duque de Cerdeña.

Estaba sentado en el porche leyendo a Melville cuando llegó el coche. Era un Ford A y lo conducía una mujer. Apagó el motor y bajó. Miré hacia la playa. El duque no estaba a la vista. La joven se dirigió a su porche y llamó a la puerta. Estaba muy bien con aquella falda de lunares azules y el jersey azul. Su culo era celestial. Y la cara destacaba con exquisita elegancia, entre el cabello oscuro y los ojos chispeantes.

—No está en casa —dije—. Está haciendo ejercicio en la playa.

Miró a ambos lados del arenoso paisaje.

—¿Por dónde se ha ido?

Señalé con la cabeza.

—Va tirando de un remolque rojo.

—Gracias —dijo—. ¿Tardará mucho?

—Alrededor de una hora. El duque y yo somos amigos. ¿Por qué no se sienta y lo espera?

Buscó un asiento con la mirada.

—Perdón —dije—. ¿Quiere pasar?

—No, gracias.

Se apoyó en un poste y guardó silencio. Me levanté.

—¿Quiere que le traiga alguna cosa? ¿Qué tal un café? Acabo de prepararlo.

—No, gracias.

—Soy Arturo Bandini.

Sonrió.

—Encantada. Yo, Jenny Palladino.

—De Lompoc —dije sonriendo.

Me miró con sorpresa y preguntó:

—¿Cómo lo sabe?

—El duque lo comentó. —Abrí la contrapuerta de tela metálica—. Por favor, pase. Hago un café fantástico.

—No, gracias.

—No tenga miedo. Si es amiga del duque, está totalmente a salvo. ¿Tengo cara de querer propasarme con la novia del duque de Cerdeña?

Me miró atentamente y con seriedad y luego sonrió.

—Creo que no.

—Pase —insistí—. Sea mi invitada.

—Bueno... —dijo con voz titubeante.

—Por favor, no tiene por qué preocuparse. El duque me da mucho miedo.

Entró. La acompañé hasta la mejor silla y se sentó. De repente me invadió una sensación de frivolidad. Había una especie de reproche en sus ojos y en su labio inferior. No tenía ninguna intención de propasarme con ella. Solo quería entretenerme, proponerle una especie de juego. Le serví una taza de café, me dio las gracias y se lo tomó. Era hermosa y sensual, con unas formas maravillosas, pero no sentía ningún deseo, solo ganas de darme revolcones con ella como suelen hacer los gatos pequeños. Hinqué la rodilla ante ella y encogió las piernas en el acto.

—Oh, la más encantadora de las hijas de Eva —recité—, dulces son vuestros ojos y el asombro de vuestras cejas arqueadas. Bendita seáis, celestial doncella, por la curvatura de vuestro cuello escultural. No me alejéis de vos, pues anhelo refocilarme en el resplandor de vuestros espléndidos ojos.

Frunció los labios.

—¡Conque era usted! —dijo—. Sabía que no era el duque. Era imposible.

No voy a hacerle daño, me dije. No voy a seducirla. Solo quiero hacerla sonreír.

—Escucha, amor, el vuelo de la perdiz que aletea por el abierto granero y busca a su amor en la paja recién cortada. Traédmela, oh pájaros errantes, no permitáis que huya atemorizada.

Se puso en pie de un salto y me apartó de un empujón.

—Déjeme —dijo. De pronto gritó—. ¡Duque! ¡Duque!

Se quitó los zapatos y al instante salía disparada como un cervatillo aterrorizado. A lo lejos apareció la torpe figura del duque tirando de las riendas del carro rojo. Me quedé petrificado durante un momento. Luego hice lo que había que hacer.

Hice las maletas, recogí la máquina de escribir, corrí a mi coche y tiré los bultos en el asiento trasero. Volví a la casa corriendo a buscar más bultos. Al salir vi a Jenny Palladino delante del duque, gesticulando con ambas manos. El duque se quitó los jaeces y echó a correr hacia mí. Cogí los libros y un impermeable, corrí al coche y puse el motor en marcha. El duque estaba todavía a unos quince metros cuando salí del patio y al camino. Por el espejo retrovisor lo vi agitar el puño y maldecir. Llegué a la autopista y giré por el puente en dirección a Los Ángeles.

Semejante a un ave migratoria, volé hacia Bunker Hill, hacia mi querida pensión, hacia la mujer más amable que había conocido en la vida. Aparqué delante, cogí dos maletas y entré. El vestíbulo estaba vacío. Me detuve un momento, aspirando la fragancia del lugar, el olor tierno y evocador del incienso de Helen Brownell. Miré a mi alrededor con afecto. Qué solidez. Qué perdurabilidad. Era como si aquel vestíbulo fuera para siempre, como si siempre hubiera de estar allí esperándome. Me acerqué al mostrador, dejé las maletas en el suelo y pulsé el timbre. La puerta que había detrás del mostrador se abrió lentamente y vi que me miraba con vacilación, como si no me viera.

—Hola, Helen —dije sonriendo.

Siguió mirándome. Luego cerró la puerta. Esperé un momento. Como no aparecía, volví a tocar el timbre. Se abrió la puerta. Me miró con dureza. Me fijé en su cabello. Estaba blanco como la nieve, blanco como la lana.

—Helen —dije y fui al otro lado del mostrador—. Ah, Helen, cuánto me alegro de verte. —Le puse las manos en los hombros y me incliné para besarla.

—No —dijo—. No, por favor.

—Te quiero.

Me dio la espalda.

—Vete —suplicó—. No te quiero aquí. Para mí se acabó.

—Por favor, deja que me quede. Dame la habitación que tenía antes.

—Imposible. Está ocupada. Por favor, vete.

—Hablemos un rato —insistí—. Prepárame un café, por favor.

—¿Por qué eres tan terco? ¿No te das cuenta de que no te quiero aquí?

Giró sobre sus talones y corrió hacia la puerta interior.

—Vete, Arturo. Busca a alguien de tu edad. Yo no soy para ti. Nunca lo fui. — Cerró la puerta.

Me dolió mucho. Me senté en un sofá a reflexionar. ¿Habría algún modo de convencerla? ¿Qué podía decirle? De repente me sentí muy cansado. ¿Qué le había hecho? ¿Por qué no podíamos seguir como siempre? Habíamos tenido una pequeña desavenencia, eso era todo. ¿Por qué no podíamos ser amigos, aunque solo fuera para hablar, para sentarnos en el porche por la noche a mirar las luces de la ciudad y hablar como viejos amigos? ¿Por qué me excluía? No me importaba que fuera mucho mayor que yo. La amaría siempre. Cuando tuviera noventa años, seguiría queriéndola, como a la mujer del poema de Yeats:

Cuando seas una vieja canosa y modorra,
y cabecees junto al fuego, toma este libro,
léelo despacio y sueña con la tierna expresión

que hubo antaño en tus ojos, y con sus sombras profundas;
muchos amaron tus momentos de gracia radiante,
y amaron tu belleza con amor verdadero o falso,
pero hubo uno que amó tu alma de peregrina
y amó el dolor de tu rostro cambiante.

Encontré una habitación en Temple Street, encima de un restaurante filipino. Costaba dos dólares por semana, sin toallas, sábanas ni fundas de almohada. La tomé, me senté en la cama y medité sobre mi vida en la tierra. ¿Por qué estaba allí? ¿Y qué hacía ahora? ¿A quién conocía? Ni siquiera a mí mismo. Me miré las manos. Eran manos lisas de escritor, manos de escritor pueblerino, no aptas para el trabajo duro, sin igual para componer frases. ¿Qué podía hacer? Miré la habitación, las paredes manchadas de vino, el suelo sin enmoquetar, la pequeña ventana que daba a Figueroa Street. Olí la comida del restaurante filipino de abajo. ¿Sería el final de Arturo Bandini? ¿Sería aquel el lugar en el que moriría, en aquel colchón gris? Pasarían semanas y yo allí tendido sin que nadie me encontrase. Me puse de rodillas y recé.

—¿Qué te he hecho, Señor? ¿Por qué me castigas? Lo único que pido es una oportunidad para escribir, para tener un par de amigos y que cese esta lucha. Dame paz, Señor. Haz de mí algo que valga la pena. Que la máquina de escribir cante. Encuentra la canción dentro de mí. Sé bueno conmigo, porque estoy solo.

Por lo visto aquello me animó. Fui a la máquina de escribir y me senté delante. Entre ella y yo se alzó un muro gris. Aparté la silla y bajé a la calle. Subí al coche y arranqué.

Aunque pagué por las sábanas y las mantas, dormí en el pequeño cuarto con dificultad. La dificultad era que los padecimientos del día y la inutilidad de mis esfuerzos seguían en la habitación. Por la mañana aún estaban allí y volví a la calle. Entonces recordé uno de los axiomas de Edgington: «Cuando estés atascado, ponte al volante». Al anochecer salí del aparcamiento y recorrí las calles al volante. Conduje durante horas. La ciudad era como un parque ciclópeo, desde las colinas hasta el mar, hermoso en mitad de la noche, las farolas brillaban como globos blancos, las calles eran anchas, abundantes, y se desparramaban en todas direcciones. Fuera donde fuese, siempre había más calles al otro lado, y así acababa en barriadas y municipios desconocidos, y resultaba reconfortante y refrescante, pero no me inspiraban ideas literarias. Avanzando entre el tráfico me preguntaba cuántos como yo se pondrían al volante solo para huir de la ciudad. La ciudad hervía de vehículos día y noche y era imposible creer que todas aquellas personas habían empuñado el volante por una razón práctica.

En febrero, Liberty Films estrenó la película de Velda van der Zee, *Sin City*. La vi en el Wiltern, en Wilshire, en la última sesión de tarde. Fui dispuesto a aborrecerla y me alegré al ver que estaba vacío más de medio cine. Compré una bolsa de palomitas y busqué un asiento en el anfiteatro. Allí me quedé, encantado de que mi nombre se hubiera quitado de la película, y cuando se apagaron las luces, suspiré de alivio y de placer porque mi nombre no iba a estar en los créditos. Reí a carcajadas cuando apareció el de Velda, y cuando empezó la película y apareció la diligencia dando tumbos, volví a reír a mandíbula batiente. Una mano me tocó el hombro. Me volví y

vi a una mujer ceñuda.

—Me está molestando —dijo.

—No puedo evitarlo —respondí—. Es una película muy divertida.

En aquel momento apareció la aguerrida tribu de indios y me tronché. Varias personas se levantaron y cambiaron de asiento.

Y lo demás fue por el estilo. La película estaba tan lejos de mi obra y mis ideas que era asombroso, increíble. Solo dos veces descubrí expresiones que a lo mejor había escrito yo y que el director no había borrado. La primera se pronunciaba en una escena del principio, cuando el *sheriff* llegaba a Sin City a toda velocidad y detenía el caballo en la puerta del salón gritando: «¡Sooo!». Recordaba bien aquella expresión: «¡Sooo!». Era mía. Poco después el *sheriff* salía del salón a zancadas, montaba el caballo y gritaba: «¡Arre!». Aquel pasaje también era mío: «Arre». So y arre..., mi consagración como guionista.

No era una buena película, ni una película emocionante, ni una película madura, y cuando terminó y se encendieron las luces, vi a los aburridos espectadores medio dormidos en los asientos, sin dar muestras de satisfacción. Me alegré. Demostraba mi integridad. Por haberme negado a salir en los créditos me sentía un hombre mejor, era un escritor mejor. El tiempo lo demostraría. Cuando Velda van der Zee fuera un nombre olvidado en la ciudad del oropel, el mundo seguiría valorando a Arturo Bandini. Salí a la noche y oh, Dios mío, me sentí bien, remozado y recuperado. ¡So y arre! A la carga otra vez. Subí al coche y me metí entre el tráfico de Wilshire Boulevard, deseoso de llegar al hotel.

Entré en la habitación y caí en la cama agotado. Me había estado mintiendo a mí mismo. No había sentido ningún placer viendo *Sin City*. En realidad no me alegraba el fracaso de Velda. La verdad es que sentía lástima por ella, por ella y por todos los guionistas, por la tristeza del oficio. Yacía en aquel cuartucho y me sentía como en una tumba.

Me levanté y bajé a la calle. A media manzana había un bar filipino. Me senté a la barra y pedí un vino de Filipinas. Los filipinos que había por allí reían y jugaban a los dardos. Pedí otro vino. Era dulce, con un ligero sabor a pastilla de menta, cálido en el estómago, cosquilleante. Tomé otros cinco vinos y me levanté para irme. Tenía náuseas y la sensación de que el estómago me flotaba en el pecho. Salí a la acera, me apoyé en la farola y las rodillas me flaquearon.

Todo se desvaneció y luego vi que estaba en una cama desconocida. Era una habitación blanca de grandes ventanas y era de día. Tenía tubos en la nariz y por la garganta, y sentía unas ganas terribles de vomitar. Al lado de la cama había una enfermera que me vio doblarme y dar arcadas hasta que no me quedó nada, solo el horrible dolor de estómago y de garganta. La enfermera retiró los tubos.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—En el hospital de Georgia Street —dijo.

—¿Qué me ha pasado?

—Matarratas —dijo—. Su amiga está aquí.

Volví los ojos hacia la puerta y vi a Helen Brownell. Se acercó silenciosamente a la cama y se sentó. Le cogí la mano y me eché a llorar.

—Vamos, vamos —dijo con dulzura—. No pasa nada.

—¿Qué me ha pasado? —Dije atragantándome—. ¿Qué ha sido?

—¿No te acuerdas?

—Tomé un poco de vino, eso es todo.

—Bebiste demasiado —dijo—. Te desmayaste y el vino te sentó mal.

—¿Quién me trajo?

—La ambulancia de la policía.

—¿Cómo te has enterado?

—Llevabas mi dirección en la cartera.

—¿Desde cuándo estás aquí?

—Desde medianoche —dijo.

—¿Puedo irme ya?

La enfermera se acercó.

—Todavía no —dijo—. Antes tiene que verlo el médico.

La señora Brownell se puso en pie y me apretó la mano.

—Tengo que marcharme.

—Nos veremos en la pensión.

Se mordió el labio.

—Quizá no deberías volver.

—¿Por qué no? Te quiero.

—No digas eso —replicó.

—Es verdad —insistí—. Te quiero más que a nadie en el mundo. Siempre te he querido. Siempre te querré.

Sin decir nada, se dio la vuelta con un asomo de sonrisa y salió de la habitación. El estómago me dio un brinco y la enfermera me sujetó la cabeza mientras vomitaba en una palangana.

Era bien entrada la tarde cuando me vio el médico y me dio el alta. Cuando pregunté por el precio del servicio, respondió que ya estaba pagado.

—¿Quién ha pagado? —Dije.

—La señora Brownell.

Me vestí, salí a la calle y tomé un tranvía hasta Hill Street. Me apeé en el cruce con la Tercera y subí a la cima de Bunker Hill en el funicular.

Había un hombre tras el mostrador del vestíbulo de la pensión. Era delgado y alto, con una aureola de cabellos grises. Pregunté por la señora Brownell.

—No está aquí —dijo.

—¿Cuándo cree que volverá?

—No lo sé. Se ha ido a San Francisco.

Había algo en él que me resultaba conocido.

—¿Es usted pariente suyo? —pregunté.

—Soy su hermano —dijo—. ¿Se llama usted Bandini?

—Sí.

Levantó el secante de mesa, sacó un sobre y me lo dio. En el dorso estaba escrito mi nombre. Lo abrí rasgándolo. Dentro había una factura del hospital de Georgia Street, con el sello de pagado, doce dólares. Miré dentro del sobre en busca de una explicación. No había ninguna. El hombre me miraba.

—¿Ha dejado algún otro mensaje?

—Eso es todo.

Saqué la cartera y le di los doce dólares. Sin darme las gracias, los metió en el cajón. Señalé las dependencias de la señora Brownell y lo miré con seriedad.

—¿Está seguro de que no está ahí dentro?

Abrió la puerta y cruzó los brazos.

—Compruébelo usted mismo.

Negué con la cabeza.

—Ella no haría una cosa así.

El viejo sonrió.

—Eso es lo que usted cree, hijo.

Salí a la calle. El sol se ocultaba en el océano a cincuenta kilómetros al oeste. La ciudad era un cúmulo de radiantes colores crepusculares y en el horizonte se concentraban jirones de nube, poniendo una amenaza de lluvia en el aire. Al pie de Bunker Hill oí el estrépito de la ciudad, el tintineo de las campanillas de los tranvías, el rugido de los coches, las entrañas más profundas. Por debajo de mí estaba el túnel de la calle Tercera, el repentino silencio del tráfico que entraba y el rugido del tráfico que salía.

Qué hago aquí, me pregunté. Detesto este lugar, esta ciudad hostil. ¿Por qué siempre me expulsa, como si fuera un huérfano no querido? ¿Es que debía algo a alguien? ¿No había trabajado con tesón, no lo había intentado con todas mis fuerzas? ¿Qué tenía en mi contra? ¿La inmarchitable constancia de mi condición pueblerina, la añeja convicción de que yo no era de allí?

Y si no era en Los Ángeles, entonces, ¿qué? ¿Dónde me acogerían, dónde podría sentarme entre gente que me quisiera y se preocupara por mí, y se sintiera orgullosa de mí? Entonces se me ocurrió. Había un lugar, y en él había gente que me quería, y

me iría con ella. Así pues, que te den por el culo, Los Ángeles, que se jodan tus palmeras, tus mujeres culiengreídas y tus calles de fantasía, porque me vuelvo a casa, a Colorado, a la ciudad más cojonuda de Estados Unidos: a Boulder.

Dejé el coche en un garaje y subí al Greyhound con dos maletas. El autobús salió de Los Ángeles a las siete de la tarde de un día muy caluroso. En realidad, era el último día caluroso que iba a soportar en un mes. El interior del autobús estaba aún más tórrido que el día, los asientos de cuero hervían de calor cuando te sentabas y los pasajeros se removían, agotados e incómodos, cuando salimos del área metropolitana. Era como si llevaran varios días de viaje y el aire estaba lleno de humo de tabaco.

Cuando entramos en Nevada, empezaron a caer los primeros copos de nieve. Cruzamos Nevada con una tormenta en ciernes, con la nieve cuajando y el autobús reduciendo la velocidad en la ennegrecida ventisca. Cuando llegamos a Utah e hicimos una parada, la nieve llegaba por encima de las ruedas. Corrimos a refugiarnos en la estación, tomamos un café nauseabundo y volvimos al autobús. Las horas pasaban y la nieve seguía cayendo con insidiosa determinación, como si quisiera enterrarnos en la llanura. En Wyoming nos alcanzaron los quitanieves que habían salido de Rock Springs para rescatarnos y la velocidad del viaje se redujo hasta alcanzar la de los cangrejos. Cuando llegamos a la estación de Boulder, tuve que hacer un esfuerzo para no caerme de lado mientras bajaba.

La nevasca era aterradora, los copos tan grandes como monedas de dólar, caían lentamente y quedaban en tierra sin derretirse. Me quedé en la entrada de la estación de autobuses tiritando bajo el ligero jersey, aguzando la vista para ver mi ciudad natal. ¿Dónde narices estaba? La nieve desdibujaba el paisaje. Sabía que había un puente a media manzana, pero se había vuelto invisible. Sabía que había un almacén de maderas al otro lado de la calle, pero se había desvanecido. Me estremecí, encendí un cigarrillo y di patadas en el suelo para mantener los pies calientes. Una figura apareció inesperadamente ante mí. Pensé que conocía su cara, pero no estuve seguro hasta que dijo:

—¿Qué haces aquí?

Solo podía ser mi padre.

—Voy a casa.

El vaho le salía a chorros por la boca.

—Estás helado —dijo—. ¿Y tu abrigo?

—Lo llevas tú —dije.

Se desabotonó el pesado abrigo de piel de oveja y se lo quitó.

—Póntelo —dijo tendiéndomelo.

—¿Y tú?

—No te preocupes por mí. Póntelo.

Me ayudó a ponérmelo. Se quedó en mangas de camisa, con los copos de nieve cayéndole encima.

—Vamos —dijo.

Echamos a andar a paso vivo. El abrigo conservaba aún el calor de su cuerpo. Era

de una sola pieza, una parte de mi vida, como una silla vieja, un tenedor desgastado, o el chal de mi madre, los objetos de mi vida, los insignificantes objetos preciosos que se atesoran.

—¿Para qué has venido?

—Quería venir. Tenía que venir. Me sentía solo.

—¿Has dejado lo de las pelis?

—Durante un tiempo..., quizá hasta más adelante.

—Aquí no hay trabajo para ti —dijo mi padre vomitando vapor—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Ya pensaré algo —dije.

—No quisiste escucharme —dijo medio gruñendo—. Nunca has escuchado a tu padre.

—Tenía que hacer las cosas a mi manera.

Soltó un taco.

—¿Y qué has conseguido?

La ventisca gemía y suspiraba. Miré hacia Arapahoe Street. Los grandes olmos parecían mucho más grandes bajo la nieve. Las casas se acurrucaban como animales. Un coche pasó traqueteando entre los chasquidos de las cadenas. A kilómetro y medio estaban las primeras estribaciones de las Montañas Rocosas, pero la nieve las ocultaba con su blanco velo. Al otro lado de la calle, en el corral de los Delaney, estaba la vieja Elsie, la vaca de la familia, paciente bajo la tormenta, observando nuestro paso.

¡Calle maravillosa! Cuánto trecho de mi vida había pasado allí, al pie de los tranquilos olmos. Nuestra casa estaba en la otra manzana, navidades, béisbol, primera comunión, Halloween, cometas, carreras de trineos, rugby, Semana Santa, fin de estudios y toda mi vida evocada por aquella fabulosa calle de construcciones viejas, con tenues luces en las ventanas, y mi casa al final de la manzana.

Llegamos y allí estaba, aparcado en la calle, el destartalado Overland de mi hermano, con la capota sin echar y el interior lleno de nieve. No importaba. Tenía vida propia. Cuando la nieve se derritiera, se pondría en marcha y seguiría tirando alegremente a trancas y barrancas. Subimos las escaleras del porche y pataleamos para quitarnos la nieve de los zapatos antes de entrar. Mi padre exclamó mientras abría la puerta:

—¡Aquí lo tenéis!

Vi a mi madre en la cocina, con un cazo en la mano. Al volverse me vio. Mentando a Dios con un grito, abrió los brazos, tiró el cazo por los aires y corrió hacia mí.

—Estaba segura —dijo—. Vengo diciéndolo todo el día.

Nuestras trayectorias coincidieron en el comedor y allí nos abrazamos y nos besamos, ella sollozando y mojándome la cara con sus lágrimas. Mi hermano Mario se había quedado al margen, sin saber qué hacer. Había crecido mucho desde la

última vez que lo había visto, un muchacho de diecinueve años, vergonzoso y de pocas palabras. Mi hermana Stella se coló entre mis brazos. Tenía dieciséis años, era muy guapa y muy tímida, pero no se avergonzaba de sus lágrimas. Por encima de sus hombros vi a mi hermano menor, Tom, que estaba en séptimo curso en la Escuela del Sagrado Corazón. Nos abrazamos y dijo:

—Eres más pequeño de lo que pensaba.

Mi madre me cogió de la mano y me llevó a la cocina.

—¿Crees que no lo sabía? —dijo—. ¿Crees que me habría tomado tantas molestias si no hubiera sabido que ibas a venir? —Señaló la bandeja de hierro del horno—. ¡Mira!

Era lasaña, con la salsa de tomate burbujeando en un mar de pasta.

—¿Cómo supiste que iba a venir? —pregunté—. Ni siquiera lo supe yo hasta el último momento.

—Rezando. ¿Cómo, si no?

Mi hermano Tom me cogió de la mano y me condujo al comedor y luego al dormitorio.

—¿Viste a Hedy Lamarr alguna vez? —preguntó entre susurros.

—Todo el tiempo —dije.

—Embustero. —Y a continuación—. ¿Cómo es?

—Increíble. Cuando entra en una habitación, todo el edificio tiembla.

—Le escribí una carta. Ni siquiera la contestó.

—Antes de irme, escríbele otra vez. Le llevaré la carta a su casa.

Sonrió y dijo:

—Embustero.

Me puse la mano sobre el corazón.

—Lo juro por Dios.

Éramos pobres, pero como siempre comimos muy bien; la mesa estaba a rebosar de ensalada, pan casero, lasaña y el vino de diente de león de mi padre. Cuando termináramos sería el momento de hablar, de hacer preguntas al hijo pródigo. No me miraban como a un fracasado. Era un héroe, un conquistador que volvía de lejanos campos de batalla. Incluso me dieron cierta medida de mi importancia en el mundo.

—Bueno —dijo mi padre, terminando el vaso de vino—. ¿A qué has venido?

—A ver a mi familia, ¿alguna objeción?

Me miró directamente.

—¿Tienes dinero?

—Algo.

—Lo necesitamos. Dáselo a tu madre.

Saqué la cartera y dos billetes de cien dólares que empujé hacia mi madre. Mi madre se echó a llorar.

—Es demasiado —dijo.

—Cállate y cógelos —dijo mi padre con voz colérica.

Mi madre se guardó los billetes en el bolsillo del delantal.

—Arturo —dijo Stella—. ¿Conoces a Clark Cable?

—Claro..., es un buen amigo mío.

—¿Es tan guapo en la realidad? ¿Y tan creído?

—Es tímido como un pajarillo.

Mi padre volvió a llenarse el vaso.

—¿Y a Tom Mix? ¿Lo has visto?

—En los estudios, todos los días. A él y a Tony.

Mi padre sonrió, recordando.

—Tony. Gran caballo.

Mi hermano Tom parecía como avergonzado, y preguntó:

—¿Es muy alta Hedy Lamarr?

—Mucho más que tú.

—Un culo de rechupete —dijo Tom.

Mi padre golpeó la mesa.

—No utilices ese lenguaje en esta casa.

Hubo un silencio respetuoso. Entonces habló Mario:

—¿Te has cruzado alguna vez con James Cagney?

—Con frecuencia.

—¿Qué coche lleva?

—Un Duesenberg.

—Qué personajes —dijo Mario.

Se estaba bien en casa. Dormí bien. Comí bien. Los primeros días me dediqué a no hacer nada y a lucir el guardarropa. El contenido de mis abultadas maletas fascinó a mi madre, los trajes, las americanas, los pantalones informales. Me cosió botones y zurció calcetines, me limpió y planchó los trajes, y los colgó. Cada vez que me cambiaba de ropa, mi madre se sentía sobrecogida. Tocaba las telas, lanzaba exclamaciones de placer. Yo era dos personas. Cuando llevaba pantalón de pana y camiseta, era su chico, pero cuando me ponía los espléndidos trajes a medida era un príncipe.

—Dios ha sido bueno conmigo —me decía suspirando—. Eres muy importante.

Con el paso del tiempo, me cansé de vagar por la casa y empecé a pasar los días en la ciudad, visitando los lugares que había frecuentado: los billares Benny de Pearl Street, la bolera de Walnut. Fui a la biblioteca y volví a ver los libros que habían cambiado mi vida: Sherwood Anderson, Jack London, Knut Hamsun, Dostoievski, D'Annunzio, Pirandello, Flaubert, Maupassant. La acogida que me dispensaron fue mucho más cálida que la fría curiosidad de los viejos amigos que encontré.

Un día me crucé con Joe Kelly, el reportero del *Boulder Times*. Nos dimos la mano y nos alegramos de vernos. Cuando Kelly y yo estudiábamos en el instituto, íbamos a Denver en autostop para ver los partidos de béisbol de la liga del Oeste. Joe me llevó a la redacción del *Times*, ordenó que me hicieran una foto y me entrevistó. No fue una entrevista aduladora y tampoco cruel, pero hubo en ella una especie de cuestionamiento, como si hicieran falta respuestas más amplias para muchas preguntas sobre mí y sobre mi trabajo. Mi padre compró veinticinco ejemplares del número en que se publicó la entrevista, y toda la familia se sentó a la mesa del comedor con su ejemplar en la mano.

Al día siguiente llamó Agnes Lawson. Éramos antiguos socios del Lápiz Rojo, una sociedad literaria patrocinada por la iglesia. Hacía dos años que no la veía. Era una joven altiva y mimada, de padres ricos, y cuando me invitó a una fiesta que daba en su casa, mi primer impulso fue negarme. Tenía la misma voz gangosa, la misma reserva clasista.

—Vendrán muchos socios del Lápiz Rojo —dijo—. Eres famoso y queremos verte.

—Procuraré ir —dije—. Tengo que ir a otra fiesta, pero puedo pasar por tu casa un rato.

La invitación emocionó a mi madre, ya que Agnes era hija de uno de los ciudadanos más destacados de Boulder, que también era propietario de la tienda de confecciones más conocida de la ciudad.

La noche siguiente me vestí con esmero para ir a la fiesta de Agnes. Traje gris de mezclilla, corbata roja, camisa gris. Mi madre no cabía en sí de gozo.

—¡Qué honor! —dijo—. ¿No es fantástico entrar en esas casas tan maravillosas?

Estoy muy orgullosa de ti.

Mi hermano Mario quitó la nieve del Overland, cubrió el asiento delantero con una lona, y me llevó a la casa de los Lawson, un edificio de tres plantas de University Hill. Miré aquella casa de recuerdos desagradables, una casa que antaño me había estado prohibida. Recordé las incontables fiestas estivales que Agnes organizaba y de las que siempre me excluían; tampoco había olvidado la elevada cantidad que mi familia debía en la tienda de los Lawson. El señor Lawson nunca hablaba de la deuda, pero siempre ponía cara de fastidio cuando me veía.

Toqué el timbre y abrió Agnes en persona. A su lado, rodeándole la cintura, estaba Biff Newhouse, el defensa estrella del equipo de rugby de la Universidad de Colorado. Biff llevaba un jersey de estudiante galardonado, con una C dorada en el pecho. Agnes me tendió la mano.

—Hola —dijo.

—Hola, Agnes.

Era baja, con el pelo a lo paje y un vestido negro a la moda.

—Te presento a Biff Newhouse.

Biff y yo nos estrechamos la mano. Su apretón fue innecesariamente fuerte.

—¿Qué cuentas? —dijo sonriendo.

—Hola, Biff —dije.

Había una docena de personas en el salón. Las había conocido a todas mientras estudiaba primaria y bachillerato. Me miraron sin expresión, como negándome hasta la más pequeña muestra de cordialidad o reconocimiento. Solo Joe Kelly dio un paso adelante y me estrechó la mano.

—Me gustó lo que escribiste sobre mí —dije.

—Estupendo. Temía que sucediera lo contrario.

—¿Quieres beber algo? —dijo Agnes.

—Magnífico. Tomaré un escocés con soda.

Fue a la barra y mezcló la bebida. Se acercó una chica alta con gafas.

—He oído decir que eres guionista de cine —dijo.

—El mejor de Hollywood.

Sonrió con desgana.

—Sabía que dirías algo así. ¿Todavía escribes aquellas poesías tan deprimentes?

—¿Deprimentes dices? Publiqué una en el *New Yorker*.

Agnes me sirvió la bebida. Me la zampé de un trago. Nos instalamos frente a la chimenea, en los sofás y los sillones. Agnes me preparó otro *whisky*.

—¿Qué tal las cosas en Oropel City? —preguntó.

—De fábula —dije—. Tendrías que venir alguna vez.

Se echó a reír.

—¿Yo en Hollywood? Tiene gracia.

—¿Cuánta pasta ganáis los guionistas? —preguntó Biff.

—Empecé modestamente —dije—. Trescientos por semana. Mi sueldo actual es

de mil dólares semanales.

Biff sonrió con vacilación.

—Caca de la vaca —dijo.

—Puede que sea caca de la vaca para ti, pero para mí es dinero del bueno.

—¿Conoces a Joel McCrea? —preguntó la poetisa alta.

—No es que lo conozca, es que da la casualidad de que es uno de mis mejores amigos.

Agnes me tendió el vaso y tomé un sorbo.

—¿Y Ginger Rogers? —dijo Agnes con zalamería—. Háblanos de Ginger Rogers, Arturo.

Miré sus ojos burlones.

—Ginger Rogers es una entidad superior. Tiene encanto, belleza y talento. Yo la considero una de las grandes artistas de nuestro tiempo. Sin embargo, mi estrella favorita es Norma Shearer. Su belleza quita el aliento. Sus ojos son maravillosos y tiene una figura deslumbrante. Conozco a infinidad de actrices de figura deslumbrante: Bette Davis, Hedy Lamarr, Claudette Colbert, Jean Harlow, Katharine Hepburn, Carole Lombard, Maureen O'Sullivan, Myrna Loy, Janet Gaynor, Alice Faye, Irene Dunne, Mary Astor, Gloria Swanson, Margaret Lindsay, Dolores del Río. Las conozco a todas. Son parte de mi vida. He cenado con ellas, bailado con ellas, hecho el amor con ellas, y os digo una cosa: que nunca he decepcionado a ninguna. Id donde ellas, hacedles preguntas sobre Arturo Bandini, preguntadles si alguna vez han quedado decepcionadas.

Me detuve y apuré el vaso de escocés. Luego me puse en pie.

—Pero ¿qué os pasa a vosotros? —Fui a la barra y me apoyé en ella—. ¿Cómo podéis vivir de un modo tan aburrido? ¿No queda aventura? ¿No hay ya belleza entre vosotros? —Miré directamente a Biff Newhouse—. ¿Puedes pensar en algo que no sea el rugby? Yo sí, tío. Yo llevo una vida diferente. Y sin esta puta nieve. Yo juego al sol. Juego al golf con Bing Crosby, Warner Baxter y Edmund Lowe. Juego al tenis con Nils Asther, George Brent, William Powell, Pat O'Brien y Paul Muni. Juego de día, follo durante el crepúsculo y trabajo por la noche. Me baño con Johnny Weismuller, Esther Williams y Buster Crabbe. Todo el mundo me quiere. ¿Entendido? Todo el mundo.

Giré sobre mis talones haciéndome el chulo, los talones se alejaron y quedé sentado en el suelo, con el vaso hecho añicos. Los oí reírse y traté de ponerme en pie, pero volví a resbalar y a caerme. Biff Newhouse me ayudó a recuperar la vertical. Sentí un odio repentino hacia él y le di un revés que le alcanzó en la mandíbula. Sus ojos echaron chispas y me devolvió el golpe, un puñetazo corto, en toda la nariz, y otra vez estaba tirado en el suelo, con la sangre manándome de la nariz, cayéndome en el pecho, goteándome en los pantalones, en la manga de la chaqueta. En medio del aturdimiento vi moverse a los demás, pasar junto a mí, salir de la casa. Joe Kelly me ayudó a incorporarme, me puso una servilleta de la barra en la nariz y me sostuvo

mientras yo me limpiaba la sangre.

—Te llevaré a casa —dijo. Me sujetó mientras salíamos y bajábamos del porche. Los coches arrancaban y se iban. Joe me ayudó a sentarme en su Ford. La sangre todavía manaba. Apreté la servilleta contra la nariz mientras nos alejábamos.

Llegamos a casa y bajé del coche, procurando no dar un portazo al cerrar. Kelly se fue. Cogí un puñado de nieve y me lo puse en la nariz hasta que dejó de sangrar. Atravesé el patio nevado en silencio hasta la ventana de mi hermano. Golpeé el vidrio. Corrió a abrirme la puerta lateral. Se llevó un susto al ver la sangre.

—¿Qué te ha pasado? —dijo.

—Me caí y me casqué la nariz. No digas nada. No quiero que se entere mamá. ¿Está el viejo en casa?

—Acostado.

—Me voy —susurré—. Me largo; esta noche, ahora mismo. No hagas ruido.

Cruzamos la puerta lateral. Abrí las maletas encima de la cama y fui llenándolas en silencio con la ropa que sacaba del armario y el cuarto ropero. Mario se vistió y me miró mientras yo me limpiaba la sangre de la cara y las manos. Me cambié de ropa, doblé las prendas ensangrentadas y las puse en la maleta.

—Andando —susurré. Mi hermano cogió una maleta y yo la otra. Sin hacer el menor ruido salimos a la nieve y fuimos hasta su viejo coche.

—¿Qué le digo a mamá? —preguntó con voz trémula.

—Nada —dije.

—¿Seguro que te has caído? —preguntó—. ¿Seguro que no te han dado de hostias?

—Totalmente.

Metimos el equipaje en el coche y fuimos a la estación de autobuses. El autobús de Denver estaba aparcado delante, jadeando como un animal. Adquirí un billete para Los Ángeles y subí. Mario se quedó al lado de mi ventanilla, mirándome con lágrimas en los ojos. Bajé a toda prisa del autobús y lo abracé.

—Gracias, Mario. Nunca lo olvidaré.

Mario sollozaba y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Ten cuidado —dijo—. No te pelees, Arturo.

—Sé cuidar de mí mismo.

Di media vuelta y subí al autobús. Era miércoles por la noche. Viajamos con nieve casi todo el trayecto y llegamos a Los Ángeles un soleado sábado por la mañana.

Allí estaba otra vez, otra vez en LA, con dos maletas y diecisiete dólares. Me gustaba, la amplitud de los cielos azules, el sol en la cara, las calles atractivas, tentadoras, llamativas, el asfalto y los adoquines, blanda y comfortable como unos viejos zapatos. Cargué con las maletas y anduve por la calle Quinta. Caminaba con resolución, preguntándome por qué nunca había llegado a llamarla Helen. Tenía que cambiar aquella costumbre. Llegaría andando a la cima de Bunker Hill, le abriría los brazos y le diría: «Helen, te quiero».

Y volveríamos a empezar. Podríamos comprar una casita en Woodland Hills, tipo Kansas, con un corral de gallinas y un perro. ¡Oh, Helen, cuánto te he añorado, y ahora sé lo que quiero! Quizá a ella no le gustara Woodland Hills. Quizá prefiriese la pensión. Era una casa vieja pero bien conservada, como una aristócrata, como la misma Helen. Tendría una habitación para escribir y terminaríamos nuestros días juntos. ¡Oh, Helen! Perdóname por haberte abandonado. Nunca más volverá a ocurrir.

Subí la cuesta de Bunker Hill en el funicular y vi la pensión a lo lejos. Era mágica, como un castillo de cuento de hadas. Sabía que esta vez me acogería. Sentía la fuerza de mi edad y sabía que era más fuerte que ella, y que se derretiría entre mis brazos. Entré en la pensión y dejé las maletas contra la pared. No estaba en el mostrador. No tuve más remedio que sonreír mientras avanzaba hacia la recepción y pulsaba el timbre de llamada. Como no apareciera nadie, volví a pulsarlo, con más fuerza. La puerta se abrió ligeramente. Vi al hombre que había visto la vez anterior, el que había dicho que era su hermano. Se quedó donde estaba y preguntó susurrando:

—¿Sí?

—Busco a Helen.

—No está —dijo y cerró la puerta. Rodeé el mostrador y llamé con los nudillos. Abrió y se quedó allí, llorando—. Ha muerto.

—¿Cómo? —Dije—. ¿Cuándo?

—Hace una semana. De una apoplejía.

Las fuerzas me fallaron y me acerqué tambaleándome al sillón de la ventana. No quería llorar. Algo profundo y duradero se había derrumbado y me había arrastrado al abismo. Los jadeos me hinchaban y deshinchaban el pecho. El hermano se me acercó y se quedó junto a mí, sin dejar de llorar.

—Lo siento —dijo.

Me levanté, recogí el equipaje y salí. Me senté en un banco de la pequeña estación de Angel's Flight y di rienda suelta a mi dolor. Permanecí allí dos horas, desconsolado y abatido. Había pensado en muchas cosas desde que nos habíamos conocido, pero nunca en su muerte. A pesar de sus años, había hecho palpar el amor en mí. Y ahora se nos había ido. Y ahora que estaba muerta ya no podía pensar en ella. Sollocé, gemí y derramé lágrimas hasta que todo hubo pasado, absolutamente todo, y como siempre, me encontré solo en el mundo.

El encargado del hotel filipino se alegró de verme. No me llevé ninguna sorpresa cuando dijo que mi habitación estaba libre. Era la habitación que me tocaba. Me la merecía..., la habitación más pequeña y menos acogedora de Los Ángeles. Subí las escaleras y abrí la puerta de aquel horrible agujero.

—Ha olvidado algo —dijo el encargado. Estaba al comienzo del pasillo, con mi máquina de escribir en la mano. Me quedé atónito, no porque estuviera allí, sino porque la había olvidado por completo. La dejó encima de la mesa y le di las gracias. Cerré la puerta, abrí una maleta y saqué *Hambre*, de Knut Hamsun. Era otro de mis tesoros y lo llevaba conmigo desde el día en que lo robé en la biblioteca de Boulder. Había leído tantas veces la novela que podía recitarla de memoria. Pero ya no tenía importancia. Nada tenía importancia.

Me estiré en la cama y me quedé dormido. Atardecía cuando me desperté y encendí la luz. Me sentía mejor, ya no estaba cansado. Fui a la máquina de escribir y me senté. Mi idea era escribir una frase, una sola frase perfecta. Si podía escribir una buena frase podría escribir dos, y si podía escribir dos podría escribir tres, y si podía escribir tres, podría escribir eternamente. Pero ¿y si no me salía? ¿Y si había perdido todo mi hermoso talento? ¿Y si se había consumido entre las llamas de Biff Newhouse al golpearme la nariz o de Helen Brownell muerta para siempre? Tenía diecisiete dólares en la cartera. Diecisiete dólares y el miedo a escribir. Me senté muy tieso ante la máquina y me soplé los dedos. Por favor, Dios mío, por favor, Knut Hamsun, no me abandonéis ahora. Me puse a escribir y escribí:

«La hora ha llegado», la Morsa dijo,
«de hablar de muchas cosas:
de zapatos, de barcos, de lacre,
de reyes y de rosas...»

Lo miré y me humedecí los labios. No era mío, pero qué diantre, por algún sitio había que empezar.



JOHN FANTE (1909-1983), hijo de emigrantes italianos de procedencia muy humilde, trabajó como guionista en Hollywood y dedicó su vida a la literatura, aunque solo alcanzó el pleno reconocimiento de crítica y público después de su muerte. De su producción literaria destaca la tetralogía protagonizada por su *alter ego* Arturo Bandini, publicada en esta colección y compuesta por las novelas *Espera a la primavera*, *Bandini*, *Pregúntale al polvo*, *Camino de Los Ángeles* y *Sueños de Bunker Hill*. Su nombre ha evocado comparaciones con escritores como Knut Hamsun, Dostoievski, Nathaniel West, Raymond Chandler (por su evocación de Los Ángeles), Raymond Carver y en especial Charles Bukowski, cuyo entusiasmo por sus libros fue decisivo para su redescubrimiento. Al igual que este, su obra alcanzó la gloria en Europa antes que en su propio país, en el que fue reconocido póstumamente y premiado en 1987 con el Lifetime Achievement Award por el PEN.